

**El  
malentendido•**

**Irene  
Némirovsky**

# 1

Yves dormía como un niño, con toda el alma. Tenía un brazo doblado y la cabeza apoyada en el codo, como si instintivamente hubiera reencontrado la postura e incluso la sonrisa de los niños, inocente y seria, del profundo y confiado sueño de antaño. Soñaba con una larga playa bañada por el sol, con el sol de la tarde sobre el mar, con el sol entre los tamariscos.

No obstante, hacía más de catorce años que no visitaba Hendaya, y la noche anterior, al llegar, lo único que había visto de ese maravilloso rincón de la tierra vasca era un rugiente abismo de sombras —el mar—, algunas luces entre una oscuridad más densa, en la que había reconocido un bosque de tamariscos, y por último otro grupo de luces muy cerca de la orilla —el Casino—, donde en otros tiempos se balanceaban las solitarias barcas de los pescadores. Pero el soleado paraíso de su infancia había permanecido intacto en su recuerdo, y sus sueños lo recreaban como era hasta en sus menores detalles, hasta en el peculiar olor del aire.

De niño, Yves había pasado sus vacaciones más felices en Hendaya. Allí había vivido días dorados y plenos, madurados cual hermosas frutas por un sol que, para sus maravillados ojos, era tan nuevo como en las primeras edades del mundo. Luego, poco a poco, el universo parecía haber perdido sus vivos colores; incluso el viejo astro brillaba menos. Pero, en algunos sueños, el joven Yves, que poseía una imaginación viva y exuberante, conseguía captarlos de nuevo en su primitivo esplendor. Y las mañanas que seguían a esas noches estaban como encantadas por una tristeza deliciosa.

Ese día, Yves se despertó sobresaltado cuando dieron las ocho, como en París. Abrió los ojos dispuesto a saltar de la cama, pero vio el rayo de sol, fino como una flecha de oro, que se filtraba hasta su cabecera por el hueco de las contraventanas, al tiempo que oía el leve sonido de los días estivales en el campo, mezclado con las voces de los jugadores de tenis en los jardines vecinos y el peculiar y alegre rumor —timbres, pasos, voces extranjeras— que basta por sí solo para reconocer un hotel, un gran edificio lleno de gente ociosa.

Yves sonrió, volvió a tumbarse y estiró los brazos, saboreando esos instantes de exquisita pereza como un lujo recuperado. Luego buscó el timbre, que colgaba de un cordón entre los barrotes de cobre del cabezal, y lo pulsó. Al cabo de unos minutos, un camarero entró con la bandeja del desayuno y abrió los postigos. El sol inundó la habitación.

—Hace muy buen día —se dijo Yves en voz alta, como cuando era un colegial y todas sus diversiones y preocupaciones dependían del tiempo.

Bajó de la cama de un salto y, descalzo, corrió hasta la ventana. Al principio se llevó una decepción. Había conocido Hendaya cuando no era más que un pueblecito de pescadores y contrabandistas, y sólo había dos villas, la de Pierre Loti, no muy lejos del hotel, a la izquierda, junto al Bidasoa, y la de sus padres, a la derecha, justo

allí, donde ahora se alzaban una veintena de aquellas casas de falso estilo vasco. Reparó en que frente al mar habían construido un malecón adornado con árboles esmirriados, donde aparcaban los coches. Se dio la vuelta irritado. ¿Por qué le habían estropeado aquel bendito rincón del mundo, que adoraba precisamente por su sencillez y su apacible encanto? No obstante, siguió junto a la ventana abierta y, poco a poco —como se reconoce una sonrisa, una mirada en un rostro que los años han cambiado y, vacilando, vuelven a encontrarse con su ayuda las facciones queridas—, Yves fue descubriendo de nuevo, con dulce y profunda emoción, líneas, detalles, el contorno de las montañas, la espejeante superficie del golfo, la etérea y ondulante cabellera de los tamariscos. Y cuando volvió a percibir en el aire el aroma a canela y azahar que el viento traía de Andalucía, sonrió, ya reconciliado con la obra del tiempo, sintiendo que la antigua alegría le henchía el corazón.

A regañadientes, se apartó de la ventana y fue al cuarto de baño. Pintado y embaldosado de blanco, resplandecía al sol. Corrió los visillos de encaje; al instante, sus primorosos dibujos se proyectaron sobre el suelo, cubriéndolo con una delicada y cambiante alfombra que ondulaba cuando la brisa marina movía los visillos. Mientras contemplaba embelesado el juego de luces y sombras, recordó que, de niño, aquél era uno de sus pasatiempos favoritos. Y cada vez que descubría algún vestigio de su infancia en el hombre en que se había convertido, sentía una punzada de la ternura que nos despierta vernos en una vieja fotografía, mezclada con una vaga angustia.

Yves alzó los ojos y se miró en el espejo. Ese día su alma se parecía tanto a la de las radiantes mañanas de su niñez que su imagen reflejada le causó una sorpresa dolorosa. Rostro de la treintena, cansado, mustio, apagado, con un leve rictus de amargura, ojos de un azul que parecía desteñido y párpados cárdenos que habían perdido las largas y sedosas pestañas. Rostro de hombre joven, sí, pero ya transformado, cincelado por la mano del tiempo, que lenta pero inexorablemente había trazado en la lisa lozanía de la piel adolescente una red de finas líneas, insidiosos esbozos de futuras arrugas. Se pasó la mano por la frente, que empezaba a despoblarse en las sienes; luego, maquinalmente, se palpó largo rato bajo el pelo, que había vuelto a brotar más fuerte en esa zona, la cicatriz de la última herida, la esquirla de obús que había estado a punto de matarlo allá, en Bélgica, junto a aquel siniestro paredón calcinado, entre árboles muertos...

Pero el camarero entró para recoger la bandeja del desayuno, interrumpiendo así sus reflexiones, que habían ido ensombreciéndose poco a poco, como le ocurre al cielo algunos días de verano, cuando su intenso azul se oscurece sin que lo advirtamos hasta transformarse en el gris negruzco de la tormenta. Yves se puso el traje de baño y unas alpargatas, se echó un albornoz por los hombros y bajó a la playa.

Se tumbó cuan largo era en la arena caliente, que crujía bajo sus pies. Cerró los ojos, relajó el cuerpo y se quedó aún más quieto para, con cada centímetro de piel abrasada por el sol, con todo el rostro ofrecido a la resplandeciente luz del cielo de agosto, pálido de calor, disfrutar de una sensación única de dicha silenciosa, perfecta, casi animal.

Alrededor, ágiles y semidesnudos, deambulaban hombres y mujeres, jóvenes y atractivos en su mayoría, e increíblemente bronceados. Otros, tumbados al sol en grupo, secaban sus chorreantes cuerpos, como él. Adolescentes de torso desnudo jugaban a la pelota en la orilla, como sombras chinescas deslizándose por la arena clara. Cansado tras el largo baño, Yves cerró los ojos. El fulgor del mediodía atravesaba sus párpados y lo sumía en unas tinieblas de fuego, en las que rodaban grandes soles a la vez oscuros y deslumbrantes. Las olas rompían con ruido de potentes alas, colmando el aire con su sonoro batir. Una aguda risa infantil arrancó de su letargo a Yves; unos rápidos piecitos pasaron corriendo junto a él y, al instante, un puñado de arena le salpicó el cuerpo. Se incorporó.

—¡Pero bueno, Francette! —exclamó una voz de mujer indignada—. ¿Quieres portarte bien y venir aquí ahora mismo?

Ya del todo despierto, Yves se sentó con las piernas cruzadas y los ojos bien abiertos. Vio una atractiva silueta femenina enfundada en un bañador negro, que tiraba de la mano de una niña de dos o tres años, regordeta y muy vivaracha, con un casquete de pelo rubio, desteñido por el sol hasta volverse pajizo, y un cuerpecito rollizo y tan oscuro como el de un negrito.

Las observó mientras se dirigían al agua. Con placer inconsciente, causado tanto por la pequeña como por la guapa mamá, las siguió con la vista largo rato. No había logrado distinguir el rostro de la adulta, que sin embargo tenía una figura tan grácil como una pequeña estatua. Sonrió al imaginar el cúmulo de circunstancias que habrían sido necesarias en París para disfrutar de aquel espectáculo, que tan natural parecía allí. Según la veía en ese momento, con las líneas y las sinuosidades de su cuerpo perfiladas en el fino bañador, aquella mujer, morena y rosa, le pertenecía un poco también a él, un desconocido, puesto que se mostraba casi tan desnuda como lo habría estado frente a un amante. Quizá por eso, cuando la joven desapareció entre la multitud de bañistas, Yves sintió una pequeña, fugitiva angustia, una de esas extrañas pesadumbres que son a los grandes disgustos lo que el pinchazo de una aguja a la herida de un cuchillo.

Se tumbó sobre un costado con una leve y repentina sensación de tedio y empezó a jugar distraídamente con un puñado de dorada arena, que se deslizaba entre sus dedos como las finas, sedosas e irritantes hebras de una cabellera. Luego, volvió a mirar el mar, con la esperanza de ver surgir de las olas a la desconocida. Morenas y sonrosadas figuras femeninas desfilaban ante él, pero, para su impaciencia, no la que

había visto hacía un momento. Al final, consiguió localizarla gracias a la niña, que atrajo su atención con su llanto y sus pataleos: el motivo de su sonoro berrinche era el agua salada, que sin duda acababa de probar. La mamá reía sin poder contenerse, la llamaba «tontorrón» y trataba de consolarla. De pronto, se agachó, la levantó en el aire, se la sentó en un hombro y echó a correr. Yves apreció con toda claridad el contorno de sus pechos, altos y bien modelados, y de su talle, flexible y robusto, como sólo lo tienen las mujeres muy jóvenes del presente, que nunca han usado corsé, andan mucho y han bailado toda la vida. Fuerte y a la vez delicada, evocaba vagamente la idea de una mujer griega que corriera con el cuerpo erguido, sosteniendo un ánfora sobre el hombro en posición vertical. Así era como llevaba a su preciosa hijita, y parecía muy sencilla y muy hermosa en aquella hermosa y sencilla naturaleza. Con una especie de ansiedad, Yves se apoyó en los codos para observarla a placer cuando pasara frente a él: quería verle la cara.

Y se la vio: casi tan atezada y bronceada como la de su pequeña, con la barbilla redonda y hendida por un hoyuelo, los labios rojos, húmedos y entreabiertos, que debían de saber a agua y sal, y la expresión entre candorosa y seria de los niños y a veces de las mujeres muy jóvenes. Luego, también se fijó en la corta melena, en los negros mechones que, agitados por la fuerte brisa marina alrededor de la pequeña y despejada frente, recordaban, fuertes y rebeldes, los rizos de mármol de la estatua de un adolescente griego. Era realmente bella. Pero ya había desaparecido dentro de una tienda. Yves, que no había tenido tiempo de fijarse en el color de sus ojos, se sintió decepcionado.

Poco después, cruzaba el jardín del hotel. El aire libre y el sol lo mareaban un poco, le producían un ligero dolor de cabeza, irritante y tenaz. Caminaba despacio y con los ojos entornados, sin conseguir librarse de aquella terrible luz, que parecía haber quedado atrapada entre sus pestañas y le hería la vista, acostumbrada a los tonos más apagados del cielo parisino. Al entrar en el vestíbulo, lo primero que vio fue la niña que le había arrojado arena, saltando y riendo a carcajadas sobre las rodillas de un hombre vestido de blanco. Yves lo miró con atención y creyó reconocerlo. Le preguntó su nombre al botones del ascensor.

—Es el señor Jessaint —respondió el chico.

«Pero si lo conozco...», se dijo Yves.

No le cabía la menor duda de que era el marido de la preciosa criatura de la playa; mas, en lugar de alegrarse de la casualidad, que le permitiría conocerla de un modo sencillo, rápido y cómodo, con toda la incongruencia de que es capaz el ser humano, refunfuñó:

—¡Vaya por Dios! Gente de allí... ¿Es que no pueden dejarlo a uno solo y tranquilo quince días?

### 3

Yves Harteloup había nacido en 1890, en pleno «fin de siglo», bendita época en la que en París aún había hombres que no hacían nada, en la que se podía ser perverso con empeño y vicioso con orgullo, en la que, para la mayoría de los mortales, la vida, encauzada y apacible, discurría como un arroyo cuyo curso uniforme y cuya probable duración resultaban más o menos previsibles desde la fuente.

Yves era hijo de un «hombre de mundo», como se decía entonces, de un parisino de pies a cabeza que había llevado la ociosa y ajetreada existencia de todos sus congéneres. Había tenido dos pasiones: las mujeres y los caballos. Unas y otros le habían proporcionado las mismas sensaciones de embriaguez, de apasionado desenfreno, de riesgo. Gracias a los caballos y a las mujeres, aquel hombre que solamente había salido de París para ir a Niza o a Trouville, que en el mundo no conocía más que los bulevares, los hipódromos y el Bois, que lo único que había mirado eran los ojos de las mujeres, y sus bocas, lo único que había deseado, el día de su muerte pudo decirle al cura que le prometía la vida eterna: «¿Para qué? Sólo quiero descansar. Lo he visto todo».

Cuando murió, su hijo tenía dieciocho años. Yves recordaba bien sus suaves manos, su sonrisa tierna y socarrona, el leve e irritante aroma que siempre dejaba tras de sí, como si los pliegues de su ropa hubieran conservado los perfumes de todas las mujeres a las que había acariciado... Yves se le parecía: también tenía unas manos bonitas, hechas para la ociosidad y el amor, y unos ojos claros y penetrantes. Pero si los del padre eran tan agudos y apasionadamente vivaces, a menudo los del hijo parecían apagados, rebosantes de hastío y desazón, profundos como aguas profundas...

Asimismo, Yves se acordaba muy bien de su madre, aunque la había perdido muy pronto. Todas las mañanas, la institutriz lo llevaba a la habitación materna cuando estaban peinándola. La señora Harteloup usaba finas batas de encaje llenas de perifollos que, cuando caminaba, sonaban como alas de pájaro. Yves recordaba incluso sus corsés de satén negro, que moldeaban su menudo y hermoso cuerpo, su arqueada silueta, a la moda de la época, su cabello pelirrojo, su piel sonrosada.

Había disfrutado de una infancia feliz de niño rico, sano y mimado. Sus padres lo querían, se ocupaban de él y, como creían conocer por adelantado la vida libre, desahogada y ociosa que sin duda lo esperaba, se esforzaron en inculcarle desde un principio el gusto por la belleza y las ideas, que ennoblece la vida, pero también por las mil sutiles pequeñeces del lujo y la elegancia, que la hermocean y la revisten de una dulzura incomparable. E Yves crecía aprendiendo a amar las cosas bellas, a gastar bien el dinero, a vestir bien, a montar a caballo, a dominar la esgrima y también, gracias a las discretas lecciones de su padre, a considerar a las mujeres como el único bien de este mundo, y la voluptuosidad, un arte; en suma, a ver la vida como algo bonito, ligero y agradable de lo que un hombre inteligente sólo debería

obtener placeres.

A los dieciocho años, con los estudios terminados, Yves se vio huérfano y bastante rico. Forzado por el luto a una soledad relativa, aburrido, empezó a preparar vagamente la licenciatura en Letras. Luego pensó en viajar, porque en eso era distinto a su padre, como a toda la generación anterior, y no reducía el universo a la avenue de l'Opéra y al sendero de la Virtud. El extranjero le inspiraba una viva curiosidad, que su padre tildaba de «romántica» sonriendo con desdén. Así que Yves pasó varios meses en Inglaterra, soñó con un viaje a Japón, que no llegó a realizar, visitó pequeñas ciudades fantasma de Alemania, pasó jornadas tranquilas y mágicas en Siena y toda una primavera en España, cumpliendo un deseo arraigado en los días más felices de su infancia, que habían transcurrido en Hendaya, en la frontera española, en una antigua propiedad de sus padres, adonde lo mandaban a pasar el verano con su institutriz. Así, en constante movimiento, vivió algo más de dos años, hasta principios de 1911, cuando regresó a París para instalarse definitivamente. Se las arregló a fin de hacer el servicio militar en Versalles. Pasaron dos, tres años rápidos y gratos. Ahora se acordaba de ellos como de ciertas primaveras cortas y muy soleadas, de breves aventuras amorosas, tan fugaces y vacías pero a la vez tan deliciosas. Y luego, de improviso, en medio de esa existencia, estalló la guerra, como un trueno en un cielo azul.

1914. La partida, el entusiasmo inicial, el miedo a la muerte. 1915. El frío, el hambre, el barro de las trincheras, la muerte convertida en compañera habitual, que camina a tu lado y duerme en tu refugio. 1916. Más frío, más barro, más muerte. 1917. El cansancio, la resignación, la muerte... Una larga, larguísima pesadilla... Entre quienes sobrevivieron, unos, los burgueses, los tranquilos, habían vuelto iguales y retomado las antiguas costumbres, el antiguo carácter, como si fueran viejas pantuflas. Otros, los apasionados, habían retornado llevando consigo su rebeldía, sus ansias, sus atormentados deseos. Y algunos, como Yves, habían regresado simplemente cansados. Al principio creyeron que se les pasaría, que el recuerdo de aquellas horas negras se borraría a medida que la vida volviera a ser tranquila, normal, clemente, que un buen día se levantarían y de nuevo serían fuertes, alegres y jóvenes, como antaño. Sin embargo, transcurría el tiempo y «aquello» seguía allí, como un veneno lento. «Aquello» era la extraña mirada perdida que ha visto todos los horrores humanos, todas las miserias, todos los miedos, el desprecio por la vida y el violento deseo de sus placeres más groseros, más carnales, la indolencia, porque el único trabajo que habían tenido en tantos años había sido esperar la muerte de brazos cruzados, una especie de amarga hostilidad hacia los demás, hacia todos los demás, porque no habían sufrido ni visto... Muchos habían vuelto con pensamientos parecidos o idénticos; otros muchos habían seguido viviendo como Lázaro resucitado, avanzando entre los vivos con los brazos extendidos, el paso entorpecido por el sudario y las pupilas dilatadas por un terror imborrable.

Hasta 1919, Yves, herido tres veces y condecorado con la Cruz de Guerra, no

volvió definitivamente a París y empezó a poner en orden sus asuntos y calcular el montante de su fortuna, que su notario se había encargado de dividir en dos partes a su mayoría de edad. Lo heredado de su madre se había invertido en la fábrica del hermano de esta última, un próspero industrial. Esa parte se había volatilizado: su tío había muerto arruinado en 1915. Quedaba la herencia paterna, convertida antes de la guerra en acciones extranjeras, alemanas y rusas en su mayoría. Hecho el balance, Yves se encontró en posesión de unas rentas que le daban para cigarrillos y taxis. Tendría que trabajar para vivir. Con el tiempo, siempre que recordaba las horas sombrías que vinieron después, un escalofrío le recorría la espalda. Aquel chico, que durante cuatro años se había comportado como una especie de héroe, se revelaba un cobarde ante el esfuerzo cotidiano, el trabajo forzoso, la mezquina tiranía de la vida. Desde luego, podría haber llevado al altar a la hija de unos nuevos ricos o a una norteamericana con dólares, como tantos habían hecho, pero en su educación le habían inculcado unos escrúpulos y unas delicadezas que constituyen un lujo como cualquier otro, pero más molesto, e incluso principios que son para la conciencia algo así como sillas góticas de asiento duro y respaldo alto, muy bonitas pero muy incómodas. Al final, Yves encontró trabajo en las oficinas administrativas de una gran agencia internacional de noticias: dos mil quinientos francos al mes, una suerte inesperada.

Desde 1920 —era agosto de 1924—, Yves llevaba esa vida de empleado, que odiaba como algunos niños muy sensibles y perezosos odian el internado. Había conservado su antigua casa, llena de recuerdos, flores y objetos hermosos ordenados con primor. Todas las mañanas a las ocho, cuando tenía que levantarse, vestirse a toda prisa y cambiar aquella tibia penumbra por el frío brutal de la calle, por el hostil y desnudo despacho donde se pasaría el día entero recibiendo y dando órdenes, escribiendo y hablando, Yves experimentaba la misma desesperación, el mismo ataque de rencorosa e inútil rebeldía, el mismo horrible, negro y aplastante hastío. No era ni ambicioso ni activo; cumplía con sus obligaciones escrupulosamente, casi como si hiciera los deberes del colegio.

Ni siquiera se le ocurría que podía dedicarse a los negocios, luchar, intentar enriquecerse. Hijo y nieto de ricos, de ociosos, padecía la falta de holgura, de desahogo, como se padecen el hambre o el frío. Poco a poco, se había acostumbrado a aquella vida, porque, mejor o peor, a todo se habitúa uno, pero su resignación era penosa y sombría. Los días se arrastraban de forma idéntica hasta la noche, que traía consigo una sensación de cansancio extremo, jaquecas y un amargo y enfermizo deseo de soledad. Cenaba a toda prisa en el restaurante, o bien junto a la chimenea, con su perro *Pierrot*, un lulú blanco de pelaje rizado que parecía una oveja de porcelana, tumbado a sus pies, y se acostaba pronto, porque los cafés y las salas de fiesta eran caros y porque al día siguiente había que madrugar. Tenía amantes, relaciones de dos, a lo sumo tres meses, que acababan con la misma celeridad con que empezaban. Cambiaba de mujer a menudo, porque, en su opinión, el único placer



que merecía la pena era el de la primera vez; dominaba como nadie ese arte esencialmente moderno de «quitarse de encima a las mujeres»: sabía deshacerse de ellas con dulzura. A veces, cuando acababa de dejar a una, con la sensación de alivio que procura haber cumplido con una pesada obligación, se acordaba de su padre, que había creído encontrar el sentido de la vida en aquellos ojos, en aquellos pechos, en aquellos breves espasmos. La mujer... Para Yves, la mujer no era más que un objeto bonito y cómodo. En primer lugar, después de la guerra había tantas y eran tan fáciles... Y en segundo... No, decididamente no: por más que se asomaba a aquellas miradas acariciantes y mentirosas, no hallaba ese íntimo estremecimiento del alma, ese brillo inefable que su padre había creído vislumbrar y que quizá también él buscara de manera inconsciente. Y pensaba que, para quien se ha abismado en el fondo de los ojos de los moribundos, para quien ha caído herido, para quien ha abierto con desesperación los párpados intentando atisbar el cielo antes de morir, para ése la mujer no tiene secretos ni misterios, ni más atractivo que el de ser joven, bonita y complaciente. Y en cuanto al amor... debía de ser una sensación de paz, de calma, de infinita serenidad... El amor debía de ser el descanso, si es que eso existía.

Todos los veranos, Yves tenía unas semanas de vacaciones y, como en invierno vivía con gran austeridad, podía permitirse pasarlas donde y como le apeteciera. Ese año había regresado a Hendaya llevado por el deseo de volver a ver la maravillosa playa de su infancia, y también porque pensaba que el lugar ofrecía menos tentaciones que otros sitios y, al mismo tiempo, estaba cerca de Biarritz y San Sebastián, es decir, de dos de los principales polos de atracción de la sociedad cosmopolita. Además, le encantaba el oleaje libre y bravío y la radiante luminosidad de la tierra vasca. Y por último, la vida ociosa y despreocupada de los grandes hoteles le causaba la misma agradable sensación de comodidad recuperada que produce sumergirse en una bañera llena de agua caliente después de un largo viaje en tren.

El día siguiente a su llegada, Yves, que tras un minucioso aseo había bajado de su habitación hacia las dos, estaba acabando de almorzar casi solo en el enorme comedor del hotel. A pesar de las cortinas de tono tostado que protegían las grandes puertas vidrieras, el sol inundaba la sala, rutilando como una fantástica cabellera dorada. Yves se esforzaba por vencer el deseo pueril de acariciar los rayos de oro que danzaban sobre el mantel y el servicio de mesa, arrancando destellos de sangre y rubí al fondo de su copa de añejo borgoña. Alrededor, varias familias españolas terminaban de comer, parloteando animadamente. Las mujeres estaban gordas y estropeadas; los jóvenes eran muy guapos. Pero casi todos tenían unos ojos maravillosos, ojos aterciopelados y fogosos, e Yves, al contemplarlos, fantaseaba con la cercana España y la posibilidad de visitarla en octubre y ver de nuevo aquellas casas rosadas y aquellos patios donde murmuraban las fuentes. Pero al momento, cortándole de golpe las alas a su impreciso sueño, surgió en su memoria el inoportuno recuerdo de la fecha en que acababan sus vacaciones, así como el de la cotización que había alcanzado la peseta ese mes de agosto del año de gracia de 1924, y ambos factores obligaron a su mirada, que vagabundeaba en torno a los Pirineos, a posarse de nuevo, muy sensata y tristemente, en la jugosa pera que había empezado a pelar. Se la comió y salió a la terraza.

Algunos grupos sentados en torno a los veladores de mimbre tomaban café y hojeaban periódicos de París y Madrid. En un pequeño estrado, unos músicos afinaban sus instrumentos con parsimonia. En el jardín, los infatigables adolescentes ya estaban jugando al tenis. El viento marino hinchaba los grandes toldos de dril, que restallaban como velas. Yves se acercó a la balaustrada para contemplar el mar, que nunca lo cansaba.

De pronto, oyó que lo llamaban por su apellido.

—¿Qué tal, Harteloup? ¿Hace mucho que ha llegado?

Yves se volvió y vio a Jessaint. A su lado, la joven en la que se había fijado esa mañana se balanceaba en una mecedora. Vestida totalmente de blanco, la cabeza descubierta, las piernas desnudas y los finos pies calzados con sandalias de tiras. Su

hijita brincaba junto a ella sobre las tibias baldosas de la terraza.

—¿Conoce a mi mujer? —le preguntó Jessaint—. Denise, te presento al señor Harteloup.

Yves hizo una inclinación de cabeza.

—Llegué ayer por la tarde —dijo en respuesta a la primera pregunta—. Supongo que se nota —añadió sonriendo y mostrándoles sus blancas manos de parisino.

—¡Sí que se nota! —exclamó la joven, riendo—. Aquí estamos todos tan negros como africanos. Creo que no me equivoco... —añadió, mirándolo con más atención—. ¿No es a usted a quien mi hija ha arrojado arena hace un rato, en la playa? Debería haberme disculpado, pero he preferido fingir que lo creía dormido... Me daba vergüenza tener una hija tan mal educada —explicó, atrayendo hacia sí a la pequeña, que alzaba hacia ellos su redonda y risueña cara.

—¿Conque ésta es la señorita que se dedica a atormentar a pobres chicos que no le han hecho nada? —dijo Yves con voz grave. La niña rió y escondió la cara entre las rodillas de su madre—. Parece alegre —comentó.

—Pues es insoportable —respondió Denise con ojos brillantes de orgullo, y alzó con un dedo la barbillita hundida en su falda—: En fin, hay que perdonarme, aunque sea muy traviesa y muy mala, porque aún soy muy pequeña, ¿verdad, señorita Francette? Todavía no tengo dos años y medio.

—¡Ni hablar! ¡No pienso perdonarla! —exclamó Yves.

Entonces cogió en brazos a la graciosa chiquilla y empezó a hacerla saltar en el aire. La pequeña agitaba las piernas desnudas riendo a carcajadas. Cada vez que Yves hacía amago de dejarla en el suelo, ella suplicaba: «¡Más, señor, más!». Y él, encantado de jugar con aquel cuerpecito moreno y sonrosado, empezaba de nuevo. Los dos sintieron tener que despedirse cuando la niñera fue a buscar a la señorita Francette para llevarla a la playa.

—¿Le gustan los niños? —preguntó Jessaint mientras la niña se alejaba a regañadientes.

—Me encantan, sobre todo cuando son guapos, sanos y ríen siempre, como su hija.

—Siempre no —puntualizó Denise, sonriendo—. Y menos aquí... A esta niña, el mar la enloquece. Pasa de la risa al llanto con una facilidad y una rapidez que me desesperan.

—¿Cómo se llama?

—Francette, de France, porque nació el aniversario del armisticio.

—Es curioso que le gusten los niños... —comentó Jessaint—. Yo adoro a mi hija, por supuesto, pero en cambio no soporto a los de los demás... Son ruidosos, agotadores...

—Bueno, ¿y cómo es la tuya? —replicó Denise—. ¡Da más guerra que toda una escuela junta!

—En primer lugar, exageras... Y en segundo lugar, tú lo has dicho, es la mía. Y

sobre todo la tuya —añadió, rozando con los labios la mano de su mujer.

Yves, que lo observaba, advirtió que su rostro se enternecía cuando se dirigía a ella. Jessaint sorprendió su inquisitiva mirada y pensó que consideraba de mal gusto sus efusiones.

—Debo de parecerle un bobo... —se excusó un poco incómodo—. Supongo que mi inminente partida me vuelve especialmente afectuoso...

—¿Ah, se marcha?

—Sí, a Londres... Unas semanas... Me voy esta noche. —Y, temiendo estar hablando demasiado de sí mismo y los suyos, preguntó—: Pero ¿y usted, mi querido Harteloup? ¿Qué ha sido de su vida desde entonces?

Yves hizo un gesto vago.

—Harteloup y yo fuimos vecinos de cama en el hospital de Saint-Ange, en aquel horrible y oscuro villorrio belga, cuyo nombre he olvidado... —le aclaró Jessaint a su mujer.

—¿Wassin? ¿Lieuwassin?

—¡Eso es, Lieuwassin! Lo dejaron hecho una piltrafa, al pobre muchacho...

—Perforación del pulmón izquierdo —explicó Yves—. Pero ya estoy curado.

—¡Me alegro, me alegro! Yo aún me resiento de la pierna. No puedo montar a caballo...

—Pero ¿no se habían visto desde entonces? —preguntó Denise.

—Sí, en casa de los Hagnet un par de veces, y en la rue Bassano... En casa de Louis de Brémont, ¿verdad? Pero no sabía que estuviera casado, Jessaint...

—Y no lo estaba... Sólo prometido... Desde que nos casamos, apenas salimos. Yo viajo bastante por negocios.

—Lo sé. Oí hablar de su invento —señaló Yves.

El joven ingeniero Jessaint había descubierto el modo de recoger y reutilizar el humo de las chimeneas de las fábricas, lo que durante la guerra le había valido la fama y una gran fortuna.

Jessaint se sonrojó ligeramente. Tenía un rostro agradable, aunque algo tosco, como tallado a rudos golpes, pero iluminado por unos ojos azules muy dulces y penetrantes.

Como el camarero acababa de traer el café, Denise lo sirvió. Tenía una sonrisa seria de estatuilla; el vello de su brazo desnudo brillaba al sol. Luego, cruzó las manos detrás de la nuca, cerró los ojos y empezó a balancearse suavemente en la mecedora, muy modosa y callada, mientras los hombres seguían hablando a media voz de la guerra, de quienes se habían quedado allí y de quienes habían vuelto.

—Perdonen que los interrumpa... —terció al cabo de un rato—. ¿Podrían decirme la hora?

—Son casi las cuatro, señora Jessaint.

—¡Oh, entonces tengo que subir a vestirme! Porque aún vamos a ir a Biarritz a comprarte la maleta, ¿verdad, Jacques?

—Verdad.

—Yo voy a darme el segundo chapuzón —dijo Yves levantándose a su vez.

—¿No teme cansarse? —le preguntó Denise.

—¡Eso nunca! ¡Me pasaría la vida en el agua!

Yves acompañó a la señora Jessaint, que dejó a su marido terminándose el café en la terraza. Observó a la joven mientras caminaba delante de él, con su vestido blanco; en la deslumbrante luz de la tarde, su cabello negro parecía tan etéreo y azulado como los anillos de humo de los cigarrillos orientales. Al pie de la escalinata, se volvió hacia él sonriendo.

—Adiós, señor Harteloup... Hasta pronto, seguramente...

La joven le estrechó la mano con aquella hermosa mirada franca, directa, en la que Yves ya había reparado, complacido. A continuación, dio media vuelta y entró en la puerta giratoria del hotel, mientras él se dirigía lentamente a la playa.

Al día siguiente, volvió a verla a la hora de la siesta en la arena caliente de la playa. Jessaint se había marchado a Londres, como había anunciado. Yves se acercó, acarició la rubia y húmeda cabecita de la pequeña France y habló con la mamá de ésta de su marido y de esos amigos comunes que suelen surgir fácilmente en la conversación cuando ambas partes se toman la molestia de buscarlos.

En el restaurante, donde volvió a coincidir con ella, comprobó que tenían mesas contiguas. La vio de nuevo en el vestíbulo, hojeando los periódicos. Y así sucesivamente... A partir de entonces, se la encontró a diario y a todas horas. No era nada extraordinario: Hendaya es un pueblo muy pequeño y ninguno de los dos salía de él. A Denise no le gustaba dejar sola a su hija; tenía el corazón ansioso y la imaginación inquieta de las verdaderas madres. En cuanto a Yves, disfrutaba la placidez de aquella monótona y deliciosa vida, que transcurría con la peculiar celeridad de algunos sueños felices... Mañanas radiantes, largos días de indolencia y sol, breves crepúsculos y aquellas noches españolas, que llevaban al mar todos los aromas de Andalucía... Para Yves, la presencia de Denise era tan natural y al mismo tiempo tan extraordinaria como la del océano. La silueta femenina se deslizaba por el cambiante decorado de los tamariscos como un hermoso reflejo nacido del sol y la sombra. Ya no lo sorprendía: del mismo modo, el brillo y el fragor de las olas llenaban su vigilia y su sueño de violentos colores, de una música salvaje que, de tan habituales, ya no percibía. Ante la belleza de Denise, permanecía frío y tranquilo. Todas las mañanas la veía corretear por la playa en traje de baño, ágil y semidesnuda, con el inocente impudor de los seres muy jóvenes y muy hermosos; sin embargo, no lo turbaba el deseo, no experimentaba esa irritación, esa quemazón de curiosidad que hace sufrir a los hombres al comienzo del amor. Era hermosa y, sobre todo, sencilla y natural, y esa sencillez, esa naturalidad, lo cautivaban de un modo casi inconsciente. No se preguntaba si era honesta, si tendría uno o varios amantes. No la desnudaba con los ojos. ¿Para qué? Denise carecía de secretos y, por tanto, de misterio. Si estaba a su lado, no pensaba en ella. Pero ¿no lo estaba siempre? Por la mañana, cuando la veía, se sentía feliz: ¿no era para él como el símbolo, la encarnación misma de aquellas maravillosas vacaciones? En Hendaya, cuando aún iba al colegio, todas las tardes veía pasar por el espigón a dos mujeres con mantilla negra, dos españolas. Hablaban aquella lengua ruda y áspera que aún no entendía. En la penumbra del atardecer no les veía las caras, pero cuando el pincel luminoso del faro las tocaba, surgían súbitamente, envueltas en aquel resplandor tan intenso como el de las candilejas. Luego se alejaban con un balanceo de faldas.

Yves nunca habló con ellas. Más tarde, supuso que eran doncellas del hotel. Ni siquiera le parecían guapas, y si de ellas estaba vagamente enamorado, como suele ocurrir a los quince años, desde luego lo estaba mucho más de la hija del guarda, su primera amante, y de la chica norteamericana a la que besaba en la boca detrás de las

cabinas. Sin embargo, a éstas las había olvidado, mientras que si pensaba en esa época de su adolescencia, aquellas dos extranjeras reaparecían al instante en su memoria hablando entre sí en aquel idioma desconocido, con la mantilla negra en la cabeza y haciendo oscilar la falda... De forma similar, se decía que, si tiempo después volvía a ver a Denise por la calle, en París, recordaría con absoluta precisión la dorada y cálida playa en forma de arco a orillas del Bidasoa, en el deslumbrante esplendor de un día estival. La música tiene el poder de resucitar los días del pasado, en especial la música sencilla. Algunos rostros de mujer, pensaba Yves, también.

## 6

Un día, Denise no apareció en la playa. Yves no lo advirtió enseguida. Se dio el baño de costumbre, nadó un buen rato, deslumbrado por las relucientes lentejuelas que bailaban en los senos de las olas, y se tumbó en la arena en el sitio de siempre, muy cerca de la tienda de los Jessaint. Denise no estaba en ella. La pequeña Francette, en bañador, hacía montoncitos de arena, que destrozaba al instante a golpes de pala, con salvaje y destructiva energía. La niñera leía.

Tumbado sobre el costado izquierdo, Yves se volvió del derecho con un profundo e inquieto suspiro, un suspiro de perro que sueña. Estaba nervioso sin saber por qué, respiraba con dificultad y el corazón le latía con sorda precipitación. «He estado demasiado rato en el agua», se dijo. Se apoyó en el codo y llamó por señas a Francette, que rió al reconocerlo, se levantó y avanzó dos pasos. Luego dio media vuelta y echó a correr en sentido contrario, con la inexplicable e instintiva malicia de los niños. Contrariado, Yves volvió a tumbarse, mordiéndose el labio. No obstante, seguía empeñado en encontrar causas físicas, naturales, a su malestar: hacía calor, notaba el sol en los hombros como una pesada chapa de plomo, y un vientecillo abrasador levantaba de vez en cuando arena que le rozaba las piernas y le hacía molestas cosquillas. No se preguntaba directamente dónde estaba la señora Jessaint, pero daba a esa cuestión no formulada vagas respuestas hipócritas: «Vendrá... Se ha retrasado... Quizá esté indispuesta... No se bañará, pero bajará para que se bañe la niña... Aún no es tarde...». Y se daba la vuelta en la arena caliente como un enfermo en la cama, sin hallar reposo, sin sentirse realmente triste, sino más bien lo que los ingleses llaman *uncomfortable*, aunque no acababa de entender por qué. Entretanto, el sol ascendía y la playa iba vaciándose; ya apenas quedaban unos adolescentes semidesnudos que jugaban al balón en la orilla. Pero también ellos acabaron yéndose. El socorrista y sus ayudantes pasaron arrastrando la barca de salvamento, que guardaban a la hora de la comida, con los musculosos brazos atezados y húmedos, tensos como cables. Se alejaron lentamente. La llana e inmensa playa se extendía, desierta y resplandeciente al sol de mediodía. Yves seguía allí, inmóvil; tenía un nudo en la garganta y le pesaba la cabeza. De pronto, dio un respingo y se dijo que era idiota. Denise no había bajado a la playa en toda la mañana porque estaba indispuesta, pero iría a comer. No se encontraría tan mal como para guardar cama un día tan espléndido, decidió. Pero debía de ser muy tarde; por poco que tardara en vestirse y afeitarse, ya no la vería. Se echó el albornoz sobre los hombros y corrió hacia el hotel.

Veinte minutos después estaba en el vestíbulo. Sin embargo, no encontró a Denise en el comedor; vio su mesa vacía y el servicio intacto. A Yves, las chuletas de cordero le parecieron quemadas, mal cocidos los guisantes, imbebible el café e incompetentes los camareros. Se quejó al *maître* con aspereza e hizo llamar al sumiller para decirle que, en cualquier tasca de París, el vino de la casa era mejor que su Corton 1898,



comentario que hirió al pobre hombre casi hasta las lágrimas.

Sin tocar el melocotón que ya se había colocado en el plato, arrojó la servilleta sobre la mesa y salió a la terraza. La pequeña Francette, con un vestido corto de algodón tan azul como el cielo, se balanceaba muy seria en la mecedora de Denise. Al ver acercarse a Yves, saltó al suelo y se le colgó del brazo.

—¡Hazme *ladies go to market!* ¡Anda, señor Lulú!

Como no conseguía pronunciar «Harteloup» como su madre, había cambiado a su conveniencia el nombre de su amigo. Yves la hizo saltar sobre su rodilla canturreando el estribillo de la canción inglesa.

—Oye, Fanchon... —le dijo después con una voz opaca que a él mismo lo sorprendió—. ¿Está enferma tu mamá?

—No —contestó Francette moviendo la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como un muñeco chino—. No.

—¿Dónde está?

—Se ha ido.

—¿Para muchos días?

—¡Eso no lo sé!

—Sí, sí que lo sabes. ¡Anda, intenta recordar! —insistió Yves con delicadeza—. Seguro que lo ha dicho delante de ti... Esta mañana, al darte un beso antes de irse, ¿no te ha dicho tu mamá: «Adiós, cariño, pórtate bien, volveré dentro de un día»? ¿O de dos? ¿No lo ha dicho?

—No —respondió Francette—. No me ha dicho nada. —Y tras pensarlo un momento añadió—: Es que cuando me ha besado antes de irse, yo aún estaba dormidita. Me lo ha contado la señorita, ¿sabes?

Yves tuvo la tentación de preguntarle a la niñera, pero no se atrevió: temía despertar sospechas. Totalmente infundadas, ¡por el amor de Dios! Volvió a dejar a la niña en el suelo y se marchó.

Denise se había ido, pero ¿adónde? ¿Y por cuánto tiempo? Y eso era lo más absurdo: se daba cuenta de que la ausencia no podía ser larga, puesto que Francette se había quedado en Hendaya. ¿Habría ido de compras a Biarritz? Pero entonces, ¿con quién habría comido? ¿Con unos amigos? ¿Y cuáles? Por primera vez, su mente empezó a vagar, exasperada, por la zona de incertidumbre que rodeaba a Denise, como a todos los seres humanos, pero cuyo misterio no lo había hecho sufrir hasta entonces. ¿Se habría tratado de un almuerzo íntimo? Se imaginó sucesivamente todos los restaurantes de Biarritz que conocía, desde los más lujosos hasta los hostales de los alrededores, perdidos en el campo, mientras una rabia ciega iba apoderándose de él. Tuvo que hacer acopio de fuerza de voluntad para calmarse y acabó avergonzado, aturdido y temblando como una hoja. Se fue a la playa y empezó a caminar sin rumbo. ¿Se la habrían llevado de excursión unos amigos? Oh, amigos de toda confianza, parientes quizá... El día anterior, ella no le había dicho nada; pero hablaban tan poco, por lo general... Sí, eso sería... Una excursión... A veces eran

muy largas: de dos, tres días... Y si había ido a España, o a Lourdes, estaría una semana lejos de Hendaya... lejos de él. Ocho días, ocho mañanas, ocho largas tardes... Parecía poca cosa, pero era horrible. Tal vez su marido le hubiera pedido que se reuniera con él en Londres inesperadamente. Un accidente, una enfermedad, cómo saberlo. No volvería. La niñera se llevaría a Francette a Inglaterra... Yves estaba tan consternado como si le hubieran comunicado la muerte de Denise. Se dejó caer al suelo. El sol brillaba con fuerza. Hundió las manos en la arena buscando la humedad del mar. Su súbita frescura le provocó un escalofrío. Se levantó.

De pronto, se dejó llevar, se enfureció, se dijo que era un imbécil: «Se ha ido... ¿Y qué? No la quiero, ¿no? No la quiero... Entonces, ¿qué más me da? Soy idiota, completamente idiota... —pensaba con vehemencia, pero sus temblorosos labios repetían maquinalmente la primera frase—: Se ha ido... Ya está... Se ha ido...».

Volvió al hotel y se tumbó en la cama. Permaneció inmóvil largo rato, con la cara hacia la pared, como cuando era pequeño y se disgustaba.

A las cinco bajó, recorrió la terraza arriba y abajo, y varias veces el jardín. Harto de dar vueltas, se dirigió al Casino, aunque Denise apenas iba allí. Chicos y chicas bailaban con la cabeza descubierta en un estrado alzado sobre pilotes en el agua. El eterno movimiento del mar alrededor de los pilares y los restallidos del toldo, agitado por el viento, evocaban tenazmente la idea de un barco amarrado en un puerto, lleno de sonoros crujidos y aromas salinos. Creyendo que así se distraería, Yves pidió un cóctel, pero bebió apenas unos sorbos y se marchó.

El mar palidecía al sol de las siete. En el cielo, nubecillas rosadas se arracimaban delicadamente. Yves escuchó el mar. Siempre lo había consolado. Esa tarde volvería a confiarle su pobre y cansado cuerpo.

Se cambió y, lentamente, se dirigió hacia el Bidasoa. El espigón, mantenido en buen estado en su primer tramo, estaba cubierto por una fina capa de arena unos metros más adelante. No había pretil; en los intersticios de las rocas crecían extraños arbustos erizados de espinas. Más allá, la escollera se interrumpía abruptamente. Yves bajó resbalando por la duna. La playa era un estrecho arco lamido por las olas; a la izquierda, la bahía, a la derecha, el mar, y uniéndolos el Bidasoa, pálido como el reflejo apenas vivo del desvaído cielo y tan tranquilo que ni siquiera espejeaba. Enfrente, España.

Se sentó con las piernas cruzadas y apoyó la barbilla en un puño. Reinaba la calma. Qué extraño... El estruendo de las olas no interrumpía el maravilloso silencio del anochecer. Una barca se deslizó silenciosamente de una orilla del río a la otra, de Francia a España. Una luz de un dorado más fino, más puro que el de mediodía, bañaba las cimas de las montañas, pero los valles empezaban a llenarse de sombras. La cólera de Yves desapareció de golpe, dando paso a una tristeza inexplicable.

La noche caía rápidamente. En la penumbra y la soledad, el mar se volvía lejano, de una salvaje majestad. Yves se sentía muy pequeño, perdido en la inmensidad de la vieja tierra. Pensó en sí mismo y en su vida fracasada. Era pobre, desgraciado, estaba

solo. En adelante, para él los días carecerían de alegría. Nadie lo necesitaba. La vida le pesaba, le pesaba tanto... Tenía ganas de llorar; retenía las lágrimas con un último y desesperado esfuerzo de pudor masculino, pero le oprimían el corazón, le subían a la garganta, lo ahogaban.

Un crepúsculo espléndido, teñido de azul pálido y tonos rosados, envolvía el campo, lo ensombrecía. Las campanas sonaban. Enfrente, Fuenterrabía se iluminaba; se veían las ventanas de las casas, las luces de los tranvías, el trazado de las calles... Sólo la gran torre cuadrada de la vieja iglesia conservaba su severa oscuridad. Las campanas repicaban lentamente, como cansadas, descorazonadas, tristes. Y en las montañas las granjas iban iluminándose una tras otra, como estrellas. Había llegado la noche.

En torno a Yves se despertaba una vida misteriosa, un rumor, una agitación, un bullicio de seres animados, de insectos que viven en la arena y sólo se oyen al anochecer. Él escuchaba temblando, con un miedo inexplicable. De repente, su intenso dolor estalló en llanto. Con la cabeza entre las manos, lloró por primera vez en mucho tiempo, lloró como un niño, lloró por él.

—¿Es usted? —preguntó de pronto una voz conocida, un poco vacilante—. Va a enfriarse. Es muy tarde... —Yves alzó los ojos muy abiertos. Era ella. Su vestido flotaba en la oscuridad como una mancha blanca—. No me queda más remedio que reñirle... —dijo Denise en tono ligero—. Tiene menos sentido común que mi hija... ¿Qué horas son éstas de bañarse?

—¿Tan tarde es? —balbuceó Yves, que se había levantado como por reflejo.

—Más de las nueve.

—¡Vaya! ¿De veras? No... no lo sabía... Es que he perdido la noción del tiempo...

—¡Dios mío! —exclamó Denise con viveza—. ¿Qué le ocurre, querido amigo?

Trataba de verle la cara, pero estaba demasiado oscuro. Sin embargo, aquella voz empañada de llanto, entrecortada por sollozos reprimidos... De manera instintiva, sus suaves manos de madre, que tan bien sabían consolar, calmar, se tendieron hacia él. Yves, inmóvil frente a ella con la cabeza gacha, temblaba. Lloraba en silencio, sin vergüenza, con la sensación de que sus lágrimas se llevaban consigo la hiel y la sangre de una herida muy antigua. Con extraña voluptuosidad, sus labios saboreaban su olvidado sabor a agua y sal.

—¿Qué le ocurre? —volvió a murmurar ella con un nudo en la garganta—. Pero ¿qué pasa?

—Nada, nada.

De pronto, temiendo haber turbado el pudor de una pena solitaria, Denise hizo ademán de marcharse, pero Yves la detuvo de inmediato. Ella sintió su cálida mano en el brazo desnudo.

—No se vaya, no se vaya —farfulló él, sin saber muy bien lo que decía—. Por favor... —Y de pronto, con una especie de cólera, exclamó—: Pero ¡¿dónde ha

estado todo el santo día?!

—En Biarritz —respondió ella dócilmente, mirándolo azorada. E intuyendo con extraña perspicacia lo que él había podido sufrir, murmuró—: Mi madre vive allí...

Se hizo un breve silencio. Bajo las estrellas, Denise pudo ver el atormentado rostro de Yves, su boca cruel y tierna, sus ojos suplicantes. Y le rodeó el cuello con los brazos. No se besaron. Se quedaron pegados el uno al otro, sobrecogidos, con el corazón palpitante, que rebosaba una tristeza deliciosa.

Con un gesto maquinal, eterno, Yves apoyó la cabeza en el hombro que le ofrecía Denise, y ella le acarició la frente en silencio, con unas repentinas ganas de llorar.

Alrededor de ellos, el mar lanzaba sus libres y salvajes olas. El viento traía de España una débil música. La vieja tierra se estremecía, animada con la confusa y misteriosa vida nocturna.

Poco a poco, sin ganas, se soltaron. Yves estaba ante ella medio desnudo. Los ojos de Denise, habituados a la débil claridad del cielo, distinguían vagamente su fornido cuerpo masculino, apenas cubierto por el bañador. Lo había visto así muchas veces, pero, como Eva, hasta esa noche no se había dado cuenta de que estaba desnudo. De pronto sintió vergüenza y miedo, igual que una adolescente. Lo rechazó con suavidad, trepó por la duna y desapareció en la oscuridad.

Yves no se atrevía a volver al hotel en bañador. Recordando que de niño había pasado muchas noches en la playa, se acurrucó junto a un montículo de arena y, tapado con el albornoz, cayó en un sueño ligero e inquieto, lleno de imágenes y arrullado por el sonido y el olor del mar.

Esa noche, como todas, Denise fue a sentarse junto a la camita de Francette, que viajaba por el país de los sueños con un dedo metido en la boca. En la suave penumbra, el pliegue de carne rosa que le surcaba el cuello parecía una pequeña sotabarba. Dormía como un frágil pajarillo acurrucado al calor de sus plumas.

Denise se inclinó para observarla de cerca. Y, como siempre, volvió a verse a sí misma con extraordinaria claridad en la época en que dormía en una cama muy parecida a aquélla. Pero en esa ocasión pensó por primera vez con asombro en el largo camino recorrido, que tan breve le había parecido debido a su monotonía, a su fácil mansedumbre. Sin embargo, para ella ya había comenzado el verano de la vida... Posó la cabeza, aureolada de cortos bucles, en la almohada, entre el revuelto cabello de Francette, cerró los ojos y empezó a recordar... La niñez, llena de días luminosos, de vacaciones felices; las pequeñas penas infantiles, cuyo recuerdo, Dios sabe cómo, acaba siendo con los años más dichoso que el de las alegrías; la adolescencia, enturbiada, ennoblecida también, por la sombra de la Gran Guerra; el noviazgo; la boda, una verdadera boda francesa que aunaba el afecto y lo razonable; la maternidad; una buena vida, agradable y, desde luego, ordenada... Y sin embargo, esa noche se sentía decepcionada, insatisfecha, con un pobre corazón intranquilo.

Se levantó, abrió el estrecho balcón de madera adornado con macetas y salió. Qué bien olían las flores; su fragancia era fresca y amarga. Las estrellas iluminaban suavemente la noche estival. A lo lejos se veía la pequeña playa roída por las olas donde Yves la había esperado, a la que Yves la había llamado... Aquella hora deliciosa y fugaz había sido tan parecida a un sueño que Denise se preguntaba si la había vivido de verdad: le había dejado una extraña sensación de irrealidad. Pero luego eso cambió... Poco a poco, mientras estaba allí, en medio de la oscuridad y los aromas nocturnos, el presente fue difuminándose, volviéndose tan impreciso como un sueño, mientras que el recuerdo se concretaba, se adensaba, crecía en su corazón y su cuerpo con la fuerza de una ola. Sin que se diera cuenta, sus manos se extendieron en el aire, como tratando de modelar el contorno del cuerpo abrazado, del rostro acariciado; parecían esculpir en el vacío, a tientas pero tan seguras como las manos de un artista ciego. Y de pronto se estremeció: en las yemas de los dedos creyó notar el relieve de los finos y suaves labios. Apretó los dientes; lo que sentía, casi con miedo, era algo tan doloroso y al tiempo tan dulce que murmuró en voz alta, como si llamara por su nombre a alguien que pasara bajo el balcón:

—¿Amor?

Más tarde, ya acostada en la habitación contigua a la de Francette, en la cama donde había dormido su marido, mientras buscaba con gesto mecánico bajo las sábanas la forma familiar de su gran cuerpo tendido, se acordó al fin de él, del afectuoso y

confiado compañero, con tanta pena que se le humedecieron los ojos. Le tenía mucho cariño. En su compañía se aburría y a menudo pensaba en otras cosas, pero procuraba hacerle la vida agradable, corresponder a su amor con todo su afecto, con su delicada comprensión. Sin embargo, lo había engañado. No buscó excusas. Sabía perfectamente que lo había traicionado. Amor... Más bien una aventura fugaz, en la que ella pondría el corazón y él sólo su vanidad, o su deseo. No le interesaba el fácil romanticismo de un amor de verano. Sabía muy bien que, como todos los hombres, Yves la cortejaría un día entero y luego, por la noche, llamaría a su puerta; así sería durante tres semanas, poco más o menos, y después se separarían como dos extraños. Denise no quería eso. Se imaginó los ojos de Yves al día siguiente, la mirada insistente que tan bien conocía, porque la había distinguido más de una vez en los hombres que la habían encontrado atractiva. Hasta entonces, sólo le había dado risa, pero ahora... Denise se echó a llorar con el corazón rebosante de ternura y pena, una pena inmensa e indefinida por sí misma, por su marido, solo en el extranjero y tal vez enfermo, pero sobre todo por Yves, por el posible sufrimiento de su amor frustrado.

Se prometió que al día siguiente, cuando volviera a verlo, se mostraría fría y distante. Pero él se pasó la mañana jugando en la arena con Francette. Cuando le hablaba, Yves apenas alzaba los ojos; parecía aún más incómodo que ella. Eso la desarmó. Por la tarde, cuando la invitó a dar un paseo antes de cenar, aceptó, aunque con el corazón palpitante y decidida a rechazar las palabras de amor que sin duda le dirigiría. Sin embargo, Yves no dijo nada. El sol se ocultaba en el mar entre nubes deshilachadas del color de la tormenta. Había marea alta; las olas se precipitaban, grises y blancas, contra la escollera y las gaviotas volaban en círculo en el cielo, chillando tristemente. Yves le habló de cosas sin importancia, como al principio. Estaban sentados en el pretil. La noche avanzaba con rapidez. Empezaron a caer gruesas gotas de lluvia. Yves la tomó del brazo para ayudarla a correr hacia el hotel. A ella le pareció notar que temblaba ligeramente, pero que se calmaba instantes después. Ahora llovía con furia torrencial. Se había levantado un viento desapacible que agitaba los tamariscos y tronchaba las flores. Yves le echó su chaqueta por los hombros. Corrían como locos bajo el aguacero. Denise sentía la presión de sus dedos, sujetándola con fuerza por la cintura. Pero Yves callaba obstinadamente, apretaba los dientes y no la miraba a ella, que, a hurtadillas, posaba en él sus sumisos y temerosos ojos.

Los días iban pasando y él no le decía nada, no intentaba besarla, ni siquiera se permitía retener sus suaves y temblorosas manos entre las suyas más tiempo del necesario. Yves era demasiado feliz; con una especie de terror supersticioso, temía las palabras como a un maleficio. Saboreaba aquel instante de su vida como un manjar, un hermoso e inesperado regalo que el destino le hacía: el ocio, el descanso, el mar y aquella encantadora mujer. Por el momento, le bastaba con su mera presencia. En lugar de pesarle, su larga castidad se le antojaba tan valiosa como una infancia recuperada; el deseo que sentía por ella le causaba uno de esos deliciosos sufrimientos que nos esforzamos en prolongar, como cuando en pleno verano tenemos sed pero nos divierte mantener largo rato junto a los labios un vaso de agua helada perlado de frías gotitas y no beber. Yves había vivido y amado lo suficiente como para valorar con acierto sus sentimientos; los cultivaba egoísta, celosamente, como flores raras. Era extraño, pero tenía una confianza absoluta en Denise... Las miradas de otros hombres por la mañana, en la playa, o de noche, cuando ella aparecía en el vestíbulo del hotel con un vestido escotado y un collar de diamantes, no le producían la menor inquietud: estaba seguro de Denise; intuía que la había conquistado, sometido, tranquilizado con su fingida indiferencia, que cuanto callaba la ataba a él con mayor fuerza que los más apasionados juramentos de amor. Yves esperaba, pero no por mero cálculo, sino por una especie de pereza innata en él y que, en esa ocasión, le resultaba más útil que cualquier acto o palabra.

Pero el verano tocaba a su fin. El tiempo había empeorado. Una tras otra se cerraban las villas. Por la mañana, la playa desierta se extendía bajo un cielo blanco velado por súbitos aguaceros. Las excursiones sustituyeron a las largas siestas sobre la arena caliente. Denise recorrió con Yves la campiña vasca, los pequeños y tortuosos senderos de las laderas pirenaicas, los bosques, que el otoño empezaba a dorar, los pueblos tranquilos donde la noche cae antes debido a las altas montañas, que los cubren de sombras en cuanto el sol desciende. Un día, feliz como un niño, Yves cogió moras para Francette en un bosquecillo a orillas del Nivelles, mientras Denise se mojaba las manos y los brazos en la corriente. En todo momento experimentaban la maravillosa sensación de haber rejuvenecido, de haber recuperado una especie de inocencia olvidada.

A finales de septiembre aún hubo unas jornadas buenas. Yves propuso que fueran a la procesión de Fuenterrabía, una antigua ceremonia que atraía tanto a franceses como a españoles. Se disparaban cañones y fusiles, había polvo, bullicio, música; grupos de chiquillos con las boinas ladeadas cortaban las estrechas callejas cantando y gritando a voz en cuello, agarrados de la cintura. De todas partes llegaban jinetes cuyos caballos relinchaban, asustados por el vocerío y el olor a pólvora. Berlinas tiradas por mulas y adornadas con borlas y campanillas traqueteaban sobre el adoquinado, y hasta los ocupantes se encabritaban al cruzarse con los enormes

automóviles. Todo Biarritz, todo San Sebastián y toda la provincia española, de Irún a Pamplona, estaban allí. Chavales con la cara sucia se peleaban insultándose en una incomprensible jerga mezcla de vasco y castellano. Hermosas muchachas se paseaban con el pelo suelto y una pañoleta bordada sobre los hombros; las procedentes de los pueblos del interior lucían un moño alto con una flor sujeta en la peineta. Algunas ancianas seguían llevando mantilla negra. Y todos reían, gritaban, cantaban, se peleaban, se empujaban alrededor de la fuente y los puestos callejeros, donde las vendedoras servían limonada y jarabes, ofrecían naranjas y mantecados, carracas, globos y abanicos. La marea humana abarrotaba la estrecha calle. Denise se divertía mirando los escaparates de las tiendas, con su despliegue de rosarios, crucifijos y medallas benditas. Los aleros de las casas antiguas casi se tocaban sobre la calzada. Los balcones estaban decorados con chales, colchas bordadas, manteles de encaje. En la vieja iglesia, negra y dorada, las campanas redoblaron con fuerza. Yves se sentó con Denise en la terraza de un pequeño café y la invitó a chocolate con canela y jerez. El chocolate, demasiado espeso y dulce, no le gustó, pero se bebió dos o tres copitas del delicioso jerez. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Cuando se quitó el sombrero, el sol atravesó su cabello, que parecía tan vaporoso y azulado como anillos de humo. Se acodaron en la barandilla para ver pasar la procesión. Era interminable, con banderas, viejos cañones herrumbrosos y hombres borrachos que se agarraban a sus fusiles con manos temblorosas. Luego aparecieron los sacerdotes con sus casullas bordadas, tras la gran imagen de la Virgen, rodeada de cirios encendidos. La multitud se arrodillaba a su paso y, en el repentino silencio, con el enloquecido tañido de las campanas, parecían temblar hasta los viejos y renegridos muros.

Al final, todo el mundo se dirigió a la iglesia y la plaza fue vaciándose. Instantes después, en la terraza sólo quedaron Yves y Denise y unos campesinos españoles que bebían en un rincón. El sol se ponía y, en el crepúsculo rosáceo, las montañas parecían acercarse, proyectando su fresca y misteriosa sombra. Denise, un poco achispada, guardaba silencio y mantenía los ojos obstinadamente fijos en el diamante que brillaba en uno de sus dedos. El viento del anochecer revolvía sus rizos.

—Mi marido llegará uno de estos días —dijo de repente, pero al punto enrojeció, avergonzada y arrepentida de su mentira.

Yves no se dio cuenta.

—¿Pronto? —preguntó ansioso.

Denise eludió la respuesta con un gesto vago y, de improviso, con súbita emoción, reparó en que los labios de Yves temblaban un poco.

—¿Viene a buscarla? —murmuró él. Y añadió como para sí—: Se acabaron las vacaciones... Lo había olvidado... Dentro de dos días será primero de octubre... Dentro de dos días estaré en París.

—¡Dentro de dos días! —exclamó Denise, creyendo que se le paraba el corazón.

Pero en su fuero interno se reprochó su inconsciencia. ¿Acaso no había mirado el calendario en todo el mes? ¿Acaso no había visto acercarse el otoño? Además, ¿qué



podía importarle que aquel extraño, aquel desconocido, se marchara?

—Denise... —dijo Yves con suavidad.

Sofocada, ella no se atrevió a responder. Él le había cogido la mano que tenía apoyada en la mesa y había posado en ella la frente, que le ardía.

—Denise... —repitió—. No quiero perderla —dijo con voz entrecortada—. Ya no puedo vivir sin usted.

Al instante, olvidando que debía rechazarlo, defenderse, hacerse desear, mientras gruesas e involuntarias lágrimas resbalaban por sus mejillas, respondió:

—Yo tampoco. Tampoco puedo vivir sin usted.

Lo esperó esa misma noche. No había encendido la luz. Sentada en la cama, tenía las manos juntas entre las rodillas apretadas. Yves le había rogado que cenara con él en Fuenterrabía o los alrededores, en alguna de las pequeñas ventas de paredes encaladas que se extendían por las laderas de las montañas, que por la noche adquieren un aspecto amenazador de cueva de bandidos, pero en las que suelen tener un vino español excelente, uva y habitaciones limpias y frescas, con camas protegidas por mosquiteros de muselina y suelos de madera que conservan el calor del día, por los que da gusto andar descalzo. Denise se había negado por su hija y, al instante, Yves había aceptado acompañarla de vuelta a Hendaya, sin un gesto de mal humor.

¡Oh, el regreso en barca por el Bidasoa, que el crepúsculo cubría de destellos rosáceos...! El viejo y atezado marinero, con su arete de oro en la oreja izquierda, fingía dormir sobre los remos y la brisa olía y sabía a sal. Al llegar a Hendaya, la noche ya estaba allí y las estrellas titilaban en el cielo; pero ellos, arrimados el uno al otro con los labios juntos y los ojos cerrados, mientras la barca se deslizaba suave y silenciosamente por el agua negra, no la habían visto venir.

Denise apoyó la cabeza en sus temblorosas manos.

—Mamá —llamó una vocecita en la habitación de al lado.

A regañadientes, se levantó y acudió junto a su hija, que, muy despierta, extendió los brazos hacia ella con ojos brillantes.

—¿Me has traído algo de ese sitio, mamaíta?

Fuera a un baile o a una excursión, Denise siempre volvía con algo para su hija.

—Claro que sí —respondió con naturalidad, tras un instante de apuro—. Te he traído el olor de la fiesta. Creía que lo había perdido por el camino, pero no, sigue aquí. ¿Lo hueles?

Muy seria, inclinó la mejilla hacia Francette, que, convencida por la expresión relajada de su madre, aspiró con todas sus fuerzas.

—Huele muy bien —aseguró—. Mamaíta, ¿cuando sea mayor también podré ir a fiestas?

—Claro que sí, tesoro mío.

—¿Y seré mayor pronto?

—Muy pronto, si te portas bien.

Enternecida, Denise posó los labios en la confiada manita que le aferraba un dedo. Para su alivio, no se sentía ni tan incómoda ni tan culpable como temía ante la inocente criatura, que volvió a dormirse sin rechistar. Sí, Francette sería mayor «muy pronto». Y también su hija esperaría a su dueño y señor en la oscuridad nocturna.

Puede que Denise se hubiera sentido más confusa y avergonzada ante un hijo varón. Pero frente a aquella futura mujercita, cuyos labios iban a estar perfumados y llenos de besos, frente a aquel cuerpecito preparado para el amor, Denise no podía calibrar del todo la gravedad de su falta. Besó a Francette, le remitió las sábanas, le

subió la colcha hasta la barbilla y salió, cerrando la puerta con suavidad.

De nuevo en su habitación, se sentó en la cama deshecha y se quedó allí, con la cabeza gacha y los brazos caídos, sumisa, esperando oír los imperiosos pasos del hombre.

Denise dormía, con el brazo doblado y la cabeza apoyada en él. Yves se había marchado al amanecer con la sensación de haberse acostado prácticamente con una muchacha, tan insegura y torpe se había mostrado Denise, con su deliciosa manera de superar el pudor entregándose casi como una virgen. Él se había dado cuenta de que, pese al matrimonio y la maternidad, aún no era realmente mujer.

Más tarde, mientras Denise se arreglaba con toda tranquilidad, deslizaron un telegrama por debajo de la puerta. Lo cogió, lo abrió y leyó:

*Llego Hendaya 3 octubre. Salud bien. Besos.*

*JACQUES*

Denise agachó la cabeza con un poco —una pizca— de remordimiento. Luego, casi enseguida, empezó a pensar, a ajustar las fechas... Yves se quedaría dos días más. Ella convencería a su marido para que volvieran a París de inmediato; al fin y al cabo, ya hacía fresco y Francette estaba cada vez más nerviosa tras aquella larga estancia a orillas del mar. Llegarían a casa el 4, como mucho el 5. Su vida cambiaría totalmente. ¡Qué alegría! Se acabarían los días interminables entre visitas y pruebas en las modistas, las largas horas sin nada que hacer y aquella sensación de vacío y aburrimiento que envenenaba su existencia de mujer feliz. Tendrían que buscar un sitio discreto; sabía que Yves poseía un piso de soltero, pero sería tan bonito disponer de un par de habitaciones coquetas, que ella llenaría de flores y que decorarían entre los dos... ¡Y los largos paseos por París! Era evidente que a Yves las viejas casas, las viejas calles, le gustaban tanto como a ella. Se imaginó deambulando en su compañía por los muelles del Sena en la penumbra y la soledad del atardecer, cuando los faroles de las gabarras se encienden a lo largo del río... Emocionada, pensaba en los pequeños cafés de la orilla que le habían llamado la atención al volver en coche de una visita en la Rive Gauche. Allí nadie los descubriría. Comprarían castañas en los puestos callejeros. En las tiendas de antigüedades encontrarían pequeños recuerdos absurdos, caros y encantadores, y libros —a ambos les gustaban las antiguas encuadernaciones y las páginas amarillentas y comidas por la polilla— para «su casa». Otras veces, Yves la llevaría al campo, a los plateados bosques de Fontainebleau, y cuando llegara la primavera, se las arreglaría para ir a comer con él a las afueras, bajo un cenador, a la orilla de un estanque donde croarían las ranas. No se le pasó por la cabeza que su idilio pudiera acabar antes de la siguiente primavera: era de esas mujeres que no entienden el amor si no es eterno. Se había entregado de una vez y por entero y, con la ingenua e ilimitada confianza de la niña que aún era, esperaba a cambio la total entrega del otro. Hizo un rebusco con el telegrama de su marido, lo arrojó distraídamente sobre la mesa y acabó de vestirse. La embargaba una dulce y profunda emoción, la absoluta certeza de haber hecho algo que la unía a Yves

para siempre, algo similar, en definitiva, al ferviente sacrificio de una esposa.

El día pasó con extraña rapidez. Hacía viento, llovía, pero de pronto el cielo se aclaraba y el mar resplandecía como una inmensa lámina de plata. Sin importarles el barro de los caminos, Yves y Denise recorrieron la zona por última vez. Los árboles, zarandeados por la tormenta, perdían las hojas. En esa región, donde el tiempo varía sin cesar con inaudita rapidez, una noche de lluvia había bastado para que el radiante paisaje de la víspera se hubiera convertido en un desolado cuadro otoñal. Pasaban tiros de bueyes. Grandes aves llegadas del mar se perseguían tierra adentro con un siseo de alas casi a ras de suelo. Yves y Denise bajaron hasta el viejo puerto; los escalones de piedra rosácea, lamidos por el mar año tras año, eran tan lisos y suaves como mármol. Las antiguas murallas, las barcas, la casita de Pierre Loti, con su frondoso jardín y sus descoloridos postigos verdes, proyectaban en el agua sus móviles reflejos. Yves llevaba a Denise de la cintura. Su rostro, habitualmente cansado y un poco triste, parecía rejuvenecido por una expresión de apasionada ternura.

Ése fue el momento que eligió Denise para pedirle que se quedara dos días más en Hendaya, con ella. Estaba tan convencida de que accedería que su voz sonó despreocupada. Para su sorpresa, Yves, repentinamente serio, la miró perplejo.

—Pero Denise, pasado mañana es primero de octubre. Mis vacaciones acaban el uno. Pasado mañana tengo que estar en París.

—¿Te esperan?

—Me espera el trabajo, por desgracia...

—¡Bah! ¿Qué son dos días más o menos?

—Motivo suficiente para perder el trabajo —le explicó Yves con dulzura.

Desconcertada, se calló. Nunca se le había ocurrido preguntarle a qué se dedicaba. Su marido le había contado que Yves era rico, y Denise creía que tenía negocios, como Jacques y la mayoría de los hombres de su mundo, negocios sobre los que las mujeres como ella nada sabían, salvo que se traducen en cifras, a menudo en millones. Niña mimada, hija única de acaudalados industriales y joven esposa de un hombre que ganaba mucho dinero, inevitablemente vivía ajena a ciertos aspectos de la vida material. Comprendió que Yves era poco más que un empleado y, como asociaba los trabajos de oficinista con la idea de dependencia, se quedó sorprendida y apenada. Así que era pobre. Pero entonces, ¿qué hacía en Hendaya, donde debía de gastar al menos cien francos diarios? No acababa de entenderlo. Cierto es que aquella forma de vivir, renunciando a lo necesario por lo superfluo, habría asombrado a cualquiera. Pero ante el rostro súbitamente duro de su amante, comprendió que era mejor no insistir. Estaban sentados en la escalinata del puerto. Se limitó a posar la mano en el cabello de Yves y atraer hacia sí con suavidad su rebelde cabeza, que acabó apoyándose dócilmente en su regazo. Luego, la rodeó con las manos.

—Yves... —murmuró Denise al cabo de unos instantes—. Puedes irte cuando te parezca. Todavía tenemos toda una jornada para pasarla juntos, amor mío...

—No tan larga, Denise. Me marcho mañana a las siete.

—¡Pero bueno! ¿Te has vuelto loco? —exclamó ella, riendo—. ¿Qué necesidad tienes de madrugar tanto cuando hay un tren estupendo a las siete de la tarde que te dejará en París pasado mañana, a tiempo para llegar a la oficina?

—Ése sólo lleva literas, y yo viajo en segunda... He vivido a lo grande durante las vacaciones; ahora debo ahorrar. —Y con una especie de orgullosa torpeza, añadió—: No tengo la culpa de ser un nuevo pobre, Denise... No me lo tengas en cuenta.

—¡Oh, Yves! —protestó ella—. Desde que sé que no eres feliz, creo que aún te quiero más... —admitió tímidamente.

—Soy muy feliz, Denise —repuso él, sonriendo—. Pero no me arrebatas nunca la felicidad, amor mío, porque si me dejaras, creo que ya no podría vivir solo como antes. Soy muy feliz —repitió, con aquella sonrisa suya tan dulce, que transfiguraba sus duras facciones, y posó los labios en la pequeña mano que sostenía entre las suyas—. ¿Cuándo llegarás tú?

—El cinco o el seis...

—¿Tan tarde?

—Es que volvemos en coche —le explicó, y de pronto sintió una especie de vergüenza por su lujo, por su riqueza, por el elegante Hispano que la devolvería a París, mientras que él regresaba en un traqueteante vagón de segunda.

—Es un viaje bonito... —se limitó a comentar Yves—. En otros tiempos, lo hacía a menudo... Pero las carreteras son malas, sobre todo hasta Burdeos. Tened cuidado y no corráis demasiado... Estaré muerto de preocupación.

En París, los árboles perdían las hojas secas, que se pudrían en el pegajoso barro de las aceras. Reinaban un ruido y una agitación extraordinarios: un otoño más, el Salón del Automóvil había congregado a la mitad del país en la capital.

Todos los años, como la auténtica parisina que era, con profunda, dulce y absurda emoción, Denise se reencontraba con la tenue bruma, el olor a gasolina y electricidad, el vaporoso y «distinguido» cielo gris sobre los altos edificios, la animación de las calles y, al anochecer, la riada de luces que inunda los Campos Elíseos en dirección a l'Étoile. Por lo general, salía a dar un largo paseo apenas llegaba, después de un baño y tras haber dado instrucciones a los criados. Volvía con la cara sonrosada por el aire fresco y cargada de flores, crisantemos y dalias de vivos colores, que olían a tierra y setas. Luego arreglaba la casa, llenaba los floreros y toqueteaba y movía los adornos, los cuadros y cojines hasta devolver su antiguo calor y acostumbrado encanto a su hogar, que, tras tres meses de ausencia, parecía desangelado y frío.

Para Denise, ese año el regreso había sido agrídulce, con una brizna de pesar. Al divisar Neuilly, casi había gritado de júbilo, y cuando el Arco de Triunfo había aparecido en el horizonte, las lágrimas habían acudido a sus ojos. Pero al llegar apenas le echó un vistazo a la casa. Se bañó, se puso una bata, rechazó la ropa de calle que le trajo la doncella, se sentó en el saloncito y, con los ojos clavados en el reloj de pared, esperó a que se marchara Jacques, que no tardó en hacerlo. Acto seguido, pidió el teléfono, cerró la puerta cuidadosamente y, con tono un poco tembloroso, pidió el número del despacho de Yves.

—¿Sí? —contestó una voz cansada.

—Hola, Yves. Soy yo, Denise...

Un breve silencio; luego, la misma voz, apenas cambiada:

—¿Usted? Mi estimada amiga... ¿Ha tenido un buen viaje?

Denise comprendió que estaba acompañado y se apresuró a decir unas frases banales.

—Te veré hoy, ¿verdad? —le preguntó al fin, ansiosa.

—Por supuesto, será un placer... Estoy libre a partir de las seis y media.

—¿Antes es imposible?

—Totalmente.

Denise sabía que él no podía hablar de otro modo: no estaba solo; oía el murmullo lejano de una conversación. Sin embargo, su frialdad la apenaba, le dolía.

—Entonces, a las seis y media —aceptó—. ¿Quieres que nos encontremos cerca de tu oficina?

—Sí. En la place de l'Opéra —le susurró Yves—. Hay un bar pequeño y tranquilo al que apenas va nadie. Tienen un oporto excelente. Está delante de mi oficina. ¿Nos vemos allí?

—Sí.

—Entonces, de acuerdo. Hasta luego.

Denise oyó el breve tono que señalaba el final de la conversación y colgó el auricular despacio, de repente con el corazón oprimido y sintiendo una inexplicable mezcla de decepción e inquietud. ¿La amaba? Su esperanza era tan grande que quiso tomarla por certeza. Además, ¡ella lo amaba tanto, Dios mío!

Eran las cuatro. Empezó a vestirse lenta y parsimoniosamente, con un esmero nuevo y esa peculiar manera de escrutarse la cara y el cuerpo en el espejo una y otra vez que bastaba por sí sola para delatar a una enamorada. Aun así, estuvo lista con bastante antelación. Cogió un libro, lo hojeó distraída, volvió a dejarlo. Luego se alisó los rizos rebeldes por enésima vez, cambió de sombrero. Por fin, a las seis en punto salió.

Debido al tráfico, llegó al lugar de la cita pasadas las seis y media. Pero Yves no estaba. Se sentó a una mesita medio oculta en un rincón. Era un bar inglés minúsculo e irreprochablemente limpio, de apariencia «respetable» y seria. Estaba casi vacío; una sola pareja se miraba a los ojos fumando en silencio en una mesa cercana.

Denise pidió un oporto y aguardó. Se sentía incómoda, nerviosa. Cuando el camarero le llevó unas revistas, enrojeció visiblemente; el hombre la había observado con discreción y una expresión irónica y enternecida, como si pensara: «Una más».

Al fin apareció Yves. Ella creyó que el corazón se le saldría del pecho.

—¿Qué tal estás, amor mío? —le preguntó con voz queda.

—Denise —se limitó a decir Yves. Pero le besó la mano con fervor. Parecía muy emocionado—. Por fin has vuelto.

—¿Estás contento? —inquirió ella, sonriendo—. Parecías tan frío hace un rato, por teléfono...

—¿Cómo? —exclamó él, sorprendido—. Pero ¿no has notado que no estaba solo?

—Sí, pero...

Yves se sentó y empezó a preguntarle por el viaje y su salud, con ojos relucientes de ternura y felicidad. Pero Denise lo miraba a hurtadillas con tristeza: parecía cansado, avejentado; tenía ojeras y una sonrisa amarga. Le faltaba algo indefinible, esa frescura, esa elegancia que pierden los hombres cuando no pueden cuidar de su persona en todo momento. Ella recordaba su atildado aspecto de joven anglosajón en Hendaya, cuando bajaba a cenar recién bañado, afeitado y ataviado con esmoquin.

—¿Quieres venir a mi casa? —le preguntó él de pronto.

—Me gustaría mucho, pero he de estar de vuelta a las siete... Mi marido suele llegar a esa hora.

—¡Ah! Vaya... —murmuró Yves, contrariado.

—¿Tu oficina siempre cierra tan tarde?

Él hizo un gesto de cansancio.

—¡Bah, ya me las arreglaré! Aunque no será fácil... —Y con alegría un tanto forzada, añadió—: Mañana precisamente tengo libre, Denise. Es sábado, semana inglesa... Vendrás, ¿verdad, cariño?



—¡Oh! ¿Cómo puedes dudarlo? Claro que sí...

El reloj de pared marcaba las siete menos cinco. Yves llamó un taxi. Dentro del vehículo, la atrajo hacia sí y la abrazó con ansia.

—Mi adorado cuerpecillo...

Denise, pálida, cerró los ojos y se dejó llevar. Yves le cubría de besos furiosos la mejilla, el cuello, la delicada piel de las muñecas... De pronto, ordenó al taxista que parara frente a una floristería y se apeó, mientras ella aguardaba en el coche. Volvió con una sola flor, una orquídea envuelta en papel de seda, como si fuera una joya: una costosa maravilla de pétalos irregulares, con un cáliz aterciopelado de un rojo encendido.

—¡Oh, qué bonita! —exclamó Denise, extasiada.

—¿De verdad te gusta? Me encantan estas flores, aunque prefiero las rosas. Pero no les quedaban. Así que he elegido ésta. Hay mujeres que parecen flores, ¿verdad? —comentó Yves sonriendo—. Al menos, eso dicen ellas. A ti no te hace falta, afortunadamente. Eres tan fresca y sencilla... Pareces una rosa, Denise, créeme, una de esas maravillosas rosas que crecen en los jardines de Inglaterra, con los delicados pétalos color carne y el corazón más oscuro. Y su olor también se parece al tuyo, amor mío, de verdad.

Ella había apoyado la cabeza en su pecho y lo escuchaba arrobada, con los ojos cerrados, embelesada por sus palabras como una niña a la que le cuentan un cuento de hadas. Yves se calló y empezó a mecerla en sus brazos con suavidad.

—Te amo —murmuró Denise con el corazón ofrecido, abierto.

Su instinto de mujer la hizo esperar el eterno «Te amo», como un eco adivinado más que oído. Pero Yves no dijo nada. Se limitó a abrazarla un poco más fuerte.

A Denise le daba un poco de reparo ir a casa de Yves: temía que viviera en un apartamento cualquiera, donde se sentiría incómoda. Pero se llevó una agradable sorpresa al entrar en la vivienda que él había conseguido conservar desde 1912. Se adivinaba que cada objeto había sido elegido con amor, con sus cómodos muebles, comprados en Inglaterra antes de la guerra, y su gran chimenea, en la que ardía un buen fuego. En el dormitorio había colocado una pequeña mesa, con un precioso cuenco de cristal de Bohemia lleno de fruta y vino en una vieja licorera de plata. Iluminaban la estancia dos lámparas con tulipas rosa montadas sobre sendos candelabros antiguos de plata sobredorada minuciosamente trabajados.

Yves parecía en su ambiente entre aquellos objetos elegantes y caros. Denise se maravillaba de los bruscos cambios de su rostro. Un día parecía viejo, mustio, casi feo, y al siguiente, joven y guapo.

Le presentó a *Pierrot*, un lulú blanco con el cuello adornado de cintas rosa, que parecía un corderillo lleno de rizos. Luego le enseñó sus bibelots preferidos, una colección de frasquitos de perfume, y se empeñó en que aceptara uno: era de la época de Isabel de Inglaterra y llevaba las armas de la soberana grabadas en plata ennegrecida en el cristal azul oscuro, que relucía como una piedra preciosa.

—Acéptalo, por favor —le suplicó al verla dudar—. Si supieras cuánto disfruto haciendo regalos... Puedo permitírmelo muy pocas veces. Te lo ruego...

A continuación, le mostró los retratos de sus progenitores. Le habló de su padre y le contó algunos de sus amoríos, entre otros, el que había mantenido con una artista rusa por la que había abandonado a su mujer y su hijo. Durante un año, había vivido con ella cerca de Niza, en la villa Sniegurotska, donde, como la rusa era muy rubia y le encantaba el blanco, todas las habitaciones estaban pintadas de ese color y adornadas con mármol, alabastro y cristal, y en el jardín sólo había flores blancas, nardos, camelias y níveas rosas, además de pavos reales del mismo tono y unos cisnes maravillosos que se deslizaban por los tres estanques. La rusa había muerto allí. Después, Harteloup había vuelto con su mujer.

—Mi madre lo perdonó, como tantas otras veces —explicó—. Siempre lo perdonaba: sus traiciones parecían obras de arte... No podías tenérselas en cuenta. Además, era irresistible. Tenía el atractivo de las personas demasiado amadas. Es verdad que, cuando se enamoraba, se entregaba por completo y cada vez para toda la vida. Nosotros ya no sabemos amar así...

Estaba sentado ante la chimenea, a los pies de Denise, con la espalda apoyada en sus piernas y los ojos fijos en el fuego.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Por qué? —Yves esbozó un gesto vago—. No lo sé... Para empezar, hoy la vida es muy dura. Las fuerzas que antes se derrochaban en la pasión y el amor, ahora hay que reservarlas para resolver mil problemas cotidianos embrutecedores,

insoportables... Para amar como ellos, se requiere tiempo libre, dinero... Qué suerte tenían. Su vida era tranquila, segura, holgada y alegre. Necesitaban emociones; nosotros, en cambio, sólo necesitamos descanso. Y, en el fondo, puede que el amor requiera palacios de mármol, pavos reales blancos y cisnes más de lo que se cree.

Denise se inclinó y posó las manos en sus hombros.

—¿Me amas, Yves? —le preguntó.

Pero su voz no parecía la de una enamorada que murmura «¿me amas?» casi como una afirmación, íntimamente segura de la respuesta; por el contrario, estaba teñida de ansiedad y sufrimiento. Aun así, confiaba. Yves no respondió enseguida.

—¿De qué sirven las palabras, Denise? Las palabras no significan nada —dijo al fin.

—De todas formas, dímelo, por favor. Quiero saberlo.

Él suspiró.

—Lo que me pregunto, precisamente, es si puedo amar, amar como me gustaría —murmuró—. Sin embargo, Denise, siento que eres muy, muy importante para mí. Mi deseo por ti está lleno de ternura.

—Pero el amor es eso... —balbució ella con un nudo en la garganta y mirándolo con ojos suplicantes.

—Si consideras que eso es amor, entonces te amo, Denise —se limitó a decir él.

Por primera vez, ella sintió que entre ambos se erigía una especie de barrera, como una frontera mal definida pero infranqueable. Sin embargo, no dijo nada; prefirió pasarlo por alto, cerrar los ojos, no ver, no estar segura, para no perderlo, sobre todo no perderlo. Y, disimuladamente, mientras él la besaba, se enjugó las dos lágrimas que habían rebotado de su corazón, demasiado oprimido.

Ese domingo, la señora Franchevielle, madre de Denise, y Jean-Paul Franchevielle, su primo, un guapo muchacho de veintitrés años de mirada impertinente y una mueca sarcástica en los finos labios, comían en casa de los Jessaint. Era un hermoso día de diciembre, gélido pero muy luminoso. El sol inundaba el comedor con una claridad tenuemente rosada y hacía bailar en las paredes los destellos de la cristalería. De pronto, la cara de Denise apareció a plena luz, pálida, tensa, con esas insidiosas sombras que a veces asoman en los rostros jóvenes, oscureciendo los párpados y remarcando las comisuras de los labios en el lugar de las futuras arrugas, como una discreta advertencia.

—¿Estás enferma, Denise? —le preguntó su madre.

A sus cuarenta y nueve años, la señora Franchevielle aún era una mujer atractiva que no temía aparecer al lado de su hija en traje de noche, con los brazos desnudos bajo la cruda luz de las arañas. Ese día, hábilmente maquillada, con sus perfectos y blancos dientes, la espesa y lustrosa cabellera, aquel aspecto saludable y su buen humor, parecía más joven que Denise, incluso con aquel sol implacable. Su hija la quería mucho y le estaba agradecida por haber sido una madre atenta, inteligente y buena, que disimulaba su profunda ternura con una actitud un tanto distante y burlona. Había sido poco efusiva, poco cariñosa; pero en el fondo de su memoria, Denise tenía presentes las nueve noches de escarlatina, durante las cuales, en todo momento, entre el delirio y la fiebre, había visto los ojos de su madre pendientes de ella, fijos en los suyos con la tenaz voluntad de salvarla, con una tozudez que, en efecto, la había arrancado de la muerte. Hermosa como era y viuda desde muy joven, la señora Franchevielle había tenido, y sin duda seguía teniendo, aventuras discretas y de buen gusto, sobre las que Denise no quería saber nada concreto, pero que adivinaba vagamente y que, en lugar de disminuir el respeto que sentía por su madre, casi lo aumentaban, pues la convertían en el símbolo de la mujer por excelencia, que lo sabe y lo ve todo, y por tanto es más comprensiva. La perspicacia de la señora Franchevielle era proverbial; su hija nunca había conseguido ocultarle nada. Ese día, azorada ante su pregunta, una vez más se limitó a enrojecer.

—¿No irás a hacerme abuela por segunda vez? —exclamó la señora Franchevielle fingiéndose escandalizada.

—No, mamá, tranquilízate —replicó Denise con una sonrisa tan triste que la mujer cambió de tema con habilidad.

A la hora del café, los comensales abandonaron el comedor y se instalaron en el saloncito biblioteca contiguo, decorado con hermosos grabados, flores y libros antiguos. Jean-Paul se levantó para ayudar a su prima.

—Así me gusta, que hagas de señorita de la casa —le dijo Denise con aquel pequeño rictus en los labios que quería pasar por sonrisa.

—Ahora ya estoy seguro —le susurró Jean-Paul, maniobrando entre las tazas con

habilidad.

—¿De qué?

—De que tienes un amante, primita. Ese pobre Jacques es... —Jean-Paul hizo el gesto del cornudo hacia la espalda de Jessaint y Denise palideció—. Bueno, bueno, no te asustes. Pero tienes una cara, Denise... ¿La cosa no funciona, o es que el amor te agota?

—¡Calla, por favor, calla! —le pidió ella.

Había tanto desaliento en sus ojos que Jean-Paul la miró con una expresión de sincera y afectuosa simpatía.

—Pobrecita mía... Estás pasándolo mal... Ah, si de todas formas ibas a ponerle los cuernos a ese pobre infeliz, ¿por qué no me hiciste caso, aquí mismo, hace un año?

Denise no pudo evitar sonreír al recordar la escena en que Jean-Paul, con su labia de colegial, se le había declarado mitad apasionado, mitad guasón, persiguiéndola de mesa en mesa y de rincón en rincón con tal entusiasmo que su acoso se había convertido en una especie de juego del escondite, como los de su infancia común.

—Mi pobre Jaja... —dijo Denise, como cuando eran pequeños—. ¿Hacerte caso, dices? Fuiste tan brusco y torpe como un gallito.

—Eso lo dices porque no te juré amor eterno ni mezclé la luna y las estrellas con mis sentimientos. ¡Eres la última romántica, primita! Las palabras serán tu perdición. Pero las palabras no significan nada.

—Así que tú también piensas así —murmuró ella, sorprendida—. Y eso que eres joven... Pero ¿acaso me amabas?

—Por lo pronto, te deseaba. Además, siempre he sentido algo por ti, aquí dentro, aunque no sé si es amor —admitió él con sinceridad.

—Sois todos iguales —replicó Denise con voz un poco alterada—. Ternura, deseo... algo aquí... ¿Por qué no decir sencillamente «amor»? ¿Es que os asusta la palabra?

—Y la cosa, primita, también la cosa... Aparte de que, desde la guerra, ya no se sabe muy bien qué es eso. Mira, cuando iba detrás de ti, te adoraba, como tú dirías, y después, cuando me mandaste a hacer gárgaras, lloré como un becerro, no creas; pero en ningún momento dudé que me consolaría, porque en el fondo no hay mujer de la que uno no se consuele... Nosotros lo sabemos desde que nacemos.

—Nosotras no.

—Tú y algunos otros especímenes fatalmente condenados a sufrir, que nos consideráis unos groseros porque nos ofrecéis el amor eterno en bandeja de plata y tenemos la desfachatez de rechazarlo. Pero sois la excepción. Las demás mujeres hace tiempo que pusieron en práctica el verso de Baudelaire, con un pequeño añadido: «Sé encantadora, calla... y desaparece». —Mientras trasteaba con las cucharillas, Jean-Paul se las ingenió para cogerle la mano—. De todas formas, si alguna vez necesitas a alguien que te ayude a pasar «las lentas horas del crepúsculo»

(se dice así, ¿verdad?), acude a Jaja... Pero cambiando de tema (ahora ya no me dirijo a Denise, sino a la señora Jessaint, esposa del riquísimo señor Jessaint), recuerda, ¡oh, Denise!, que en otros tiempos jugábamos juntos, que te ayudaba a birlar mermelada, que fui testigo en tu bendita boda, que...

—¿Necesitas dinero?

—No se te escapa una.

—¿Tienes una amiguita?

—No, un cochecito... Es mejor que una mujer, pero no sabes cómo traga. Y la semana pasada, cuando quise sablearlo, mi padre me mandó a freír espárragos.

—¿No tienes ninguna amiguita?

—Sí, pero no me cuesta nada, la mantiene un viejo.

—¡Oh, Jean-Paul!

—¿«¡Oh, Jean-Paul!», qué? Si gasto, mal. Y si ahorro, también mal.

—¿Te gusta?

—¡Ya lo creo! Es una preciosidad: elegante y con el capó un poco alargado...

—¿El qué?

—El capó. ¿No sabes que los coches tienen capó?

—¿Te referías al coche?

—¡Claro! ¿A qué iba a referirme?

—Eres imposible, Jean-Paul... Te daré dos mil francos. Y ahora ve a servir los licores.

Jean-Paul se escabulló sin molestarse en agradecerse. Tras servir el café, Denise se sentó con la taza en su sitio preferido, en un cojín frente a la chimenea, y se ensimismó en las rosadas lenguas de fuego.

—¿Estás dormida, Denise? —La voz de su madre la sacó de su ensoñación—. He dejado el sombrero en tu habitación. ¿Me acompañas?

Una vez en la alcoba, la señora Franchevielle se acercó a su hija y le posó las manos en los hombros.

—Qué carita tan triste tienes, cariño. Dile a mamá lo que te atormenta...

—No puedo.

—¿No te ayudaría?

—No, mamá, te lo agradezco... No te preocupes, lo sobrellevaré... Cuando sea demasiado duro para soportarlo sola, te lo diré... Pero ahora no me preguntes.

La señora Franchevielle entornó sus hermosos y miopes ojos, que parecían leer hasta en el fondo de los corazones.

—De acuerdo, cariño —se limitó a decir.

Hacia las tres, Denise se quedó sola. Su madre se había ido. Su marido tenía que hacer unas visitas y también había salido.

—De repente se ha vuelto sociable —masculló Denise con un deje de ironía, con la pizca de agresiva irritación que las mujeres no pueden evitar sentir hacia sus maridos cuando sus amantes las hacen sufrir.

Pero se había guardado mucho de retenerlo o acompañarlo. Después se quitó de encima a Jean-Paul, que no se separaba de sus faldas.

Un fino rayo oblicuo color albaricoque maduro penetraba en el salón e iluminaba el relojito de marfil. Denise miró la hora. La tarde anterior, como todos los días, al separarse de Yves le había preguntado: «¿Nos vemos mañana?». Siempre se proponía esperar a que fuera él quien formulara la sencilla pregunta, pero cada vez, en el último momento, acababa murmurándola ella, cobarde, tímida, apresuradamente. No obstante, en un par de ocasiones había tenido el valor de callar. Al día siguiente, él le había telefoneado a la hora habitual, pero la incertidumbre en la que ella había vivido hasta ese momento casi la había hecho enloquecer. La incertidumbre... Ése era su problema. Estaba casi segura de que no la engañaba. ¿Por qué? No tenía ni tiempo, ni ocasiones, ni siquiera tentaciones, seguramente. «Pero eso sería lo de menos, eso se perdona», pensaba. Lo que necesitaba, como el aire para respirar, era la certeza de que la amaba. No lo sabía. No sabía nada. Aunque siempre estaba cansado, aburrido, preocupado, hastiado, se mostraba tierno con ella y Denise notaba que la deseaba. Sin embargo, siempre tenía la sensación de ser la única que se aferraba con todas sus fuerzas a su amor. Si lo dejaba, sabía que él no movería un dedo para retenerla, por pereza o apatía innata, lo que le producía una especie de inmenso cansancio moral, como si llevara una valiosa carga demasiado pesada para sus débiles y temblorosas manos. Sin embargo, Yves no era malo, sino noble y considerado, pero ni comprendía ni percibía su sufrimiento. Cuando le preguntaba «¿Nos vemos mañana?», él respondía cada vez: «Ya te llamaré yo, cariño». Le parecía lo más natural: Denise le había dicho muchas veces que ella era libre, que podía organizarse como le conviniera a él, siempre muy ocupado con su trabajo, sus cosas, los mil problemas de un soltero pobre, con los que no quería aburrirla. Era mejor darse cita en el último momento y no arriesgarse a que la frustrara un súbito contratiempo. Parecía lógico. No obstante, aquella espera junto al teléfono se había convertido en una tortura cotidiana para Denise, un lento y refinado suplicio que ella no habría sabido explicar, pero que sin embargo él debería haber comprendido. Y esa incompreensión era justo una de las pruebas más terribles de que entre ellos no existía la extraña fibra sensible que une a dos seres humanos, los anuda hasta convertirlos en uno y, misteriosamente, los hace gozar de las mismas alegrías y sufrir con las mismas penas. Sí, carecían de algo inasible, indefinible, sencillamente lo que llamamos amor recíproco, quizá.

Las tres... No obstante, aún estaba tranquila, confiada. Siempre le pasaba. Cogió un libro y leyó varias páginas con interés. A las tres y diez empezó a no entender una sola frase. Las palabras habían perdido su significado; ya no eran más que pequeños signos negros que bailaban sobre el blanco papel. «En lo alto del cielo, la luna parecía la punta de un cono de blanca luz... —leyó y releyó varias veces—. En lo alto del cielo, la luna... La luna...». No lo entendía. Cerró el libro con un golpecito seco. Cogió un pulidor de uñas y empezó a frotárselas obstinadamente, hasta quedar hipnotizada por su reluciente superficie. Pero su cabeza no paraba. Se levantó. En el

pasillo, vaciló unos instantes. La verdad es que no sabía qué hacer. No tenía nada, absolutamente nada que hacer... Abrió la puerta del cuarto de Francette. La pequeña recortaba figuras sentada en la trona, junto a la inglesa. Por un momento, la blancura y la tranquilidad de la habitación le produjeron una sensación de paz y serenidad. Su hija parloteaba con su aguda vocecita de pájaro; el fuego crepitaba en la chimenea; el gato negro se lamía y ronroneaba con un rumor de agua hirviendo. Denise se sentó junto a Francette y le acarició el pelo. Pero de pronto dio un respingo, nerviosa.

—¿No ha oído el teléfono, señorita?

—No, señora —respondió plácidamente la inglesa.

Mas Denise seguía inquieta. Se dijo que desde allí no oiría bien el débil timbre del teléfono, amortiguado por las colgaduras, y los criados eran tan distraídos... No podía estarse quieta. Aguzaba el oído y cada dos por tres se sobresaltaba, cuando pasaba un autobús o Francette hacía tintinear con los dedos los animales de porcelana de Copenhague que adornaban su habitación. De pronto, se levantó y casi corrió a su habitación. Esta vez estaba segura.

—¿Sí? ¿Sí?

Era una simple conocida. Denise se vio obligada a escuchar preguntas banales y preguntar a su vez con fingido interés, informarse de cosas que no le interesaban en absoluto. Por fin colgó, temblando como una hoja. Las cuatro menos cuarto. Puede que Yves hubiera intentado telefonarle... Fue a sentarse en una silla baja, entre la ventana y la chimenea encendida. Qué silencio... En la casa desierta se oía hasta el menor sonido, el crujido de un mueble, los pasos quedos de un criado en el comedor. Abajo, la pesada puerta cochera se cerró con un ruido sordo de campana. Fuera, por la avenue d'Iéna, que los domingos parecía una tranquila calle de provincias, pasó un coche. A continuación volvió a reinar un silencio opresivo, sepulcral, la singular paz de los domingos parisinos en los barrios acomodados.

Con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, Denise contemplaba el fuego intentando no pensar, como cuando queremos conciliar el sueño y procuramos amodorrarnos, con la mirada en el vacío y la mente en blanco, sin pensar, ¡sobre todo sin pensar, Dios mío! Pero poco a poco, lenta e irremediabilmente, su rostro se volvía hacia el rincón en penumbra donde estaba el teléfono, como si en lugar de un objeto inanimado fuera un irónico y mudo diosillo de plástico y metal al que podía implorar. Las cuatro pasadas... No llamaba... Se le había olvidado... No, era imposible, no se le había olvidado... Pero ¿por qué no telefoneaba, Dios mío, por qué? ¡Oh, qué suplicio estar allí con las manos heladas, el corazón al ralentí y su vida entera pendiente de aquel horrible aparato que relucía, callado y burlón, en aquel rincón oscuro! El suplicio de aguardar en vano oír el timbre. El reloj dio la hora. Denise brincó en la silla, pálida. Las cuatro y media... Descorazonada, empezó a sollozar suavemente. De pronto, un timbrazo resonó con fuerza, nítido, insolente.

Denise levantó el auricular con una mano que se esforzaba por no temblar,



temiendo que se tratara de un error. Pero no, era la voz de Yves, aquella voz profunda y ligeramente opaca.

—¿Denise?

—¿Cariño?

—Estoy muy ocupado, Denise... No podré verte hasta dentro de una hora, hora y media. Lo siento.

—¿En domingo?

—Así es.

Denise creyó percibir un deje de dureza en su voz y cedió enseguida.

—Cuando quieras. ¿En tu casa?

—No, en mi casa no.

—¿Por qué?

—Ya te lo explicaré.

—¿Entonces?

—¿Estás sola?

—Sí.

—Pasaré a verte.

—Está bien —dijo Denise despechada, desafiante, con frialdad.

La comunicación ya se había cortado. De repente, la invadió una gran calma. Y recordó de golpe que tenía un montón de cosas por hacer: no había comprobado las cuentas del mayordomo; le habían traído un sombrero de la tienda de Georgette que no se había probado; debía elegir encajes para adornar la ropa blanca que había encargado. Con el corazón apaciguado, dedicó una media hora a esas ocupaciones. Luego, fue de nuevo a peinarse, empolvase y perfumarse cuidadosamente las zonas del cuello y los brazos en que él solía besarla; se puso la bata preferida de Yves; colocó ella misma las tazas de té en el velador; llenó de oporto la licorera de cristal oscuro, que brilló como un rubí; arregló las flores; puso cigarrillos en una caja de laca verde y negra procedente de Moscú, que a él le gustaba; y lo colocó todo cerca del fuego, a la sombra rosácea de la lámpara. Y una vez más, se dispuso a esperar. Esperar, en eso consistía ahora su vida. Esperar a que sonara el teléfono, a que Yves llegara a la cita, o a su casa... ¡Ah, qué horrible suplicio el de amar! ¿Y para qué? Lo que la unía a él no eran sus caricias; ella no era sensual, como la mayoría de las mujeres muy jóvenes, ni demasiado feliz entre sus brazos, siempre atormentada por una angustia indefinida, sorda y devoradora, como una enfermedad cuyo nombre ignoramos pero cuya presencia sentimos. Sin embargo, pese a esa inquietud, a veces —¡qué pocas veces!—, cuando estaba sentada en las rodillas de su amante y, deslizando la mano por la abertura de la fina camisa de seda, la posaba en su pecho, ahí donde late el corazón, experimentaba una maravillosa sensación de paz... Y por ese raro minuto de la deliciosa tranquilidad del amor, estaba dispuesta a soportar cualquier sufrimiento. Ahora esperaba... Sus ojos y sus nervios estaban adormecidos. Sólo su oído, maravillosamente aguzado y pendiente del menor ruido de la calle,

parecía vivo. Unos pasos se acercan, pasan frente a la casa, se alejan. Un coche afloja la marcha, se detiene... no, se marcha. Luego el sordo zumbido del ascensor y el timbre del piso de abajo... Pero ¿por qué tardaba tanto? ¿Y si había tenido un accidente? Todos los días algún taxi quedaba destrozado en alguna esquina de un bulevar... ¿Y por qué no había querido que fuera a su casa? Su imaginación lo exageraba, lo agigantaba, lo distorsionaba todo... ¿Y si la engañaba? A saber. Tal vez tuviera otra amante. Tal vez, cansado de ella, hubiera reanudado una antigua relación... O iniciado una nueva. Se imaginó a Yves acostado con otra, pensando con desgana: «¡Bah! Hoy Denise tendrá que esperar». Se torturaba sin razón, como una niña enferma. Y de pronto la asaltó otro temor. ¡Ay, ése siempre lo llevaba dentro!, como el miedo a la muerte, que dormita en el cobarde corazón del ser humano y despierta con una risa sarcástica a ciertas horas horribles... El miedo a verlo irse... No, no temía la gran escena de la ruptura, como se decía en tiempos... Ésa ya casi no se representaba, ni siquiera en el teatro... ¿Qué falta hacía una palabra tan altisonante para una cosa tan nimia? Ahora, simplemente se iban; un buen día, no acudían a la cita y después, si te he visto no me acuerdo... Se llamaba «quitarse de encima a una mujer» y era muy moderno, muy cómodo, muy fino... Entretanto, en el cuadrante del reloj los minutos pasaban raudos, tan veloces como astutos roedores que huyeran llevándose cada uno un minúsculo jirón de su vida.

Denise esperaba.

*Amar y no ser amado,  
acostarse y no dormir  
y esperar sin ver venir  
son cosas que hacen morir.*

O eso dicen, más o menos.

—Y ahí me tienes, muchacho, ahí me tienes... —dijo Jean Vendômois—. En el norte de Finlandia, a orillas del océano Polar Ártico, sin ningún contacto con el mundo civilizado, viviendo como un pionero del Canadá del siglo pasado... Nueve meses al año dura ese invierno imposible de imaginar si no lo has visto... La blancura de la nieve... la pureza, la maravillosa transparencia del aire... Esos inmensos y profundos bosques dormidos bajo un manto nevado... Ni un soplo de viento, ni un ruido... Sólo las campanillas de los trineos... En los tres meses de verano el sol no se pone nunca.

—Ya veo —murmuró Yves con ojos soñadores.

La conversación, iniciada durante la comida, proseguía ante los cafés, que no habían tocado. Entre sus piernas, *Pierrot* alzaba hacia ellos el sonrosado y puntiagudo hocico con la expresión siempre risueña de los lulús de pelo rizado. Vendômois, bajo, fornido, de mirada inteligente y rostro cuadrado, moreno y curtido, se inclinó hacia Yves.

—Imagínatelo, muchacho, imagínatelo... Lejos de París, lejos de la dura y absurda vida de posguerra... Allí, la independencia es absoluta... Y además, sentir que lo que haces con estas dos manos es un trabajo de verdad, que al fin creas algo... Mira, hace tres años, en ese pueblo había veintidós caballos; ahora tenemos ciento setenta y cinco. Es asombroso. ¡Ah, mi sueño es construir una línea de ferrocarril que comunique el pueblo con Haparanda! Ahora tenemos que transportar nuestros productos en caballos y renos... El tren sería la riqueza, el éxito asegurado, ¿comprendes?

—¿Si comprendo? —exclamó Yves—. Es fantástico.

—Desde luego que sí... ¡Anímate, Yves, vente conmigo! ¿Qué haces aquí? Vegetar, hundirte... La mísera y rutinaria vida de oficinista no está hecha para ti... Allí serías tu propio jefe. Además, la fábrica está empezando, ¿sabes? Es muy pequeña, pero crecerá imparable, ya lo está haciendo... Es maravilloso verla crecer año tras año, como a un hijo... Déjame explicártelo. Como te he dicho, fabricamos cerillas. Pues bien, esos bosques inagotables que el gobierno vende por casi nada, porque necesita inversiones extranjeras, nos proporcionan hasta la madera para las cajas de embalaje, ¿te das cuenta? —Vendômois mencionó unas cifras que Yves escuchó con ojos brillantes—. Cinco años de duro trabajo y habrás rehecho tu fortuna de antaño... Y ya sabes que no me gusta exagerar.

—Lo sé.

Entre ambos amigos se hizo un gran silencio.

—¡Cómo te envidio! —exclamó al fin Yves.

—¡Pues acompáñame!

Por toda respuesta, él se encogió de hombros. Vendômois lo miró con atención.

—¿Una mujer?

—Una mujer.

—¿Y eso qué importa?

—«Eso» tiene sentimientos.

—¡Bah, primero hay que pensar en uno!

—No puedo.

—¿Una muñeca?

—No, una mujer de verdad, buena, sincera y cariñosa. Por eso no puedo...

—Es una estupidez, amigo mío.

—Lo sé.

—Escucha, al salir de aquí iré a firmar un contrato con un inglés —le explicó Vendômois—. Pero si me dices que sí, lo mando a paseo. Dame tu palabra y estaré allí esperándote.

—No puedo dártela.

—¿No vendrás?

Yves miraba el fuego y guardaba silencio. Vendômois se levantó.

—¡Qué se le va a hacer! —exclamó al fin, y soltó un breve suspiro—. Entonces, adiós, viejo amigo. Cuídate.

Los dos se abrazaron. Yves estaba pálido.

—Escucha, si un día las cosas no te funcionan (nunca se sabe), prométeme que vendrás —le pidió Vendômois antes de irse.

—Te lo prometo.

—Muy bien. Adiós.

De nuevo solo, Yves volvió junto al fuego, se arrodilló y apoyó la cabeza en la de *Pierrot* con un profundo suspiro, un seco y dolorido sollozo de hombre, sin lágrimas.

—Mi perro, mi buen perro... —murmuró con la boca en el rizado pelaje de *Pierrot*—. Sería estupendo... Imagínatelo: una vida libre y salvaje en esos bosques inmensos y nevados. La caza, el trabajo, un trabajo sano que requiere fuerza e inteligencia, la libertad... Y te llevaría conmigo... ¡Ah, el descanso por la noche en una cabaña de madera! ¡El silencio, la luna sobre la nieve, esas grandes estrellas de las que habla Jean, más grandes y brillantes que las nuestras! Los brazos doloridos de un leñador, pero el corazón libre, contento... ¡Qué sueño, mi buen *Pierrot*!

Yves reparó en las fotografías que le había enseñado Vendômois, que había dejado por olvido o a propósito. Las cogió. Mostraban llanuras, cabañas de madera, trineos ligeros tirados por renos, bosques de abetos, lagos transparentes donde se reflejaban los abedules... Las contempló largo rato y luego las arrojó al fuego.

—Denise, mi pequeña Denise —suspiró—. Nunca sabrás lo que he sacrificado por ti.

Cuando llegó a su casa con más de una hora de retraso, se la encontró acurrucada junto a la ventana, llorando. Al principio se asustó.

—¡Dios mío, Denise! ¿Qué ocurre? ¿Te ha pasado algo?

Incapaz de hablar, ella negó con la cabeza. Yves quiso atraerla hacia sí, pero Denise lo rechazó con los brazos extendidos, agarrotados por la furia.

—¡Egoísta, más que egoísta! Yo aquí, volviéndome loca, imaginándome Dios sabe qué, una desgracia, un accidente... Y llegas y ni siquiera te dignas explicarte, decir algo...

—No me has dado tiempo —respondió Yves secamente, mirándola con repentina dureza.

—¡Cállate, déjame! ¡Eres malo, cobarde, cruel...! No tienes derecho, ¿me oyes?, no tienes derecho a hacerme sufrir así... —Denise se ahogaba.

Yves dio un paso hacia la puerta.

—Creo que has perdido el juicio... Adiós. Volveré cuando estés más tranquila.

Al oírlo, Denise soltó un gemido de animal herido.

—¡Yves! ¡No te vayas! No me dejes, Yves... —Con manos temblorosas y frenéticas, se agarró a su ropa, a sus brazos, a su cuello.

Él la sujetó con fuerza y la inmovilizó contra su pecho con un abrazo que, más que un gesto amoroso, parecía una agresión. Pero instantes después, ella se tranquilizó; poco a poco, su corazón volvió a latir con normalidad.

—Yves... —murmuró, alzando hacia él un lastimoso rostro húmedo de lágrimas, desencajado, de una palidez mortal—. ¿Me perdonas? —añadió con dulzura y timidez.

Él se encogió levemente de hombros y la miró con una expresión indefinible, mezcla de pena, ternura y desprecio.

Estaban sentados en el diván, abrazándose con fuerza, en un rincón en penumbra. En la chimenea las brasas, rojizas y plateadas, chisporroteaban de vez en cuando y despedían fugaces y pequeñas llamaradas de un rojo claro.

Con la cabeza en el pecho de Yves, Denise saboreaba el delicioso alivio, la cobarde y blanda voluptuosidad que sucede a los violentos ataques de nervios femeninos. De vez en cuando, un sollozo sacudía su cuerpo; luego se calmaba poco a poco, como el oleaje tras la tempestad. Su corazón, tan oprimido hacía unos instantes, le parecía ahora liviano como un trozo de hielo que flotara en el agua, aquella agua salada que escapaba imperceptiblemente de las comisuras de sus ojos.

A hurtadillas, observó a Yves; irritado y sombrío, guardaba silencio.

—No vuelvas a hacer esto nunca —murmuró él al fin—. ¿Me has oído, Denise? Nunca.

Algo del reciente rencor se reavivó en el alma mal apaciguada de ella.

—¿Dónde estabas? —le preguntó casi con odio—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Estaba con un amigo —respondió él secamente, con frialdad deliberada.

Denise no se atrevió a replicar «No te creo», pero Yves vio que sus labios esbozaban una mueca amarga y dura; entonces, con el cuerpo rígido, se apartó de ella gradualmente. Una especie de sorda hostilidad surgió entre ambos. Denise la percibió e intentó conjurarla con besos y caricias, como si fuera un maleficio; pero él seguía tenso, con la boca cerrada y las manos inmóviles.

—¿Me quieres, Yves? Dime que me quieres... Yo te amo tanto... Contesta, háblame...

Pero él callaba con obstinación. Denise tenía la sensación de chocar una y otra vez contra una puerta cerrada, de golpearla en vano con la dolorida cabeza, como un pobre pájaro en una habitación a oscuras. Sin embargo, con terrible y torpe obcecación femenina, repetía:

—Contesta... Háblame...

—Yo no sé hablar, Denise, mi pobre Denise —dijo Yves al fin—. Necesito paz, tranquilidad, ternura... Necesito tus manos en mi frente, en mi corazón, oír tu dulce y fresca voz reír junto a mí... Pero no puedo, no sé pronunciar palabras de amor... Piensa que he estado callado muchos años... No me obligues a decir mentiras bonitas... No quiero... Estoy muy cansado... Déjame descansar... Lo necesito...

—Pero ¿y yo? ¿Y lo que necesito yo? —replicó ella, indignada—. Necesito que me digan que soy la más guapa, y la más amada, y la única. Necesito palabras, aunque sean mentira. Necesito...

—Yo no puedo darte lo que me pides. No es culpa mía, Denise. Quizá sea tan pobre en sentimientos como en dinero, no lo sé... Pero te doy cuanto puedo dar...

—No es mucho. Y mientras tanto, yo sufro... —gimió ella.

—Entonces, separémonos —murmuró Yves, suspirando y rechazándola con suavidad.

Una extraña sensación de frío dejó petrificada a Denise.

—¿No hablarás en serio?

—No quiero hacerte desgraciada.

—¡Oh, prefiero mil veces sufrir por ti a perderte, y lo sabes! —exclamó ella y, en silencio, apoyó la ardiente mejilla en la de Yves—. Egoísta... —susurró tristemente, sin cólera.

—Egoísta —respondió él con un débil y extraño suspiro de cansancio.

Y siguieron abrazados en silencio, Yves mirando al vacío y ella mirándolo a él.

Yves abrió la puerta de su habitación, pero antes de entrar, se volvió hacia la oscuridad de la antecocina, como todas las tardes.

—¡Por favor, Jeanne, mi baño! —pidió con voz apagada—. Dese prisa... —Y se dejó caer en el sillón más cercano.

El baño vespertino sustituía al que no podía darse antes de marcharse a trabajar. Por la mañana, tenía que conformarse con lavarse a toda prisa con agua fría, tiritando en el cuarto de baño mal caldeado, mientras al otro lado de la ventana la fea y grisácea luz de las ocho teñía de melancolía árboles, cielo y tejados, que se sucedían hasta el infinito. En cuatro años, Yves no había conseguido acostumbrarse a despertar con un estremecimiento, con una opresión en el pecho, con una necesidad nerviosa de bostezar, de desperezarse, que le recordaban las noches en la trinchera, cuando la alerta interrumpía de repente su sueño y lo obligaba a levantarse de un salto en la oscuridad. El resto del día seguía con una indefinible sensación de malestar y agotamiento. Soñaba con aquel momento de descanso, con sumergir al fin su cansado cuerpo en la profunda bañera de agua caliente y perfumada, como los internos de un colegio se imaginan la sopera humeante en la mesa familiar a la hora de la cena. Le parecía que, con la suciedad de la jornada, se libraría también del cansancio y el mal humor, de las preocupaciones y la atmósfera tanto física como moral de la detestada oficina.

Ese día en concreto, el trabajo cotidiano se le había hecho aún más pesado de lo normal. Con tiránica omnipotencia, el tiempo ejercía su influencia sobre él, que se sentía nervioso como una mujer. Y esa mañana la fina llovizna que, parsimoniosa y gris, tamborileaba en las ventanas con humilde pero obstinado repiqueteo le había crispado los nervios. En cuanto levantaba la cabeza, veía la oscura y embarrada calle; tristes espaldas encorvadas bajo relucientes paraguas pasaban a toda prisa, como un rebaño ahuyentado por una mano invisible, mientras los grandes letreros luminosos giraban en el negro cielo. Hacia las cinco había dejado de llover. En el horizonte apareció una franja de claridad rosada; por un momento, las calles mojadas la reflejaron, brillantes como amatistas. Pero en la oficina las lámparas de tulipa verde se encendieron y, al instante, fuera se hizo de noche. El tecleto de las máquinas de escribir, el olor a tinta... la tensión en la nuca y la espalda encorvadas, el picor de ojos... las columnas de cifras, que se alineaban y aumentaban sin cesar... la montaña de cartas, que nunca decrecía, como el saco de oro de los kobolds del cuento alemán, el saco que había que vaciar y rellenar una y otra vez durante mil años, y luego otros mil, por haber sorprendido al viejo Rhin jugando con las lentejuelas de oro de sus ondas al anochecer... A su alrededor, las cabezas de los empleados, siempre idénticas, inclinadas, concentradas en su tarea... Yves no podía entender que aquel sitio junto a la ventana, con sus correspondientes dos mil quinientos francos mensuales, fuera el sueño vital de sus subordinados, cuando a él se le antojaba una

mezcla de internado y prisión.

En la mesa de al lado, Mosés, el prototipo del joven judío rico y elegante, de larga y puntiaguda nariz y anguloso y pálido rostro, compulsaba cifras como el enamorado que relee con ojos ávidos una carta de su novia. Daba igual si pasaba a limpio el informe de la última junta general o constataba el alza de la libra esterlina y la bajada de la caña de azúcar en el mercado de Haití, Mosés siempre desplegaba la misma actividad prodigiosa y mostraba idéntico interés febril. Yves lo envidiaba y recordaba lo que un día le había dicho su jefe, también judío pero de la vieja escuela, con una nariz casi inconveniente y una barba de un gris sucio: «Lo que a usted le falta, mi querido Harteloup, es una gota, una sola gotita de nuestra sangre». Volvió a ver el gesto de la fofa y peluda mano y a oír el acento teutón: «Una goda, una soda godida...». Sonrió con tristeza. ¿Tendría razón aquel animal?

Le irritaba no poder librarse de los recuerdos de la jornada, que retornaban a su cansada mente como un estúpido sonsonete pegadizo, como esos fragmentos de pesadilla que no se van de la cabeza aún atontada por el sueño.

Nervioso, hizo crujir los nudillos. «Maldita vida...».

—¡Pero bueno, Jeanne! —gritó con irritación—. ¿Y ese baño?

La criada entró con paso vacilante. Un poco sorda, cuando le hablaban adelantaba su afilado rostro de hurón y entornaba los vacíos, cansados y resignados ojos de mujer del pueblo.

—¿Me ha llamado el señor?

—Mi baño.

—Pero... señor... Ya sabe que esta mañana no funcionaba el calentador de gas...

—¿Y no ha llamado al operario?

—Sí, señor.

—¿Entonces?

—Entonces, no ha venido, señor.

Yves abrió la boca para gritarle que era una inútil —tenía poca paciencia—, pero al reparar en su tranquilo e inexpresivo rostro, se contuvo, avergonzado, y esbozó un gesto de cansancio.

—Está bien... Caliente agua... ¿Por qué ha dejado que se apagara el fuego?

—Se me ha olvidado —admitió Jeanne, y se arrodilló pesadamente para soplar sobre los húmedos troncos, que humeaban y se negaban a prender—. Está acabándose la leña —señaló, tras un breve silencio—. El señor no me ha dejado dinero...

—Está bien, está bien —la atajó él.

Se bañó lo mejor que pudo con los dos baldes de agua que Jeanne le calentó en la cocina; luego se puso el pijama y se sentó ante su solitaria cena, junto a la chimenea. Tumbado a sus pies, *Pierrot* jadeaba suavemente en sueños.

Con aire distraído, se comió los huevos pasados por agua, demasiado hechos, y la loncha de galantina, y se bebió la copa de Montrachet que le había servido Jeanne



advirtiéndole que era de la última botella, antes de subir a acostarse. En el piso vacío, el reloj latía como un corazón. Recordó que, de más joven, le encantaba la paz que reinaba en las habitaciones en ausencia de sus ocupantes. En esa época, la soledad lo embriagaba como un fuerte y amargo licor, pero ahora le producía un vago temor. A veces, no podía evitar imaginarse que enfermaba en plena noche, se ahogaba, se asfixiaba, pedía socorro en vano, mientras Jeanne dormía tan tranquila en la buhardilla. Le avergonzaba ser tan aprensivo, pero aun así se estremecía al ver cómo se adensaban las sombras en los rincones de la habitación y entre los pliegues de las cortinas. En tales momentos, comprendía muy bien por qué la gente se casaba... precisamente para tener «eso», una presencia, el frufú de unas faldas, alguien a quien contarle cosas insignificantes, a quien gruñirle sin motivo cuando se está de mal humor, alguien que sigue ahí mientras uno guarda silencio. Sin embargo, era extraño... En esas ocasiones, jamás pensaba en Denise. En el fondo, aquella relación sólo lo cansaba. A una hora fija tenía que mostrarse tierno, amoroso, apasionado; a pesar de estar agobiado por las mil preocupaciones cotidianas, que lo acosaban como moscas un día de calor, debía pronunciar palabras bonitas, sonreír, acariciar; cuando la jaqueca le atenazaba las sienes, se veía obligado a hablar para no ver el ansia en los ojos de Denise, para no oír la eterna, triste y dichosa pregunta: «¿Qué te pasa? ¿En qué piensas? ¿Ya no me quieres?». Yves no deseaba convertir a aquella mujer joven y bonita, buena y alegre, nacida para reír, amar y ser dichosa, en la confidente de sus mezquinos e incontables problemas; por otra parte, se decía, una amante era capaz de consolar un gran dolor romántico, pero no de escuchar por mucho tiempo y sin impacientarse a un hombre que le dijera: «Verás, necesito trescientos francos para pagar los impuestos; Jeanne ha vuelto a olvidarse de llamar para que arreglen el calentador; los muebles están llenos de polvo; la cortina de encaje tiene un desgarrón; habría que cambiar la tapicería de seda del sillón, que está deshilachándose... Pero no tengo tiempo, y tampoco para comprarme sábanas, ropa interior, calcetines...». Así que o callaba o hablaba de temas triviales, o bien decía bobadas bonitas que no eran exactamente mentira pero que, como se sentía obligado a decirlas, le producían un cansancio mortal...

«Con ella tendría que estar siempre moralmente en esmoquin —pensó con especial irritación—. Por desgracia, ya no puedo permitírmelo...».

Luego, con más resignación que esperanza, recordó que Denise le había prometido telefonarle hacia las diez. Probablemente, con el pretexto de ir al teatro o a casa de una amiga, le haría una visita. Suspiró. Era extraño... Cuando estaba seguro de que la vería, posponía el momento del encuentro cuanto podía, no tanto por desgana como por pereza. Perdía el tiempo, deambulaba por las calles, se inventaba mil excusas para llegar tarde, seguro de la presencia, la ternura y el amor de Denise. Pero bastaba que a ella le surgiera un imprevisto para que se sintiera de nuevo enamorado, inquieto y presa de una impaciencia deliciosa. Si Denise sufría una ligera indisposición, se asustaba, se torturaba, se volvía dulce y cariñoso; si le dolía algo,

Yves notaba su dolor en carne propia y no podía separarse de ella, que de pronto se convertía en lo que más le importaba en el mundo. Pero al día siguiente Denise se recuperaba e Yves volvía a arrastrar su amor como una pesada carga.

Esa noche, mientras esperaba su llamada, se sentó a la mesa, apartó a *Pierrot*, que se empeñaba en olisquearle la mano con el negro y húmedo hocico, y suspirando con resignación empezó a revisar un fajo de papeles: facturas pagadas o no, cuentas de los sastres, listas de Jeanne. A final de mes, siempre le faltaban unos centenares de francos indispensables. Así que, alrededor del día 20, se obligaba a dar un largo y dificultoso repaso a las cuentas, que indefectiblemente acababa poniéndolo de mal humor, pues constataba que, una vez más, no había cumplido las promesas de economizar que se hacía. Con sus dos mil quinientos francos de sueldo, algunos de sus compañeros, casados y con hijos, parecían vivir con desahogo. En cambio, él pasaba apuros desde mediados de cada mes. Lo cierto es que sabía el motivo y que sus dispendiosas costumbres, como los taxis por la mañana para no llegar tarde al trabajo, los cigarrillos caros, la ropa de buena calidad y las propinas frecuentes y generosas, comprometían gravemente el equilibrio de su presupuesto. Lo sabía, pero era incapaz de cambiar; prefería renunciar a lo necesario por lo superfluo y, sin embargo, eso le hacía sufrir. No tenía un temperamento bohemio, y ya no era tan joven como para vivir con despreocupación. Solamente los dientes de veinte años muerden con apetito un mendrugo.

Suspirando, apartó los papeles y apoyó la cabeza entre las manos. Pasaban de las diez. Denise ya no llamaría. Se sentía más aliviado que decepcionado. Al fondo de la habitación, la lámpara iluminaba la cama ya abierta, las sábanas blancas. Imaginó con placer la frescura de la tela, la mullida almohada, la tranquilidad de dormir solo, el descanso, la paz. ¡Oh, meterse entre aquellas sábanas y subir el cubrepiés de satén verde con bordados de abejas doradas que había pertenecido a su tío abuelo, senador durante el Imperio! Encender un cigarrillo, elegir uno de sus libros favoritos, mil veces releídos, de la mesa giratoria con incrustaciones de nácar y concha que se hallaba junto a la cama, y hojearlo unos instantes; luego apagar la luz, volverse hacia la pared, dormirse... Los ojos le escocían, le pesaban. Los abría cuanto podía, como los niños que no quieren acostarse. De pronto, sonó el teléfono. Descolgó. Efectivamente, era Denise.

—Yves, cariño, ¿te reúnes con nosotros en el Perroquet dentro de una hora?

—¡No, no, ni pensarlo! —exclamó él.

—¡Oh, Yves! ¡Ven, por favor! —le suplicó ella con una vocecita tan apenada y humilde que Yves sintió lástima y un asomo de vergüenza.

«En el fondo, es verdad, parece que tuviera noventa y ocho años», pensó suspirando con resignación.

—Está bien. Hasta ahora, Denise.

*Pierrot* lo miraba meneando la cola; luego, sus dorados ojos se volvieron hacia la cama con expresión perpleja. «Pero bueno, ¿por qué no te acuestas? —parecían

preguntar—. Es tarde... Apagaríamos la luz, yo me tumbaría en mi sitio favorito, al lado del fuego, sobre esa piel de animal que tiene un delicioso olor almizclado a rata, aunque tú, humano, ser incompleto, seas incapaz de percibirlo... El reflejo de las llamas bailarían en el techo antes de morir y yo vigilaría mientras duermes. Los dos solos, tranquilos...». Pero Yves iba de aquí para allá por el piso helado con los ojos enrojecidos de sueño, buscando en la cómoda y en la oscuridad de los roperos las diferentes prendas de vestir, el traje, la dura pechera almidonada, los calcetines de lana y la gran bufanda blanca de crespón de China con sus iniciales bordadas en negro, que Jeanne se empeñaba en cambiar de sitio todas las semanas.

En el Perroquet, sentados en uno de los divanes de terciopelo rojo, estaban los Jessaint, Yves, la señora Franchevielle y unos amigos ingleses de los Jessaint, el señor y la señora Clarkes; él, nervioso, delgado y pelirrojo, y ella, desgarrada e insulsa, con fuertes y colorados brazos de jugadora de tenis, cabello fino de un rubio muy claro, un poco gris, movimientos bruscos y toscos y aguda voz de pájaro.

Llegados de Londres el día anterior y de paso en París, contemplaban el Perroquet con el ingenuo embeleso de los extranjeros, que mezclan en su confusa admiración el Louvre (el museo y los grandes almacenes), Notre-Dame y el Pigall's de Montmartre.

Esa noche, el Perroquet estaba a rebosar. Además, el espectáculo merecía la pena: la sala, alta, espaciosa y bien ventilada, era más grande que la mayoría de las de su género, y las mujeres deambulaban entre sus paredes —decoradas con imágenes de papagayos de todos los colores desplegando su plumaje— con relativa comodidad; aún era pronto. Todas parecían encantadoras, pero de lejos, algunas incluso de muy lejos. De cerca asombraba que, salvo contadas excepciones, fueran tan feas, estuvieran tan estropeadas bajo el maquillaje y tuvieran la espalda tan rolliza y los brazos tan enrojecidos, pese a la generosa capa de polvos que los cubría. Con una especie de cruel satisfacción, Yves las observaba bailar con los pies martirizados por los estrechos zapatos, el vestido a media pantorrilla y el pelo a lo *garçon*; de vez en cuando volvían confiadamente hacia él sus mentirosos rostros de mujeres viejas. En la mesa de al lado, una estadounidense de edad indefinida, con los puntiagudos hombros de esqueleto adornados con perlas que desaparecían entre los pliegues de la papada, hacía melindres mientras mecía en brazos a una muñeca vestida de Pierrot; bajo el maquillaje y el colorete, las bolsas de sus ojos destacaban grotescamente. Otro adefesio, que con su enorme cabeza y su cuerpo de enana recordaba un tanto a un sapo envuelto en los pliegues de un precioso vestido, devoraba con los ojos a un pobre muchacho estupefacto, asustado y resignado, al que rodeaba con unos brazos como tentáculos con escalofriante ternura de ogresa... Aun sin conocerlas, Yves las odiaba a todas.

Por lo demás, esa noche todo le molestaba, lo aburría, lo irritaba: la música estridente de las bandas de jazz, la risa epiléptica de los negros, los grititos y mohines de las abuelas con vestido corto, todas aquellas puerilidades estúpidas, aquella alegría forzada, todo, incluida Denise, despreocupada, risueña, elegante, reluciendo tenuemente con sus zapatos plateados y su vestido blanco. Reía y se divertía mientras él seguía allí sentado, enfadado, triste y tenso, bebiendo sin sed, riendo sin ganas, obligado a mostrarse educado y sonriente, pese a que su íntimo y reprimido deseo era mandarlos a todos al infierno... Bajo el mantel, sentía a su lado la esbelta pierna de Denise, que buscaba la suya; él le devolvía el roce distraídamente, mirando con angustia el número de botellas de champán, que aumentaba minuto a minuto sobre la mesa.

Con un leve y desagradable estremecimiento, pensaba en el inevitable instante en que, con desgana, tendría que decirle a Jessaint o mister Clarkes fingiendo indiferencia: «Bien, ¿cuánto le debo, mi querido amigo?». La educada negativa, su insistencia, la despreocupada respuesta —una cantidad equivalente a la cuarta parte de su sueldo mensual—, la mano a la cartera con una sonrisa, los billetes de cien francos tendidos al *maître*, el cigarrillo que encendería a continuación con desenvoltura... En el último mes, era la quinta vez que se repetía aquella fiestecita.

Poco después, apareció la vendedora de muñecas exhibiendo en un canasto a sus hombrecitos y mujercitas de trapo vestidos de Pierrot, disfrazados de personajes de la Comedia del Arte, de flamencas con grandes faralaes de seda y terciopelo. La señora Clarkes, la señora Franchevielle y Denise extendieron las manos: aquellos juguetitos para niñas mayores causaban furor. Jessaint compró tres.

—¡Oh, compre uno para Francette! —exclamó aturdidamente Denise, volviéndose hacia Yves.

Yves sacó la cartera sin pestañear. De pronto, ella lo pensó mejor, se sonrojó, intentó impedir que pagara, tartamudeó y se aturulló, mientras él le tendía a la mujer dos billetes de cien francos y rechazaba el cambio. Luego le dio la muñeca, sonriendo. Pero Denise conocía de sobra aquella sonrisa forzada y fría, que esbozaba cuando estaba de mal humor, aquella mirada dura y la expresión hosca y triste. Sabía que había herido su puntilloso orgullo, que había cometido la torpeza de recordarle su pobreza. (¡Como si la vida no se encargara de hacerlo a cada instante!). Sin embargo, no era culpa suya; había actuado sin reflexionar; no conseguía meterse en la cabeza que dos míseros billetes de cien francos pudiesen ser una suma importante para nadie... Aun así, se habría abofeteado. Se mostró discreta y humilde; pero no tardó en comprender que su humildad aún lo irritaba más. Se comportó con coquetería, le habló con dulzura, lo miró entornando las largas pestañas; pero él le respondió con ceremoniosa corrección.

Poco a poco, su animación y su alegría se agriaron irremediabilmente. Siempre pasaba igual. Al principio, se sentía feliz mostrándose a su lado. Era evidente que a las mujeres les atraía la elegancia, la buena planta de Yves... Era feliz repitiéndose bajito, con íntimo y apasionado orgullo: «Mío... Es mío...». Luego, poco a poco, por un motivo u otro, el corazón se le encogía, oprimido por un vago malestar, el ruido le molestaba, el baile la cansaba... A veces se sentía tan desgraciada que tenía que tragarse unas amargas y absurdas lagrimillas, ahogar los sollozos en su garganta. Le habría gustado ver ternura contenida en los ojos de Yves, deseo reprimido en sus labios... Otros se sentían unidos entre la gente. Ellos estaban tan lejos, tan alejados el uno del otro... La presencia de extraños acababa de manera infalible con aquella ilusión de intimidad tan rara, valiosa y delicada como un viejo encaje, que con sus pacientes cuidados conseguían tejer a veces entre los dos...

¿De quién era la culpa, suya o de Yves? No lo sabía. Bajó la cabeza.

Alrededor, la salvaje y melancólica música de los negros reía a carcajadas y al

mismo tiempo lloraba... «Lágrimas de payaso», pensó Denise vagamente. En los momentos de mayor desconsuelo, el sordo redoble del gran tambor, aporreado con furia por un negro de reluciente dentadura, le desgarraba el corazón más hábil y cruelmente que un violín en manos de un virtuoso... El espectáculo iba cambiando; las mujeres, ya despeinadas, se olvidaban de empolvase las relucientes narices y las sudorosas mejillas. En los achicados ojos de los hombres se encendía una llamita. Y las parejas, un poco bebidas, ya no bailaban, sino que se movían sin desplazarse, restregando uno contra otro los excitados cuerpos. Un vago y absurdo hastío se apoderaba de todo el mundo. La señora Franchevielle fumaba con un codo apoyado en la mesa, sin hacer caso de los confetis multicolores que los hombres le arrojaban al pasar. La señora Clarkes y Jessaint hablaban de golf, hockey y polo. Yves guardaba silencio y removía pensativamente su champán. Clarkes, medio borracho, era el único que se divertía de verdad; con la cara enrojecida y tocado con un gorro de papel rosa, había empezado a cortejar a Denise en su chusco francés, con frases ingenuas que apenas disimulaban su súbito y brutal deseo. Ella le dejaba hablar sin apenas escucharlo; entre dientes, lo maldecía con rabia. La música no cesaba, las parejas seguían balanceándose en su palmo de suelo, las joyas de las mujeres relucían bajo las luces.

—Es bonito todo este lujo —comentó Jessaint, que no tenía un gusto muy formado, volviéndose hacia Harteloup.

—No; es absurdo e indecente —replicó Yves con brusquedad.

Pero acto seguido, apurado, trató de sonreír. En otros tiempos, todo aquello le habría parecido normal, agradable. En otros tiempos, cuando podía participar en la fiesta. Ahora se hacía el moralista... Pero no, se dijo, no era una pose. Realmente hacía años —¿desde la guerra?— que sentía una especie de hastío, de amargo cansancio en el fondo del corazón... «Como un mal del siglo mezquino, sin frases románticas», pensó.

En torno a él, se hacían planes. Los Clarkes querían ir a Montmartre y luego acabar la noche en Les Halles. Acordaron empezar por un cabaret ruso.

—¿Vienes? —le susurró Denise.

Yves se mordió el labio mientras visualizaba cifras con prodigiosa claridad.

Su cartera estaba vacía. Negó con la cabeza.

—Tengo una jaqueca espantosa, Denise...

Ella empezó a rogarle: separarse después de aquella especie de enfurruñamiento mudo, recordar hasta el día siguiente una velada de miradas frías y respuestas hoscas, era más de lo que podía soportar. Palideció.

—Te lo suplico, te lo suplico...

—¡Oh! —exclamó Yves.

Parecía tenso e irritado. Denise pensó que quizá estaba celoso de las familiaridades de Clarkes y le preguntó:

—¿No te habrás enfadado por culpa de ese imbécil?

—Por Dios... ¡Claro que no! —exclamó él, a punto de echarse a reír.

A ella su desdén le dolió como una bofetada.

—Pues no vengas —le espetó con las mejillas encendidas—. En el fondo, lo prefiero... Siempre me amargas la fiesta. —Su voz sonaba ronca y teñida de llanto.

—Ya me he dado cuenta, créeme. Y lo siento mucho —dijo Yves, inclinándose con un gesto glacial de disculpa.

Salieron. Fuera, una densa lluvia azotaba el asfalto. Un viento desapacible agitaba las llamas de las farolas de gas.

—¿Lo llevamos a casa? —le preguntó Jessaint a Yves mientras les acercaban el negro y elegante coche, aún más reluciente bajo el aguacero.

Yves estuvo a punto de negarse, pues advirtió un deje similar a la lástima en el tono de Jessaint. Pero echó un vistazo a sus zapatos de charol y se imaginó empapado, aterido, ridículo con su macfarlán y su sombrero de seda, corriendo bajo el chaparrón a la problemática búsqueda de un taxi; así que aceptó cobardemente.

Cuando lo dejaron ante su puerta y el vehículo reanudó la marcha en dirección a la place Pigalle, Clarkes preguntó:

—¿Por qué no ha venido el señor Harteloup?

Jessaint se encogió de hombros. Comprendía muy bien lo que la niña mimada de su mujer apenas se explicaba.

—El pobre no tiene un céntimo —dijo con la risa involuntariamente desdeñosa del hombre rico consciente de su riqueza y satisfecho de sí mismo—. Es una pena que encima sea tan orgulloso como un pavo. Y que tenga tan poca vista. Debería haberse dado cuenta de que no le dejaríamos pagar.

De pronto, Denise dijo que le faltaba el aire, bajó la ventanilla y, sin importarle la lluvia, sacó la cabeza, sofocada. Odiaba a su marido por la conmiseración mostrada hacia su amado. Por la abertura del abrigo, sus manos aferraron nerviosamente el collar de diamantes. De improviso, la luz de una farola arrojó un vivo resplandor rosáceo dentro del coche; los diamantes destellaron en su pecho. Apretó los dientes. Le habría gustado arrancarse del cuello aquellas piedras, arrojárselas a Yves y decirle: «¡Cógelas, y al menos sonríe!». Pero ¿puede comprarse la felicidad?

Y al mismo tiempo estaba enfadada con él, le daba vergüenza, pero estaba enfadada. ¿Por qué no era el más guapo, el más rico, el mejor? Era un hombre, era el hombre al que amaba, necesitaba admirarlo, respetarlo y que los demás lo admiraran y respetaran. Y en vez de eso, lo compadecían. Se mordió el labio.

—¿Qué te pasa, Denise? Estás muy pálida —le preguntó su marido, cogiéndole la mano con afectuosa preocupación.

—¡Oh, déjame! —le espetó ella casi con odio.

Jacques se apartó, sorprendido y asustado. Denise se levantó el cuello del abrigo y, fingiendo frío, ocultó el rostro en él. Notaba con angustia cómo las lágrimas se le escapaban y resbalaban lentamente hasta las comisuras de sus labios, donde le dejaban un regusto amargo. Se echó a temblar pensando que, en unos minutos,

tendría que mostrarse a plena luz con los ojos enrojecidos y los nacarados surcos del llanto en las empolvadas mejillas. Y no podía detenerlas; resbalaban y resbalaban, hasta desaparecer bajo el corpiño de seda, entre los diamantes del collar.



«Decididamente, esto no funciona», pensaba Denise esa mañana.

Seguía en la cama: aún no eran las nueve. Cogió el espejito de la mesilla de noche y se contempló largamente con la expresión ansiosa propia de las mujeres infelices o que empiezan a envejecer. No, no funcionaba en absoluto. Pensativa, se estiró el pequeño e insidioso pliegue que le marcaba la comisura izquierda de los labios. Aún no era una arruga, pero por desgracia tampoco un hoyuelo. Una señal ambigua, inquietante, como una discreta advertencia...

Otra mala noche con aquella sensación casi física de opresión en el pecho, y los confusos y desagradables sueños en que veía a su amante alejarse de ella, de los que despertaba anegada en lágrimas. Suspiró. Qué lejos quedaban las radiantes mañanas de Hendaya, al comienzo de su amor. Incluso recordaba con nostalgia los días tranquilos de antaño, aquella ausencia de dolor que podía pasar por felicidad y era como la prolongación de la paz de la infancia. Ahora, voluntariamente o no, había alejado de ella a su marido, a su hija, a sus amigos... Aterrorizada, comprendió que en el fondo no tenía a nadie en el mundo —¡en todo el mundo!— aparte de Yves. Quizá por eso se aferraba a él de aquel modo, con aquella frenética desesperación. El amor que nace del miedo a la soledad es tan triste y poderoso como la muerte. Su necesidad de Yves, de su presencia y sus palabras, empezaba a parecerse a una monomanía. Cuando no lo tenía al lado, se torturaba imaginando qué hacía, dónde estaba, con quién... Cuando descansaba entre sus brazos, la angustia respecto al mañana era tan intensa que acababa con su alegría poco a poco, como un lento veneno. Bajo el calor de sus caricias, en el fondo no podía dejar de pensar en la hora que pasaba (¿la última, quizá?) deprisa, tan deprisa... A veces, cuando daban las siete se agarraba a él como si estuviera ahogándose, tan pálida y temblorosa que Yves se asustaba. Y cuando se lo explicaba lo mejor que sabía, él le acariciaba la frente como a una niña enferma, suspiraba y le decía: «Pobrecita mía...». Pero no entendía aquella necesidad femenina de seguridad, aquel frenético deseo de tenerlo a su lado y aquel pánico a perderlo, como si en el mundo sólo existiera él. Sin embargo, tampoco esos minutos de amargo y delicioso sufrimiento eran frecuentes. Por lo general, su relación, como la de la mayoría de las parejas ilegítimas de París, se reducía a breves encuentros entre las seis y las siete de la tarde, cuando Yves salía de la oficina, a conversaciones insignificantes, a algunas caricias inacabadas... El sábado era una tarde de gestos amorosos, de silencios, la máscara absorta, impenetrable, del hombre que toma a su amante como quien bebe vino, solo... Qué pocas cosas, qué pocas... Monotonía, aburrimiento, inquietud, tristeza, interrumpidos por un enorme y profundo dolor, y luego de nuevo el aburrimiento, la inquietud... Y qué pocas alegrías, qué pocas... Denise bajó la cabeza, profundamente desanimada. En la playa, el pasado verano, Francette solía jugar a sumergir las manos en el mar para coger un poco de espuma; al cerrarlas, gritando de felicidad, echaba a correr hacia ella con

toda la fuerza de sus piernecitas. Pero cuando volvía a abrirlas, sólo encontraba un rastro de agua... Entonces se echaba a llorar, pobre mujercita, y volvía a empezar. Pues eso era el amor.

Era una mañana de junio empolvada de sol. Para no ver el azul del cielo, los árboles reverdecidos, la luz de aquel hermoso día, que eran un insulto a su pena, Denise hundió la cabeza en el calor y la oscuridad de la almohada. Sin embargo, unos suaves golpes en la puerta la estremecieron.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, cariño —respondió la serena voz de su madre.

Denise compuso el rostro a toda prisa, saltó de la cama y corrió a abrir. En el umbral apareció la señora Franchevielle, primorosamente maquillada, perfumada, fresca.

—¿Todavía en la cama, perezosa? —sonrió—. Vengo a que me invites a comer.

—Qué sorpresa... —farfulló Denise, que no tenía demasiados deseos de enfrentarse a la penetrante mirada materna—. Es que... pensaba salir y... Disculpa, mamá...

De pie ante su madre, descalza y en pijama, no cesaba de apartarse los mechones negros de la frente con gesto maquinal. Estaba muy pálida y temblaba un poco.

—¿Te encuentras mal, Denise? —le preguntó con viveza y mirándola con atención la señora Franchevielle.

—No, claro que no —respondió su hija con una vocecilla triste y mortalmente cansada.

—¿Qué ocurre? —quiso saber su madre, cogiéndole la cara con ambas manos.

Denise negaba con la cabeza y se mordía el labio para no llorar. La señora Franchevielle le acarició el pelo con suavidad.

—¿Estás triste, cariño mío?

No obtuvo respuesta. De pronto, la miró a los ojos y, con deliberada brusquedad, le espetó a su hija:

—¿Te engaña Yves?

Pero Denise no se inmutó. Su temblorosa boca esbozó una triste sonrisa.

—¿Esperabas sorprenderme, mamá? Eres muy inteligente... Además, supongo que disimulo muy mal.

—¿No te engaña? —insistió su madre.

—No.

—¿Te ama?

—¡Ay! Eso... Déjame, mamá, déjame —murmuró con gesto de súplica—. No puedes ayudarme...

Se acercó a la ventana y, dándole la espalda a su madre, pegó los ardientes labios al cristal. Pero dos brazos amorosos la rodearon.

—¿Es que ya no confías en tu madre, Denise?

Con esa sencilla frase y ese ademán dulce con que le acariciaba la cabeza, como quien calma a un cachorro, la señora Franchevielle siempre había conseguido acabar con las rabietas de su hija de niña, y más tarde con sus preocupaciones de mujer adulta. Vencida una vez más, Denise se lo contó todo... Sus inquietudes, sus tormentos indefinidos y, sobre todo, aquella especie de enfurruñamientos infundados, aquellas sombras inexplicables que enturbiaban el cielo de su amor, como las tenues nubes que en verano, a orillas del mar, se extienden de un extremo a otro del horizonte y acaban por ocultar el sol...

—¿Crees que no te ama? —le preguntó la señora Franchevielle con precaución, suavizando expresamente su habitual tono mordaz.

—No sé... Tengo miedo...

—¿Y tú? ¿Estás segura de amarlo lo suficiente?

—Pero ¡¿cómo puedes preguntarme eso, mamá?! —exclamó Denise con vehemente indignación—. Se lo doy todo... Mi vida entera. Todos mis pensamientos. Más aún... Cuando me despierto, aun antes de saber dónde estoy, siento como si algo se agitara dentro de mí... Igual que me pasaba cuando estaba embarazada de Francette, ¿sabes? Es lo mismo que entonces: tan doloroso, tan dulce... Se diría que llevo mi amor dentro de mí, como a un hijo. No puedes entenderlo, mamá.

—Lo entiendo, querida, lo entiendo...

—Cuando no lo veo, no vivo... Porque a eso no puede llamársele vida. Me paso las horas muertas sin hacer nada. No sabes lo que es...

—Claro que sí, lo sé muy bien, hija mía.

—¿Lo sabes? —le preguntó Denise, bajando la voz, como ella—. ¿Tú... has amado, mamá? Entonces explícamelo. ¿Por qué no soy feliz? Tengo un amante joven, atractivo, fiel... ¡en fin, una joya! Y sin embargo, sufro. Mírame. Me he afeado, lo sé. ¿Por qué? ¿Es que el amor es una enfermedad, o es que «me invento ogros», como dice Francette cuando se cuenta historias de hadas malas «para darse miedo»?

La señora Franchevielle negó con la cabeza pensativamente.

—Me parece que tu enfermedad tiene un nombre: egoísmo.

—¿El suyo?

—Y el tuyo también.

Denise dio un respingo.

—Mira, hija, escúchame sin enfadarte y verás como tengo razón. Para empezar, piensa que llegáis a vuestras citas en un estado de ánimo muy diferente. Tú, sin mayor preocupación desde que te levantas que elegir el vestido que pueda gustarle más, y él, cansado, nervioso, angustiado, harto después de un día entero trabajando duramente para ganarse el pan... ¿Puedes imaginar lo que es, niña mimada? ¿Y te sorprenden vuestras desavenencias? Egoísta... ¡Ay, el amor es un lujo, cariño!

Denise la escuchaba estrujándose nerviosamente las manos.

—Sí, mamá, eso ya lo he pensado muchas veces —dijo al fin—. Sin embargo...

Mira, el novio de mi doncella es mecánico. Se pasa el día trabajando, y más que Yves; pero por la noche se reúne con ella en su cuarto de la buhardilla, y son felices... ¡Como otros, tantos otros, todos los hombres! Mi marido, nuestros amigos, todos. La época de los héroes de Bourget, que coleccionaban mujeres y corbatas y no hacían nada más, pasó a la historia. ¡No hacer nada! ¡Hoy los héroes de Bourget se morirían de hambre!

—No, trabajarían, y algunos no serían felices. Harteloup nunca se acostumbrará a levantarse todos los días a las siete y media, esperar el autobús en una esquina, bajo la lluvia, hacer números, ahorrar, recibir órdenes. No es culpa suya. Los otros... has mencionado a tu marido, aunque lo engañas. Yves te parece cobarde, y tal vez lo sea. Pero tú lo amas.

Denise había dejado de escucharla.

—Mi amor debería ser para él una especie de lujo recuperado —murmuró, negando suavemente con la cabeza.

—¿Quién sabe? Quizá justo eso lo haga sentirse incómodo. Como una visita demasiado bien vestida en una casa humilde. Además, ¡le pedís al amor cosas tan distintas, Dios mío! Tu vida ha sido siempre tranquila y segura... Claro, necesitas las emociones del amor, placeres extraordinarios y dolores nuevos, y palabras, palabras, palabras...

—¿Y él?, ¿qué necesita?

—Simplemente tranquilidad.

—¿Qué hago, mamá?

—¿Qué haces? ¿Amarlo menos, quizá? A veces, el exceso de amor es una gran equivocación, una gran torpeza. Pobrecita mía... Qué duro parece, ¿verdad? Y difícil de entender. Así es la vida... Ya te lo enseñaré, como me lo enseñó a mí. A los hombres no les gusta que los quieran demasiado, ¿entiendes? ¿Y sabes quién me lo hizo entender por primera vez? Tu pobre hermano, que en paz descansa. ¿Te acuerdas de él, Denise?

—Yo era muy pequeña... Tú lo querías mucho.

—Lo adoraba, cariño, como sólo se puede adorar a un hijo. Esa especie de arrobo que sientes ante ese hombrecito que es obra tuya... No puedes entenderlo. Era mi primogénito, mi niño. Y tan guapo. Lo quería con locura. Me pasaba las horas mimándolo, acariciándolo, cubriéndolo de besos. Un día (tenía dos años y medio, mi pobre angelito, y moriría tres meses después) me lo estaba comiendo a besos y de pronto me apartó los brazos con las dos manitas y dijo: «Mamá, me quieres demasiado fuerte, me ahogo...». Ya era un hombre, querida.

Denise se quedó pensativa.

—Eso que dices... —murmuró al fin con esfuerzo, y soltó una risita dura, desprovista de alegría—, ¿sabes a qué conclusión me lleva, mamá? En el fondo, lo más sensato sería engañar a Yves, puesto que no soy capaz de renunciar a él, ni de amarlo menos. Si lo repartiera entre dos hombres, ese amor que, como dices, lo

ahoga, sería justo el que necesita. Es curioso, es terrible, pero es así...

La señora Franchevielle asintió con la cabeza.

—Conocí a una mujer que quería a su amante tanto como tú al tuyo, como una infeliz, como una loca... —murmuró con la mirada perdida—. Lo atormentaba a fuerza de caricias, atenciones, tiernos celos... Y como ella realmente se lo daba todo, todo su corazón, su vida entera, siempre tenía la sensación de que no recibía nada a cambio. Ya sabes que en el amor ambas partes creen que han hecho un mal negocio y que el otro ha salido ganando. Se olvidan del tercero en discordia, el amor... En fin, el caso es que los dos sufrían. Y un día...

—¿Sí...?

—Bueno, pues un día esa mujer se buscó un amigo, como entretenimiento, para pasar el rato. No un amante, pues la idea de la infidelidad física le resultaba insoportable. Un amigo. Y jugó a enamorarlo. Empezó a regañadientes, sólo para vengarse con un inocente. Pero poco a poco fue cogiéndole gusto... Volvió a estar guapa. El amor dichoso embellece a las mujeres. Su amante se dio cuenta. Se lo señaló. Como ella se sentía culpable, se volvió más indulgente, y de forma gradual más indiferente, y él fue más feliz... Y ya está. Eso es todo.

—¿Dónde está ahora esa mujer, mamá? —inquirió Denise, levantando la cabeza.

—¡Uy, hija, lejos, muy lejos!

—¿Siguió siendo feliz?

—Tanto como cabe serlo... Había aprendido la lección de la vida, que enseña a dar muy poco y exigir aún menos.

—¿Y nunca añoró la época en que no era más que una muchacha ingenua y enamorada? ¿Nunca añoró el sufrimiento?

La señora Franchevielle tenía la mirada ausente. Al cabo de unos instantes, soltó un suspiro y se quedó pensando.

—No, jamás —respondió al fin con firmeza.

A finales de junio, Yves se vio en serias dificultades: se endeudó y, para recuperarse un poco, invirtió en Bolsa siguiendo los consejos de Mosés, su compañero de trabajo. Nunca pudo entender que, en quince días, las mismas operaciones que habían reportado varios miles de francos al joven judío le costaran a él al menos otros tantos. Tuvo que recurrir a los usureros, se hundió aún más y al final terminó por donde debía haber empezado: le escribió a Vendômois para contárselo todo y pedirle ayuda.

Vivió días terribles. Agobiado, acorralado, se sentía como el perro enfermo que se oculta en un rincón oscuro para sufrir. Había momentos en que llegaba a odiar la presencia de Denise; su pobre y angustiada alma sólo deseaba paz. Demasiado orgulloso para explicarle sus problemas, callaba tozudamente. Y ella no se atrevía a preguntarle, porque ya había aprendido, a base de errores, que no había nada en el mundo capaz de hacerle confesar lo que estaba decidido a callar.

Una tarde, se quedó dormido en sus brazos.

Se había pasado la noche dando vueltas por la habitación, calculando lo que tardaría en recibir respuesta de Finlandia. Por otra parte, el miedo a que Vendômois se metiera en dificultades, a que incluso se endeudara por su culpa, le producía un remordimiento torturante. Además, verse tan inerme ante la lucha diaria hería su amor propio masculino; aunque se reprochaba su cobardía, no podía evitar palidecer y estremecerse ante la simple idea de lo que ocurriría si Vendômois no acudía en su ayuda. Conforme avanzaba la noche, su agitación fue cediendo. Pero cuando el amanecer vacilaba tras los cristales, Yves fue presa de un desánimo espantoso, una especie de renuncia de todo su ser. Fue una sensación atroz, parecida al minuto de vértigo que precede al desvanecimiento... Apretándose con ambas manos el corazón, que le latía descompasadamente hasta incluso dolerle, se acercó a la ventana y la abrió. El fresco del amanecer le sentó bien. Se apoyó en el alféizar y allí se quedó, sin pensar ni moverse. Poco a poco, iba haciéndose de día. El cielo se había teñido de un tono rosáceo y los pájaros cantaban a pleno pulmón en los árboles de un jardín cercano. Ante la ventana pasó un coche, cuyos bocinazos resonaron largo rato en las calles, todavía desiertas y dormidas. La vida despertaba lentamente.

Yves se asomó y miró el adoquinado con expresión alhelada. Su alta figura temblaba de pies a cabeza. Un esfuerzo... la caída... el final de todo... Era muy fácil. Sus ideas, lentas y nebulosas, parecían oníricas. En su cabeza flotaban retazos de recuerdos vagos muy, muy antiguos, de situaciones que ni siquiera estaba seguro de haber vivido... Hermosas mañanas de la infancia, frescas mañanas en ciudades desconocidas, durante viajes, y luego mañanas de guerra. Sólo entonces reaccionó; se irguió y se pasó la mano por la frente. Había sido soldado. Y un soldado no muere de esa manera. Apretó los párpados con fuerza para no ver aquella calle, aquellos adoquines rojizos a la tenue luz del amanecer y, sin abrir los ojos, cerró la ventana con firmeza. El horrible desfallecimiento había pasado. Había vuelto a la vida o, más

bien, a la costumbre de vivir. Ejecutó mecánicamente los actos habituales: se lavó, se afeitó, se vistió y por fin salió. Ya hacía calor. Comenzaba un hermoso día veraniego. Figuras femeninas se asomaban a los balcones. Las vendedoras ambulantes pasaban empujando sus carros llenos de flores y gritando: «¡Rosas! ¿Quién quiere bonitas rosas?». Los delgados chorros de agua de las mangueras de riego, relucientes como arco iris líquidos, cruzaban la calle de una acera a la otra. Muchachos con cestos de mimbre a la espalda y los delantales flotando al viento se perseguían en bicicleta gritando a voz en cuello. Yves se esforzaba en prestar atención a cuanto veía, como el enfermo que fija la mente con desesperación en las mil naderías que pueblan su cuarto. Poco a poco, sabe Dios por qué, se sintió reconfortado. A medida que respiraba el aire matutino de París, relativamente puro todavía, su corazón recuperaba la calma. Ahora se avergonzaba del horrible ataque de desesperación de esa noche, desproporcionado respecto a sus problemas. Pasó cerca de un parque público, un cuadrado de arriates con una fea estatua en el centro. Estaba casi desierto; acababan de abrir la verja. Entró y se sentó un momento. Una joven pareja, con aspecto de dependientes de comercio, paseaban lentamente por el sendero. Él le contaba algo con apasionamiento. Ella escuchaba; era poco agraciada, pero la emoción teñía su rostro de una especie de ardiente reflejo. Yves supuso que el chico le explicaba sus problemas, que se quejaba de alguna injusticia. Ella no decía nada, no podía ayudarlo, pero sufría con él, y eso bastaba para aliviarlo. «Ése es feliz, puede echar parte de su carga sobre los hombros de su compañera», se dijo Yves, e imaginó la mirada ansiosa de Denise. Soñó con una posible confianza. Pero no. ¿Para qué? Dichosos los sencillos hombres del pueblo que simplemente comparten con sus mujeres tanto las alegrías como las penas... Se levantó, de nuevo abatido. El parque empezaba a llenarse de criadas y niños. Iba a llegar tarde a la oficina. Casi a la carrera, se dirigió a la estación de metro más cercana.

Esa tarde, hacia las siete, Denise fue a verlo. Cuando Yves le abrió la puerta, su aspecto la sorprendió: parecía más delgado, tenía las mejillas hundidas y la tez cenicienta, y por la falta de sueño los ojos enrojecidos, brillantes bajo los hinchados párpados.

—Cariño... ¿qué te pasa? —le preguntó ella cogiéndole la mano con viveza.

—Nada, nada... —murmuró Yves, negando con la cabeza y esforzándose por sonreír.

Denise hizo un gesto de impaciencia, pero consiguió dominarse. Con qué firmeza la apartaba siempre de su vida... Pero, después de todo, puede que se equivocara. Quizá Yves tuviera problemas, sí, aunque también cabía que estuviera de mal humor, igual que tantas veces. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Acaso lo conocía? «¿Acaso conocemos a alguien?», pensó sombría.

Habían entrado en la habitación de Yves. Maquinalmente, Denise se acercó al

espejo redondo que colgaba de la pared en un marco antiguo de madera dorada, ante el que tantas veces se había quitado y puesto el sombrero desde el otoño anterior. Se miró con cara seria y luego empezó a alisarse el pelo, cortado a lo *garçon*, con los movimientos delicados de una gata acicalándose, como en cierta ocasión le había dicho Yves, que entretanto se había sentado en un sillón frente a la ventana. Cuando Denise se dio la vuelta, lo vio inmóvil, con los ojos cerrados. Cogió un almohadón y se acercó lentamente para sentarse a los pies de su amante. Yves tenía una mano apoyada en una rodilla. Denise posó en ella la mejilla y luego los labios. Pero él no dijo nada ni hizo el menor gesto. Estaba dormido.

Denise lo miró desconcertada, pensando que se trataba de un juego. Después apoyó el rostro en el brazo del sillón y, con la vista fija en la ventana, esperó con paciencia a que Yves decidiera abrir los ojos. Fuera caía la noche, una noche de junio muy agradable. Denise alzó la cabeza y buscó con los ojos la media luna verdemar que empezaba a dibujarse en el pálido cielo como un signo de plata. Una especie de fina ceniza rosada enturbiaba el aire y se ensombrecía de forma gradual. Era la noche, transparente como un crepúsculo.

—Yves... —musitó.

La habitación estaba en penumbra. En la tenue claridad, el rostro de él tenía la serena gravedad de un cadáver. Sin saber por qué, ella se asustó. Se puso de rodillas y lo observó con atención. Dormía profundamente. Se irguió hasta que sus caras quedaron a la misma altura y, una vez más, lo miró con dureza. En su expresión había algo tenso, desafiante. Cuántas veces lo había contemplado mientras dormía, después del amor. Y siempre con la misma sensación frustrante, irritante, de misterio, aunque nunca tan intensa como ese día. Se inclinó hacia él hasta casi rozarlo. Resistió la pueril y cruel tentación de abrirle los párpados, violáceos de cansancio, para descubrir lo que soñaba. Seguían obstinadamente cerrados. De pronto empezó a respirar de forma agitada, como cuando se tiene una pesadilla.

Denise lo sacudió un poco. Yves dio un respingo y miró de manera ausente, angustiada. En la oscuridad, la ventana era una mancha clara, de un blanco lechoso.

—¿Es tarde? —preguntó con voz débil.

Vio que ella lo observaba con el cejo fruncido. Intentó sonreírle y con esfuerzo se llevó la mano a la cabeza. Como suele ocurrir cuando el sueño nos vence en pleno día, estaba desmadejado, muerto de cansancio. No conseguía ordenar sus ideas, igual que si una parte de él siguiera dormida.

—Escucha, escúchame, Yves... —dijo Denise con la cabeza gacha—. No puedo más... No quiero seguir así... ¿Por qué te has dormido? ¿Esta noche no te has acostado? ¿Dónde estuviste? Dímelo, prefiero saberlo... ¿Me engañas? No, no te rías. Puede que quieras a una mujer que no te quiere, que sufras por otra, yo qué sé... Ten piedad de mí, Yves... Te lo suplico, ten piedad...

Él negó con la cabeza. Era lo que le faltaba.

—Te juro que no es lo que crees, mi pobre Denise —repuso en el tono comedido



con que se le habla a un niño enfermo.

—Entonces, ¿tienes problemas de dinero? —le preguntó ella con viveza.

Yves tenía el «sí» en la punta de la lengua, pero... Vio el collar de perlas en su cuello. Conocía a Denise. Se lo quitaría y le diría «Toma», o alguna locura por el estilo. Y en efecto, era muy sencillo. Denise podía sacarlo de aquel apuro y de diez como aquél... Se mordió con fuerza el labio inferior, que empezó a sangrarle. Él sabía por qué callaba. ¡Ah, si Denise fuera tan pobre como él! Pero en su fuero interno alentaba el oscuro miedo a no tener la fuerza necesaria para rechazar la mano tendida, el collar, el dinero, la limosna...

—No —contestó, volviendo a negar con la cabeza.

—Entonces, ¿no puedo ayudarte? —le preguntó ella con un deje de desesperación.

—No —repitió él en voz baja e inexpresiva. Y de pronto, con gesto vacilante, posó la mano en la cabeza de ella y empezó a acariciarle el pelo suave, lentamente—. ¿Quieres ayudarme, Denise? Escucha... es preferible dejarme solo. ¿Qué puedo decirte? No es culpa mía... Cuando estoy mal, es mejor que sufra solo, en absoluta soledad, como un perro. Me va bien. No quiero ver cómo te torturas por mi culpa, por mis problemas, que no son tan grandes ni tan terribles como crees. ¡Qué va! Se me pasará, se me pasará muy pronto. Mira, únicamente te pido unos días, unos pocos días... Pero solo, ¿eh, Denise?, absolutamente solo... Por favor. ¡Si no, me volveré loco! Tus reproches, tu angustia... No puedo más, Denise, yo tampoco puedo más. Déjame rumiar a solas mi dolor, dejarlo reposar, como el vino. Luego, todo mejorará... Estaré curado. Trátame como a un enfermo, como a un loco, pero ¡déjame solo! —Había acabado hablando con un nerviosismo febril, y de hecho en esos momentos ansiaba la soledad como un enfermo un vaso de agua fresca o una fruta. Le temblaban las manos y la boca.

Denise, un tanto pálida, se levantó. En silencio, se empolvó la cara y volvió a ponerse el sombrero. No lo miraba. Yves sintió un vago remordimiento mezclado con cierto temor.

—Denise... —murmuró, suavizando el tono—. Te telefonearé, ¿de acuerdo?

—Como quieras.

Ella no se atrevía a mirarlo: temía echarse a llorar. Le había hecho más daño que si la hubiera abofeteado. Pero ¿acaso él lo comprendía? La había rechazado, la había echado... En su corazón, la ternura herida se mezclaba con una especie de sordo y salvaje rencor. Entretanto, viéndola tranquila, Yves pensaba: «Lo ha entendido».

Ella le tendió la mano en silencio.

Él se la besó; luego la atrajo y la abrazó. Denise lo dejaba hacer, inmóvil. Quiso besarla en la boca. Ella lo rechazó con suavidad y se dirigió hacia la puerta.

—Entonces, ¿de acuerdo? ¿Dentro de unos días? Te telefonearé —dijo él.

—Sí, sí, tranquilo —murmuró Denise, y se marchó.

Una vez solo, Yves experimentó por un instante un infinito desamparo. Incluso

dio un paso hacia la puerta. Pero se contuvo, soltó un suspiro y pensó: «¿Para qué?». Y volvió lentamente junto a la ventana. Vio alejarse a Denise con paso vivo. Los hombres se volvían para mirarla. Ella dobló la esquina y desapareció.

Yves llamó a *Pierrot* y se sentó con él en un sillón. Todo estaba oscuro y en silencio. Y se abandonó a una especie de amarga paz...

Hacía dos días que Denise no veía a Yves ni tenía noticias suyas.

El sábado por la mañana, su marido le propuso ir en coche a pasar dos días en el campo, como hacían a menudo, a una casa de su propiedad en los alrededores de Étampes que, unos ciento cincuenta años antes, era la finca de recreo de un recaudador general. Denise, que adoraba la naturaleza, solía aceptar encantada. Pero esta vez se negó a acompañar a Jessaint, sin molestarse siquiera en inventar una excusa: estaba segura de que Yves le telefonaría en algún momento del día.

Su marido no insistió. Hacía tiempo que parecía incómodo y triste cuando hablaba con ella. Denise pensaba que él intuía que le ocultaba algo. Pero sin duda Jessaint prefería no saber de qué se trataba. Sentía la pena, la vergüenza que a algunas personas profundamente honestas les producen las mentiras y los engaños de otras. Así que se fue solo, tras besarla en la frente, soltando un leve suspiro. Y el suspiro resignado de aquel hombre fuerte y bueno, que no obstante podía ser violento en ocasiones, como Denise bien sabía, dejó en el corazón de su mujer una de esas leves heridas traidoras que, aunque al principio apenas molesten, acaban produciendo un dolor que crece lenta pero inexorablemente.

Sin embargo, Denise ni siquiera había intentado retenerlo. El lazo conyugal se aflojaba poco a poco, como un nudo hecho con dos cuerdas diferentes que han ido desgastándose con el tiempo. Su desánimo se parecía un poco a la debilidad que nos atenaza en los sueños, cuando, por ejemplo, vemos tranquilamente arder nuestra casa, como si no nos perteneciera.

Cuando Jacques se marchó, Denise fue a la habitación de Francette. La estrujó entre sus brazos; se informó sobre su salud y le pareció delgada y pálida, a pesar de sus sonrosados mofletes; le cubrió de besos los bracitos y las piernas, desnudas bajo el corto vestido blanco, y quiso saber cómo se había hecho los moretones y arañazos que descubrió en sus codos y sus regordetas rodillas. Por un instante, pensó en concederle permiso a la niñera y encargarse ella misma de su hija hasta la noche. Se dice que los niños curan de muchas cosas, y la habitación era tan luminosa y alegre... El rollizo gato negro de Francette dormitaba al sol sobre la mesa; al ver a Denise, se dignó levantarse, arqueó el lomo y estiró en el aire una tras otra las peludas y afiladas zarpas.

Pero Francette, que el día anterior había recibido un patinete como regalo, no tardó en zafarse de los brazos de su madre para correr hacia su nuevo juguete. Denise comprendió que no lo soltaría en todo el día: la pequeña se entregaba a sus juegos con pasión. Quiso sentarla en sus rodillas y contarle un cuento para sentir un rato más, muy cerca, el dulce calor de su cuerpecillo.

Pero lo único que consiguió fue hacerla estallar en un llanto rabioso: la señorita France era una jovencita muy testaruda. Denise tuvo que marcharse.

Se pasó el día esperando. Mas Yves no apareció ni dio señales de vida. A última

hora de la tarde, seguía junto al teléfono, cabizbaja. Hacia medianoche, se dejó caer en la cama y se quedó dormida, pero su sueño fue ligero e inquieto. Al día siguiente, como hacía un tiempo estupendo, mandó a Francette con la niñera al Pré-Catelan apenas comieron, y luego empezó a pensar desesperadamente en algún modo de pasar el tiempo. Todos sus amigos se habían marchado: era la época en que los parisinos abandonan en masa la ciudad del sábado al lunes. La señora Franchevielle ya estaba en Vittel, como todos los años. Pensando en su solitaria tarde, casi le entró pánico. Como suele ocurrir, su tozuda esperanza había dado paso a un súbito abatimiento. Ya no confiaba en la llamada de Yves; al menos, procuraba no confiar. Mil veces había estado a punto de escribirle, o de ir a verlo y hablar con él. Pero la idea de desobedecerlo le producía una especie de temor irracional. Lo conocía tan bien... Si lo atosigaba pese a sus ruegos de soledad, era capaz de romper con ella de inmediato, pensaba Denise. ¿Quién sabía, con un carácter tan sombrío y extraño como el suyo? Así que sólo podía hacer una cosa: respetar su voluntad y esperar pacientemente a que su sufrimiento, fuera cual fuese su causa, reposara como el vino. ¡Qué diferencia entre aquel dolor de hombre, que se calmaba con la soledad, y su propio corazón de enamorada! Si a ella le hubiera pasado algo, ¡cuánto la habría consolado, cuánto la habría aliviado la presencia de él, una palabra, un gesto suyos, Dios mío! Pero ¿qué podía hacer? Yves era así. El rencor que había sentido al principio, cuando le había pedido que se fuera, se había transformado en amarga resignación. Así eran las cosas. Denise tenía toda la ceguera voluntaria del amor. Con frenesí, empezó a pensar en lo que podía hacer para pasar la tarde. Porque quedarse sola en la casa vacía era superior a sus fuerzas. Llamó a varios amigos; ninguno estaba. Y de pronto se acordó de la conversación mantenida con su madre días antes y se oyó a sí misma diciendo: «Lo más sensato sería engañar a Yves. Si lo repartiera entre dos hombres, ese amor que, como dices, lo ahoga, sería justo el que necesita».

Estaba de pie en medio del salón. Por los postigos, cerrados para evitar el calor y la suciedad, se filtraba un poco de sol, como un polvo de oro. Denise agitó con rabia sus rizos.

—¡Esto no puede seguir así! No, no puede seguir así —repitió varias veces. Vio en el espejo su delicado y pálido rostro, y casi la asustó su mirada—. No soy feliz —murmuró, y un sollozo breve y seco, sin lágrimas, la sacudió de pies a cabeza.

Se acercó mecánicamente a una ventana, abrió los postigos y se quedó allí, abatida, mirando con expresión ausente el pavimento bañado de sol. En ese preciso instante, un automóvil se detuvo ante la casa. Se asomó y reconoció el pequeño descapotable de su primo, Jean-Paul Franchevielle. Corrió hacia el timbre para llamar al criado y decirle que no hiciera pasar a la visita. Pero llegó tarde: el de la puerta sonó casi al mismo tiempo. Oyó la voz de su primo en el vestíbulo, y un instante después Jaja apareció en el umbral.

—¿Estás sola, Denise?

—Ya lo ves.

Denise contempló con desagrado su irónico rostro, delgado y un poco anguloso: Jean-Paul siempre la mortificaba. Pero esta vez él se abstuvo de hacer comentarios sobre sus ojeras y su mala cara.

—Ayer me crucé con tu marido a las afueras de París. Me dijo que se iba a Étampes, solo...

—Exacto. ¿Y tú? ¿Por qué te has quedado, con este calor?

Jaja pareció dudar.

—Si te digo que para verte, fijo que no me creerás —respondió al fin, torciendo sus finos labios con una de aquellas sonrisitas que hacían que la gente nerviosa tuviera ganas de abofetearlo.

—Fijo —repitió Denise, que en presencia de Jaja recuperaba sin poder evitarlo las expresiones y el retintín de los quince años, época en que la divertía imitar la jerga y los ademanes de su primo menor, estudiante en Janson-de-Sailly.

—No hay quien te engañe —admitió él con una risita.

—¿Tomarás algo? —ofreció Denise, que se había sentado en el sofá.

—Por supuesto. Que traigan los licores, el aguardiente y mucho hielo. —Jean-Paul ya se había instalado en su sitio favorito, el suelo, sobre un almohadón—. ¿Te acuerdas de los cócteles que hacíamos en la sala de estudios para esconderlos en nuestros pupitres?

—Me acuerdo... En nuestra sala de estudios en el campo.

—Saltábamos por la ventana y desaparecíamos en el parque.

—¿Te acuerdas del viejo sauce hueco donde nos escondíamos?

—¿Y de aquel columpio que chirriaba tanto?

—¿Y del arroyo que cruzábamos veinte veces al día sólo para mojarnos los pies?

—¿Y del molino? Subíamos al granero por la escalera de mano y nos escondíamos detrás de los sacos de harina, ¿te acuerdas?

—Era como un chico... Y Francette lleva el mismo camino.

—¿Dónde está?

—En el Pré-Catelan.

Jaja sabía lo que hacía al evocar recuerdos de la infancia. Denise sentía una ternura inmensa por las cosas más insignificantes del pasado y se había ablandado de inmediato: en su rostro había aflorado una sonrisa regocijada y nostálgica, que su primo conocía bien.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó Jean-Paul con suavidad.

Tras dudar un instante, ella negó con la cabeza.

—¿Damos una vuelta en coche? —le propuso.

—¿Te ha dado plantón tu amiga, Jaja?

—Déjalo estar... ¿Vienes?

—¿Adónde?

—A donde quieras. ¿Fuera de París?

—¡Ni hablar! ¿Y si nos encontráramos con alguien?

—¿Qué?

—Que Jacques se molestaría. ¿No lo entiendes? Ayer no quise acompañarlo.

—Tienes razón. Entonces, en París. ¿Y si vamos al Bois, a darle un beso a tu hija?

—Muy bien —aceptó Denise.

—Pues coge el abrigo y el sombrero.

Denise llamó a la doncella.

—Si me telefonea alguien —le susurró, poniéndose el abrigo con su ayuda—, le dices que estaré de vuelta para la cena, que llame de nuevo.

—No se preocupe, señora.

Jean-Paul fingía oler con delectación uno de los ramos de flores que adornaban la mesa.

—¡Vamos, aligera! —exclamó, volviéndose hacia su prima.

Subieron al coche. Jean-Paul, enamorado de su máquina, le cantó sus alabanzas.

—Ya verás cómo coge las cuevas si subimos a Saint-Cloud. Y es muy cómodo. ¡Una maravilla, Denise, créeme!

En silencio, ella dejaba que la cálida brisa le acariciara el rostro. Era uno de esos espléndidos domingos de París en que el azul del cielo se extiende sobre los tejados como una flamante pieza de seda, sin una sola arruga de sombra. Una muchedumbre de pequeño burgueses atestaban las aceras, por las que avanzaban sin prisa, con el rostro iluminado por una expresión de paz, de beatífica satisfacción. Bastaba verlos pasear con aquella placidez para comprender que era festivo y que todo el mundo tenía la íntima convicción de haberse ganado aquella hermosa jornada, aquel sol, incluso la fragancia de las jóvenes rosas, tras una semana de duro trabajo. No todos eran atractivos ni iban bien vestidos, pero su serenidad, su sencilla felicidad, resultaba contagiosa. Denise sonreía al verlos mientras una extraña calma, tan dulce como inexplicable, iba apoderándose de ella.

—¿Te divierte ver a esa gente? —le preguntó su primo, que se había dado cuenta.

—Sí, me divierte... Ve más despacio. Me gusta verlos, no sé por qué.

Jean-Paul obedeció. Se acercaban al Bois. El gentío era enorme. Había mujeres gordas con sombreros adornados con azabaches, ancianas con vestidos de seda, hombres de rostro consumido, avejentados por un trabajo ingrato, y también niños esmirriados, niñas con delantales blancos, chiquillos con traje de marinero... «¡Bienaventurados los pobres de espíritu!», se dijo Denise, y de pronto esa sencilla frase, que conocía desde siempre, adquirió un sutil y profundo significado, al aplicarla también a toda aquella gente humilde que cumplía valientemente con sus quehaceres cotidianos.

—Si te gusta verlos, puedo llevarte a Montmartre —propuso Jean-Paul—. Seguro que nunca has estado. Ahora los únicos que conocen esos sitios son los extranjeros.

—Sí, una noche estuve en el Lapin Agile, con los Clarkes.

—Eso hay que verlo de día.

—¿Ah, sí?

—Créeme. ¿Quieres que vayamos? En el Pré-Catelan no verás más que señoronas paseándose en automóviles Hispano-Suiza, y además Francette no te necesita para nada... Ya la cortejan. Me lo contó ella. Un amiguito la invitó a un pirulí. Tu hija lo aceptó y fue a dárselo a otro. Ya es una mujer. Le estorbaríamos...

—Empiezo a pensar que sí —dijo Denise, suspirando—. ¡En fin, así es la vida! Ahora quiere más a su patinete que a mí. Dentro de unos años, no tantos, los hombres...

—Te veo un poco mustia, Denise.

—No, qué va...

Su primo ya había dado media vuelta y ahora se dirigían a gran velocidad hacia Montmartre. Por unos minutos, Jaja se dio el gusto de correr como un loco por la ciudad. No tardaron en divisar la boca de metro de Lamarck.

Jean-Paul detuvo el coche delante de un pequeño café. Ante sus insistentes bocinazos, el dueño salió en mangas de camisa.

—¡Vaya! ¡Buenas tardes, señor Franchevielle! ¿Deja el coche?

—Como siempre.

—¿Una copa, señora? —le preguntó el hombre a Denise, que aceptó divertida—. Bonita chica —le susurró a Jean-Paul, guiñándole un ojo.

—¿No te asustan todas estas escaleras?

—¡Pues claro que no!

Denise subía con agilidad. Su gran abrigo claro flotaba a sus espaldas, formando elegantes pliegues de ropaje antiguo.

Cerca de la cima, se detuvo para recuperar el aliento.

—Hace fresco, Jean-Paul...

Era verdad. De lo alto de Montmartre llegaba un viento relativamente puro. Denise se acercó a la valla que rodeaba el pequeño repecho en que se encontraba y asomó la cabeza: una tenue neblina velaba la ciudad, acostada a sus pies, pero la cúpula de los Inválidos y la fina armazón de la torre Eiffel relucían a través del dorado vapor. Un sordo y confuso rumor ascendía hasta sus oídos.

Jaja se reunió con ella y siguieron subiendo. En las angostas callejas, las negras y destartaladas casas se calentaban al sol. A ambos lados del desigual empedrado, un regato descendía la cuesta con alegre borbotamiento. Perros de pelaje amarillento, sucios de barro, dormitaban tranquilamente en mitad de la calle.

—¿Habías visto chuchos como éstos alguna vez? —le preguntó Jean-Paul señalando a un animal de raza indefinida, mezcla de basset, perro de aguas y dogo.

—En los dibujos de Poulbot.

—Es verdad. Y a los chavales también —comentó Jean-Paul, señalando un grupo de niños que corrían con el delantal flotando al viento y la gorra calada sobre la cabecita.

En la place du Tertre, las familias bebían granadina. Jean-Paul y Denise se les unieron sentándose a una de las mesas de madera. El cielo palidecía lentamente. En el aire flotaba un tenue aroma a lilas, como en pleno campo. Pasó una niña vestida de primera comunión; el sol poniente teñía de oro y tintes rosados su blanco velo. La seguían dos filas de chiquillas muy serias con trajes azul celeste, flores de papel en el pelo y una gran rosa en la mano, de un rosa chillón e ingenuo. Cuando empezaban a alejarse, la campana del Sacré-Coeur empezó a repicar.

Jean-Paul había pedido vino espumoso, que bebía lenta y silenciosamente, alzando la copa antes de llevársela a los labios para contemplar las doradas burbujas, brillantes al sol.

—Me parece que vienes aquí a menudo —comentó Denise.

—De vez en cuando —admitió su primo. Y al verla sonreír, añadió muy serio—: Pero solo.

—¡Ya!

—De verdad, es la única forma de estar tranquilo. Cojo el coche, subo aquí, me siento y no pienso en nada. Soy feliz... —Ella lo miraba un poco sorprendida—. ¿Qué te extraña tanto?

—Tú. Creía que siempre estabas en danza, de aquí para allá.

—No hay que juzgar a la gente por las apariencias, primita.

Jean-Paul apuró la copa, encendió un cigarrillo, se reclinó en la silla y se quedó callado. Su silencio casi decepcionó a Denise, que vagamente esperaba otra cosa. Pero Jaja seguía fumando con expresión tranquila y un tanto irónica. Ella volvió a servirse vino y se lo bebió de un trago; era suave y estaba fresco. A su alrededor, la plaza iba quedándose vacía. Poco a poco, la deliciosa paz del anochecer los envolvía.

—Qué bien se está aquí —murmuró Denise entornando los ojos. Notaba la brisa en las mejillas. El vino la había relajado, pero se le había subido a la cabeza—. Qué bien... —repitió con una leve sonrisa.

»No sé, parece que me siento algo mejor —añadió de pronto, sorprendida, en parte con esa preocupación que no podemos evitar sentir cuando, por ejemplo, una herida deja de dolernos repentinamente.

»Es curioso, pero me siento mejor...».

Respiró con precaución, como si de verdad tuviera una herida en el corazón; pero la dura bola que le oprimía el pecho parecía haberse deshecho. De nuevo respiró hondo.

—Qué tontería —murmuró, pasándose la mano por la frente—. Creo que estoy algo bebida.

—Es que este vinillo de Alsacia es un poco traidor.

Entretanto, Denise se había levantado con dificultad.

—¿Y si volvemos, Jaja? Es tarde...

Sin rechistar, su primo llamó a la camarera y pagó.

—Entremos a saludar a Frédé —le propuso a Denise mientras bajaban.



En la calle en cuesta, la vieja casita del Lapin Agile parecía tan cochambrosa y decrepita como una mendiga octogenaria. Una mugre venerable cubría sus paredes.

En el pequeño jardín, repleto de arbustos anémicos como los de un cafetín de pueblo, el viejo Frédé dormía en un banco. Una urraca domesticada picoteaba unas cerezas olvidadas en el fondo de un vaso de aguardiente.

—Dejemos dormir a tu amigo. Se lo ve muy tranquilo.

Pero se quedaron un momento. La noche caía lentamente, como a regañadientes. Alrededor, reinaba una calma extraordinaria.

—Parece la casa del hechicero bueno de los cuentos alemanes —murmuró Denise.

En algún lugar de la casa, un viejo reloj desgranó grave y lentamente la hora.

Se marcharon.

El coche seguía delante del café. Pero cuando apenas habían recorrido diez metros, se negó a seguir. Jaja abrió el capó, miró dentro y alzó la vista maldiciendo.

—¿Es grave?

—Tenemos para tres cuartos de hora, como mínimo —pronosticó Jean-Paul.

—Con lo tarde que es... —musitó Denise, preocupada.

Su primo pareció reflexionar.

—¡Qué se le va a hacer! Le dejaré el coche al tío Chose, el dueño del café. Tiene un pequeño garaje. Volveré mañana. Cogeremos un taxi.

Pero decirlo fue más fácil que hacerlo. Aunque se desgañitaron, en la calle, tan desierta y tranquila como una plaza de provincias, no apareció ninguno. Al cabo de un rato, vieron un coche de punto, una antigualla encaramada sobre grandes ruedas, con un cochero con hopalanda y un caballo escuálido que iba al paso con la cabeza gacha, como su dueño. Entre las casas dormidas en la oscuridad, el vetusto vehículo resultaba vagamente fantasmal.

—¡Lo cogemos! —exclamaron los dos al unísono.

—Éste debió de llevar a Yvette Guilbert en 1880 —comentó Jaja, regocijado.

El cochero le dio un latigazo al cuadrúpedo. El animal soltó una especie de coz que podía pasar por un amago de galope y reanudó su lenta marcha. Al parecer, el cochero también volvió a dormirse. Apretujados en la estrecha caja, Denise y Jaja guardaban silencio. Iban como suavemente amodorrados. Las calles y las plazas parecían venir a su encuentro muy despacio, cruzarse con ellos y perderse de nuevo en la noche. Entre las resplandecientes farolas había grandes franjas de sombra. Los cascos del caballo martilleaban el empedrado.

—¿Duermes? —le preguntó Jean-Paul, cogiéndola de la mano.

—No.

Él retuvo su desnuda y suave mano entre las suyas. Denise no la apartó. ¿Para qué?

—Estamos llegando —anunció su primo poco después, e inclinándose posó los labios en su muñeca.

Denise no dijo nada. Le había besado la mano muchas veces. Pero en esta ocasión el beso se prolongaba, insistía. Denise le dejaba hacer como en una especie de sueño confuso, no del todo desagradable...

El coche se detuvo. Jean-Paul la ayudó a bajar. Luego, se despidió de ella como de costumbre, con toda naturalidad.

—Buenas noches, Denise. Felices sueños...

—Gracias... Tú también —respondió ella, esforzándose por sonreír.

En cuanto llegó a casa, llamó a la doncella.

—¿Ha telefoneado alguien, Marie?

—No, señora, pero han traído un billete para la señora.

Denise lo cogió con súbita y horrible angustia. Había reconocido la letra de Yves. Apenas eran unas frases.

*Te ruego que me perdones por no haberte llamado como te prometí, pero estaba de tan mal humor que no me sentía capaz. No obstante, si estás libre esta noche, ven a verme.*

*Tu Y.*

Había una posdata:

*No te enfades, mi pequeña Denise.*

«Es increíble. Cuando se digna hacer una señal, tengo que salir corriendo, y encima sonreír», pensó Denise.

Se informó sobre Francette, cenó a toda prisa y volvió a irse.

—Si el señor regresa antes que yo, dígame que he ido al cine.

Yves la esperaba fumando. En la última semana, casi no había hecho otra cosa. Seguía sin noticias de Vendômois, pero la intensidad misma de su angustia había acabado por mitigarla. Una especie de apatía, el rasgo más destacado de su carácter, había vuelto a apoderarse de él, que confiaba vagamente en un milagro.

De Denise sólo esperaba reproches, lágrimas, preguntas. Lo sorprendió verla tan tranquila, indiferente y dulce. Sus ojos, que con tanta ansia lo escrutaban por lo general, ahora lo miraban de una forma extraña, nueva para él. Se amaron. Era evidente que Yves buscaba una especie de olvido entre sus brazos; pero Denise se mantenía fría y alerta, como si acechara algo dentro de sí o de Yves. Cuando se disponía a irse, él la retuvo y la abrazó.

—Denise...

—¿Esta noche me amas? —le preguntó ella con una tenue y extraña sonrisa.

—Sí.

—¿He sido... buena?

—Muy buena —respondió Yves en tono ligero—. Así es como me gustas, así es como hay que ser... —añadió con voz más profunda.

—¡Ah! Entonces, ¿estás contento? ¿Dormirás a gusto?

Yves sonrió.

—Creo que sí. ¿Y tú?

—¿Yo? También.

—Me alegro. Hasta pronto, cariño...

Para Denise, los dos días siguientes pasaron con rara rapidez. Jessaint había telefoneado para anunciar que se quedaba una semana más en Étampes. Después de comer, Jaja pasaba a recogerla y en el pequeño descapotable volaban hacia Versalles o Saint-Germain por carreteras resplandecientes de sol. Una tarde pararon para merendar en Ville d'Avray, a la orilla del redondo estanque, que el crepúsculo cubría de destellos rosados; otra, en las verdes terrazas de Saint-Germain. Denise se daba cuenta de que la mirada de su primo se dulcificaba y adivinaba las palabras tiernas que sus finos y mordaces labios callaban, lo que más que divertirla animaba un poco aquellos momentos de su vida. Sin embargo, el recuerdo de Yves no la abandonaba ni un solo instante, aunque parecía dormir en el fondo de su ser, brumoso y difuminado, como un retrato velado, lo que para ella suponía una especie de descanso después; de un tremendo esfuerzo. Luego, cuando el cielo se oscurecía, emprendían el regreso lentamente, con el corazón embargado por esa felicidad sin motivo de los hermosos atardeceres estivales, que se parece a una pena suave. Volvían a casa. Y tras la solitaria cena, durante la que Denise procuraba ahuyentar el recuerdo de su marido, se apresuraba a reunirse con Yves. Apenas hablaban. Estaba convirtiéndose realmente en la mujer dócil y silenciosa que él deseaba. Yves acomodaba la frente en el cálido hueco de su hombro desnudo y se adormecía en aquella deliciosa oscuridad. Ahora Denise ya sabía acariciarle el pelo sin decir nada.

La noche del tercer día, como Yves no le había telefoneado a la hora habitual, Denise llamó a su primo. Jean-Paul acudió de inmediato. Denise se dio cuenta de que él esperaba una señal suya, tal vez desde hacía días, y su corazón se colmó de una alegría peculiar, un poco cruel, como la de una oscura venganza. Hacía buena noche y calor. Por la ventana abierta llegaban las tranquilas voces de las porteras, que, sentadas en los umbrales, charlaban de una casa a otra, como en provincias. La brisa traía la fragancia dulzona de un arbusto florecido en un jardín cercano.

—¿Quieres que vayamos al Bois, a respirar un poco de aire fresco? —le propuso a su primo.

Ese día había hecho un calor agobiante. Ella se lo había pasado tumbada en la cama, con los postigos cerrados, y sólo se había quitado el pijama para cenar. Aún tenía las mejillas enrojecidas y calientes, como los niños que se acaban de despertar, y al acercarse a ella, a través de la abertura del ligero vestido, Jean-Paul percibió un aroma muy suave, parecido al fresco olor de las plantas jóvenes.

—Quiero —respondió un poco ronco.

Minutos después, se unían a las filas de coches que se dirigían al Bois. Cubrían la avenida como una masa compacta que olía a gasolina, aceite y polvo. Pero en cuanto dejaron atrás las verjas de la Porte Dauphine, una brisa fresca, que en comparación

era de una pureza deliciosa, acarició sus rostros. La noche era oscura y suave. De vez en cuando, pasaban ante algún restaurante medio oculto por la vegetación, del que salía música y luz; a continuación, las grandes manchas negras de los macizos volvían a recortarse contra el cielo, más claro. Y daba gusto oler la hierba húmeda, los árboles y el dulce aroma de las flores, que llegaba de no se sabía dónde. Sin embargo, a medida que avanzaba la noche, una especie de neblina ascendía del césped, incluso de los senderos. Era opaca y blanca como la leche. Cerca del hipódromo, se detuvieron extasiados. A su alrededor y por todas partes se elevaban unas nubecillas que parecían volutas de humo o copos diminutos. Las copas de los árboles emergían como de un mar de leche.

—¡Oh! ¡Parece gasa!... —exclamó Denise, extendiendo las manos como una niña pequeña.

—O el velo de un hada, ¿verdad? —murmuró su primo—. ¿Verdad? —repitió en voz baja, y se inclinó hacia ella.

Denise vio brillar sus ojos y sus dientes.

—No —dijo con voz débil.

Sabía lo que iba a pasar. Pero no quería defenderse... Un beso, esa noche, ¿era algo más que un cigarrillo, que una fruta, que un sorbo de agua fresca, que engaña la sed pero no la quita? Como un eco, volvió a oír unas palabras de su madre que se le habían quedado grabadas y habían hecho sordamente su peligroso camino: «Se buscó un amigo. No un amante, un amigo. Pero poco a poco fue cogiéndole gusto».

—No —repitió antes de que él hubiera intentado nada.

Llegó el beso.

—¡Ah! —murmuró, y apartó la cabeza varias veces.

Pero los jóvenes y ávidos labios la encontraron.

—Te amo. Si supieras cuánto... —susurró irreflexivamente y con voz ahogada Jean-Paul. Y luego—: ¿Y tú?

—No —dijo Denise.

Hubo un breve silencio.

—No importa.

Denise oía sin comprender. La boca de Jean-Paul había atrapado la suya y la saboreaba suave y lentamente, con precaución, como si fuera una fruta de sabor desconocido.

Entretanto, a su alrededor habían ido deteniéndose otros coches y sin duda en más de uno, con la excusa de contemplar la niebla, otras parejas se besaban también al amparo de la oscuridad. Un gracioso tuvo la ocurrencia de dirigir sus faros hacia los demás vehículos, en los que se adivinaban vagamente dos formas indistintas, tan juntas que se confundían. Perforando la bruma, los potentes focos alcanzaron de lleno a Denise y Jean-Paul. Por un instante, sus rostros unidos aparecieron totalmente blancos, como iluminados por unas crudas candilejas. Sorprendida, Denise dio un respingo y el sombrero le cayó sobre las rodillas. Se estremeció de pies a cabeza:

creía haber oído una exclamación ahogada casi al lado. Pero los haces luminosos ya se habían apartado para escudriñar con indiscreción la negrura de otros coches, de los que se elevaban gritos indignados de mujer. Denise escrutó la oscuridad alrededor; no vio nada. A su lado, un taxi arrancó de repente y desapareció. Su partida provocó la desbandada de los demás vehículos, que se dispersaron en todas direcciones.

«Lo he imaginado», pensó Denise.

Todo había ocurrido tan deprisa que su confusa impresión se borró casi al instante. Volvieron a recorrer el Bois; en un solitario y fresco sendero, Jaja la besó de nuevo. Pero cuando separó los labios de los suyos para besarle la mejilla donde solía besarla Yves, Denise se apartó instintivamente con un movimiento brusco.

—No, ahí no...

Jean-Paul la miró sorprendido.

—Volvamos —pidió ella con sequedad.

Comprendiendo que los instantes de abandono habían pasado, Jean-Paul obedeció.

Cuando llegó a casa, Denise llamó a Marie.

—¿No ha telefonado nadie?

—Sí, señora —respondió la doncella—. El señor Harteloup.

—¿Hace mucho?

—¡Uy, sí! Nada más irse la señora...

—¿No ha dejado recado?

—No, señora. Ha dicho que llamaría mañana.

—Está bien. Gracias, Marie.

Efectivamente, esa noche, Yves había llamado poco después de cenar. La respuesta de la doncella («La señora acaba de salir») lo había sorprendido, casi irritado. En los once meses que llevaban viéndose, jamás había ocurrido eso. Denise siempre estaba localizable, disponible, esperando su llamada, sus órdenes. Aquella contrariedad le había provocado una exasperación vergonzosa de la que no conseguía librarse. Empezó a dar vueltas por el piso, esperando que de alguna manera se tratara de un malentendido y Denise lo llamara. Pero no. Era cierto. No estaba.

«¿Dónde demonios se habrá metido? Porque su marido aún no ha vuelto... Entonces ¿adónde ha ido? —Luego recapacitó y se esforzó por sonreír—. ¡Menudo eres! Pobre Denise... ¡Puede hacer lo que quiera, faltaría más! Si ella se pusiera así cada vez que salgo sin decírselo, sería un agobio...».

Sin embargo, no lograba calmarse por mucho que se lo repitiera, o, mejor dicho, por mucho que, como de costumbre, se lo repitiera a *Pierrot*, que vigilaba a las moscas de la lámpara sentado sobre los cuartos traseros. Se acordó de Hendaya, del día que Denise se había marchado por la mañana y él se había vuelto loco buscándola por la playa y en el casino. Y al anochecer ella lo había encontrado llorando cerca del

Bidasoa... No sabía por qué, pero ese recuerdo le dolía. Arrojó con rabia el cigarrillo, que fue a chocar contra el mármol de la chimenea y cayó al suelo en medio de una lluvia de chispas.

—Me voy, *Pierrot*.

El animal meneó la cola. A modo de despedida, Yves le tiró de las orejas con suavidad y se marchó.

Una vez en la calle, caminó un poco, pero enseguida paró un taxi y pidió que lo llevara al Bois. Pensó en ir al Pabellón Real para tomar algo fresco, pero la noche, envuelta en una bruma blanquecina, era tan hermosa que le indicó al taxista que continuara hasta Longchamp. Y una vez allí, el taxi se detuvo entre varios coches aparcados en la oscuridad, el más cercano un pequeño descapotable donde se adivinaban dos siluetas abrazadas. Yves llevaba unos instantes contemplándolas, cuando de pronto se encendió la cruda luz de unos faros. Lanzó una exclamación ahogada: el rostro de Denise surgió de la negrura a unos metros de él. Estaba recostada en el asiento. Un joven la abrazaba y ella se dejaba besar sonriendo.

Un instante después, la vio apartarse del desconocido. Vio su cabeza descubierta, sus rizos agitados por la brisa nocturna y, en la pálida y fantasmagórica claridad, su delicado rostro de estatua, su boca seria y su hermosa y franca mirada, que tanto le gustaba y que ahora parecía mirarlo sin reconocerlo en la oscuridad.

Y luego, como una visión, todo desapareció.

El taxi lo llevaba ya hacia el lago, pero él seguía estupefacto, aferrado a la portezuela con ambas manos. Un brusco bandazo al tomar una curva lo devolvió a la realidad.

—¡Pare! —gritó.

Bajó, pagó y se adentró en el bosque en dirección a Longchamp. No tenía las ideas claras; simplemente iba a donde había visto a Denise, como si esperara encontrársela allí de nuevo. Al cabo de unos minutos, se detuvo.

—Qué loco estoy —se dijo en voz alta—. Se habrá ido hace rato. —Pero siguió caminando sin rumbo, chocando contra los árboles, que no veía.

No tenía la menor duda. No quería tenerla. Nunca huía de la desgracia; se lanzaba a ella de cabeza, como hacia un abismo que asusta y atrae. Al hombre no lo conocía. Sólo había visto un rostro joven, el pelo liso peinado hacia atrás. Además, él le daba igual. Así pues, ¿ella le mentía, lo engañaba? ¿Denise? Estaba anonadado. Ahora se daba cuenta de lo extraordinaria, lo insólita, lo increíble que era la ciega confianza que había depositado en ella. ¿Por qué? Después de todo, era una mujer, mentirosa y débil como todas. Pero ¿acaso había sido para él «como todas»? ¿Había sido una aventura fugaz, el recuerdo de un hermoso día de verano, como tantas otras? ¿No la había tratado siempre igual que si fuera su mujer, o casi? En Hendaya, la había respetado mucho tiempo, como a una muchacha. Y después nunca la había insultado recelando, ni lo más mínimo, de una sola de sus frases, del menor de sus actos. Aquella hermosa y franca mirada suya... Pero eso era lo de menos... Quizá habría

podido llegar a dudar de su honestidad, pero jamás de su amor por él. En su amor ni siquiera pensaba. ¿Acaso se piensa en lo que se tiene, en lo que uno está seguro de poseer siempre? Era una certeza firmemente arraigada en su corazón, una especie de verdad fundamental que no requiere demostración. Yves sabía que jamás le faltaría su ternura, igual que sabía que la Tierra gira, que el sol alumbra y que a la noche siempre le sucede el día. Como un niño enfermo que golpea a quien lo cuida, podía tratarla mal y apartarla de su lado, porque estaba en su derecho, porque era suya. Pero no le cabía duda: mientras él quisiera, seguiría a su lado. Aquel amor había iluminado su vida como una lámpara, con una luz suave y acariciante, un poco velada. Ahora se había apagado... ¿Perdonar? Ni siquiera se lo planteó. ¿Para qué? Lo que había amado en ella era la seguridad que le daba. Sus hermosos ojos, sus labios, su menudo cuerpo. Otras los tenían igual de hermosos, pero en ninguna pondría jamás la fe que había puesto en ella. Así que no merecía la pena intentarlo... Denise había muerto. Se detuvo. Tras la caminata sin rumbo había acabado de nuevo en las proximidades del lago. Se acercó y fijó los ojos en el agua con expresión dura. Se movía y relucía débilmente. Su agitación le provocó un ligero mareo, una especie de náusea. Se alejó. Otra vez estaba fuera del Bois. Echó a andar por la avenida desierta; luego tomó una calle estrecha. De pronto se sintió cansado. Vio luz en una bodega. Entró, se desplomó en un banco y pidió vino. Le llevaron una botella. Se bebió un vaso de un trago y volvió a llenarlo. Pensó confusamente en emborracharse, pero el vino peleón le revolvía el estómago. Apartó el vaso, se acodó en la mesa y apoyó la barbilla en las manos. Unos trabajadores bebían en la barra y charlaban. Yves prestó atención, pero no consiguió entender lo que decían. Sin embargo, el sonido de las voces lo tranquilizaba. Una palabra lo sobresaltó: «Mañana».

—¡Oh, sí, mañana! —murmuró.

Y de pronto, como un muro que se derrumba, todos sus problemas le cayeron encima. Mañana... Seguía sin noticias de Vendômois. Sin dinero. A tres días del vencimiento. La odiada oficina. Mañana... el calor atroz... y nada más. Ni una luz. La oscuridad, la nada... Con una especie de enrabiada tozudez, descartó todas las hipotéticas soluciones barajadas en caso de que Vendômois no acudiera en su ayuda.

—Vamos a cerrar, señor —le comunicó el bodeguero.

Yves se levantó pesadamente, pagó y salió. Siguió caminando sin rumbo largo rato. La noche entera. En cierto momento alzó la cabeza y vio su casa. No comprendía cómo había llegado allí. Subió. En el vestíbulo tropezó con un objeto. Se inclinó. Era una maleta. Jeanne salió de la antecocina, medio dormida.

—Señor, hay un caballero que le espera.

Yves abrió la puerta. Vendômois.

—Mi viejo amigo... —oyó como en un sueño—. Perdona que haya tardado en venir. Tenía que dejar las cosas más o menos en orden, ¿comprendes? Pero en cuanto pude, me precipité al tren. Es más fácil entenderse así que por carta, ¿no crees? Además, tenía asuntos que resolver aquí este mes. ¿Que por qué no te mandé un



telegrama? Pues porque en ese pueblo en medio de la nada no hay telégrafo. Y una carta habría llegado al mismo tiempo que yo... Pero ¿qué ocurre? Pareces un resucitado... ¡No te preocupes, hombre, todo se arreglará! —exclamó Vendômois, pues Yves se pasaba la temblorosa mano por la frente y solamente sabía decir «Gracias, gracias...» en un tono inexpresivo que a él mismo lo sorprendía—. ¿No van bien las cosas, amigo mío?

—Me temo que no, compañero.

—¿Sólo es cuestión de dinero?

—No sólo.

—Ya —murmuró Vendômois, asintiendo.

Yves sonrió agradecido. Eso era lo que necesitaba, ese pudor masculino que se ahorra incluso la lástima. Miró a su amigo.

—Jean... —dijo bruscamente.

—¿Sí?

—¿Cuándo vuelves a irte?

—Pasado mañana a las dos.

—¿Puedes esperar cuarenta y ocho horas?

—Puedo. —Vendômois había levantado la cabeza y lo miraba atentamente.

—Llévame contigo, Jean —le pidió Yves, mirándolo atentamente con una triste mueca de niño a punto de echarse a llorar.

—Por supuesto —respondió Vendômois encogiéndose de hombros.

Esa mañana de julio, Denise esperaba con ansiedad que la casa despertara para vestirse y salir sin que nadie se extrañara demasiado. No había pegado ojo en toda la noche, presa de una horrible inquietud que, por desgracia, esta vez tenía un motivo definido. Hacía una semana que no sabía nada de Yves. Al principio no le había dado demasiada importancia, pero su prolongado silencio acabó preocupándola. Tras dos días de espera, decidió llamarlo. Dejó que el timbre del teléfono sonara en la casa de él durante veinte minutos. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar dos, tres veces. Nada. Era inexplicable. Cuando se disponía a salir para informarse, su marido llegó a casa, de modo que no pudo moverse en toda la tarde. La noche había sido espantosa. «Seguramente estará enfermo», se dijo, recordando la mala cara que tenía desde hacía tiempo. ¿Estaría en un hospital? ¡Dios mío! ¿Y si de verdad se encontraba en una clínica, perdido en la inmensidad de París, completamente solo, sufriendo? Lo dejaría todo, a su marido, a su hija, y correría a su lado. Derrumbada en la cama, soportaba un lento, cruel y minucioso suplicio. Y aquella noche que no acababa nunca... Por fin, amaneció. En cuanto oyó que su marido se despertaba en la habitación contigua, su tos nerviosa de fumador, su voz, llamó a la doncella. Al cabo de un cuarto de hora estaba bañada, vestida y en la calle.

Era un nuboso y sofocante día de julio. A pesar de la hora temprana, del asfalto recalentado ascendía ya un vapor malsano. De los árboles caían hojitas amarillentas, apergaminadas, quemadas por el calor. En el taxi, Denise apretaba los dientes y se estrujaba las manos frenéticamente. El coche se detuvo frente a la casa de Yves. Después de pasar junto a la portería con la cabeza gacha, como de costumbre, subió a toda prisa la escalera. Llamó. El timbre sonó en el rellano, nítido y rotundo. Esperó. Nadie acudió. Volvió a llamar con insistencia. Oía perfectamente los timbrazos, que, estridentes y furiosos, resonaban largo rato dentro del piso. Pero ni un paso, ni un suspiro tras la puerta. Poco después empezó a aporrearla. El ruido atrajo a la portera.

—¿Desea algo, señora?

—¿El señor Harteloup?

—Se marchó, señora. —Como Denise la miraba estupefacta, la mujer se sintió obligada a añadir—: Se ha ido de París.

—¿Para mucho tiempo?

—Pues... creo que sí. Dejó el piso. Mañana por la mañana viene la mudanza.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Denise.

Pero la portera se limitó a negar con la cabeza, ya fuera porque no quería buscarse problemas, ya porque realmente lo ignoraba.

—¿No lo sabe?

—No.

—Está bien —murmuró Denise.

Estaba tan aturdida como si hubiera recibido un mazazo. Ni siquiera se le ocurrió

insistir, tratar de sonsacarle algo con una generosa propina. Un lejano recuerdo cruzó su mente como un relámpago. De pequeña, a menudo soñaba que su padre moría; eran unas pesadillas tan horribles que se despertaba sobresaltada y empapada en sudor. ¿Una premonición? Quizá hubieran hablado delante de ella de la enfermedad cardíaca de su padre; pero lo cierto es que murió de repente, como Denise había visto en sueños decenas de veces. Recordaba que había recibido la noticia con afligida resignación. Aquello tenía que pasar. Lo sabía de manera imprecisa desde hacía mucho. Y como entonces, ante aquella puerta cerrada, Denise se dejó llevar por el fatalismo. Sus angustias, su inquietud, su imperiosa necesidad de tener a su amante al lado a todas horas, la desesperación en que la sumían dos días sin noticias suyas, ¿no eran otros tantos presagios de lo que estaba a punto de suceder: aquella puerta muda, aquellos timbrazos en el piso vacío, aquella horrible debilidad de todo su ser en el rellano soleado, ante aquella mujer indiferente? Sin decir nada, empezó a bajar la escalera cabizbaja, como si hubiera recibido un fuerte manotazo en la nuca. Al llegar al vestíbulo se sintió desfallecer. Cuántas veces se había puesto los guantes, colocado bien el sombrero, empolvado la cara en el umbral de aquella puerta cochera, antes de salir a la calle. Y ahora, nunca más, nunca más... Se sorprendió sollozando. No obstante, seguía teniendo una idea clara: averiguar dónde estaba Yves. Llamó un taxi y pidió que la llevara a su oficina. El director la recibió de inmediato, porque Denise había pedido que le entregaran su tarjeta de visita. Vio que el hombre la miraba perplejo, pero no cayó en la cuenta de que dar el nombre de su marido había sido un desatino. El director no tuvo el menor inconveniente en explicarle lo poco que sabía. Harteloup se había marchado a Finlandia, donde al parecer lo reclamaban asuntos familiares urgentes. Tenía su dirección.

—¿Sabe usted si se ha ido para mucho tiempo? —le preguntó Denise con una vocecita ahogada.

—Me dijo que para siempre —respondió el hombre tras una vacilación.

—¡Ah! —murmuró ella, quedándose inmóvil.

Estaba pálida y con las comisuras de los labios hundidas, lo que la envejeció de repente.

—¿Quiere su dirección? —le preguntó el director, apurado.

—¡Oh, sí, por favor! —exclamó Denise, como una niña que confía en obtener lo que desea con docilidad y paciencia.

Y, en efecto, consiguió un sobre con el siguiente remite:

*Savitaipole*

*Municipio de Koirami*

*Vía Haparanda*

*Finlandia*

Sólo entonces, al intentar leer aquellos extraños nombres extranjeros, tomó

conciencia de lo lejos que estaba Yves.

El director la miraba con una mezcla de lástima y curiosidad; tenía el vago temor de verla desmayarse en cualquier momento. Pero Denise se irguió de repente, como ante el restallido de un látigo.

—Gracias.

El director intentó balbucir palabras de ánimo, pero ella lo miró con una expresión tan extraña que optó por callar.

—Gracias, caballero.

Y, deteniéndolo con un gesto, se marchó.

Denise se vio de nuevo en la calle, con el sobre de Yves en la mano. Lo arrojó al suelo. ¿Para qué lo quería? ¿Acaso se había atrevido alguna vez a contrariar su voluntad? ¿Y no le había dejado él muy claro cuál era esa voluntad, yéndose sin una palabra de despedida? «Siempre lo he sabido... —se dijo de nuevo—. Siempre he sabido que un día se iría sin avisar...».

Sin darse cuenta, se dirigió a su casa. Pero, al doblar la esquina de la avenida, vio el coche de su marido ante la puerta. Sorprendida, miró la hora: casi mediodía. Enseguida tendría que sentarse a la mesa frente a Jacques, con el rostro descompuesto por el llanto... No podría soportarlo. A la primera pregunta de su marido, se echaría a llorar y se lo confesaría todo.

Fue a la cercana estafeta de correos, telefoneó a su casa y preguntó por Marie.

—No iré a comer, Marie. Debo... quedarme con una amiga enferma.

Y, dejando que la sirvienta se las arreglara sola, salió. Aquel calor era una bendición: le impedía pensar, recordar... Ya apenas sufría; bajo las finas suelas de los zapatos, el asfalto le quemaba: eso era lo único que sentía. Caminaba y caminaba, sin sospechar que quizá reproducía la trágica caminata de su amante cierta noche...

Al rato, sin saber ni cómo, se vio en los muelles del Sena. Cruzó un puente. Del agua ascendía una brisa fresca. De pronto, su resignación, que sólo era una especie de embotamiento físico, cedió ante el empuje de una desesperación que la obligó a detenerse.

—Yves, Yves... —murmuró, llevándose las manos al cuello, como si estuviera ahogándose.

No lo juzgaba. Siempre le había inspirado la mezcla de incomprensión y respeto supersticioso en que consiste la mayor parte de las veces el amor de la mujer por el hombre. No sentía ni odio ni rencor ni desprecio. Sólo un inmenso estupor. Ni siquiera se le ocurría otra razón para su huida que esa voluntad masculina, que se soporta sin comprenderla, como la voluntad de Dios. No tenía ni el menor vislumbre de la verdad. De todas formas, de haber sabido, de haber sospechado siquiera que aquella noche en el Bois Yves estaba casi a su lado en la oscuridad, puede que tampoco lo hubiera comprendido... ¿Acaso podía llamarse «engaño» aquel juego sin alegría, aquel pasatiempo que la había distraído por unas horas? ¿Acaso no lo había hecho por él, en el fondo, para intentar calmar un poco la ternura exagerada que lo

agobiaba y asfixiaba? Ciertamente, no se sentía culpable ante Yves. Por lo demás, no intentaba entender nada. Cuando alguien muere, no se pregunta por qué. Es la ley.

Siguió andando sin parar ni sentir el cansancio, con el vago alivio de estar sola y no tener que disimular, mentir, sonreír ante nadie.

Caminaba a lo largo de los muelles. De vez en cuando, cerraba los cansados ojos, deslumbrados por los destellos que el sol arrancaba a la corriente, y percibía con repugnancia el hedor del carbón que ascendía de las orillas. En una tienda de animales, los loros chillaban. De la puerta abierta de las tabernas le llegaban bocanadas de aire que olía a vino agrio.

Un recuerdo repentino, vago como un aroma, la obligó a detenerse. Miró alrededor con atención. Sí, se acordaba. Había estado allí con Yves. Aunque entonces fuera invierno, una tarde lluviosa de invierno... Bajo sus chorreantes impermeables, unos peones que se calentaban las manos tendidas hacia las rojas llamas de un brasero se habían reído al verlos pasar: ellos iban tan tranquilos, apretados el uno contra el otro bajo el aguacero... Las luces de la ciudad parpadeaban como si el viento fuera a apagarlas... ¡Sí, se acordaba, se acordaba muy bien! Y como ocurre a menudo, ese recuerdo le trajo otros, como niños cogidos de la mano... Volvió a ver el rostro de Yves con la precisión de un espejismo. Vio incluso más allá de sus facciones, más adentro: su mirada, su sonrisa, sus rápidos cambios de humor y la palidez de su deseo, sus accesos de ira, su cansancio, sus raras muestras de ternura, sus prontos, sus silencios...

De pronto, asombrada, recordó también que había sido infeliz. Pero ya no lo entendía. Con aplicación, pasó revista mental a toda su relación. La monotonía, el aburrimiento, la angustia, la tristeza... ¡Pobre amor, triste y gris como un día de otoño! ¿Por qué ahora adquiriría en su memoria una especie de amarga dulzura? De nuevo como un enfermo que sabe que va a morir y trata de consolarse pensando en las decepciones, los dolores, las miserias de la vida, Denise intentó recordar con desesperado empeño las horas amargas, la zozobra, las dudas... Pero eran ideas tan débiles y pálidas como cadáveres. Y de pronto surgió el recuerdo que no buscaba, increíblemente preciso y vivo. La sonrisa de Yves, su dulce e inesperada sonrisa, inocente y seria como la de un niño, que de repente le iluminaba el rostro y luego se borraba poco a poco, dejando cierto rastro de luz en las comisuras de sus labios. Lo vio tan cerca que, instintivamente, extendió los brazos, como si pudiera tocarlo.

—Pero ¡si era la felicidad! —exclamó.

Unos hombres que pasaban la miraron sorprendidos. Avergonzada, bajó los brazos y, volviendo de golpe a la realidad, se llevó las manos a la boca para ahogar un sollozo. Anonadada y exhausta, se quedó inmóvil, mirando embobada la reluciente superficie del Sena. Un taxi se acercó. Al verla, el conductor redujo la velocidad. Denise subió como por un reflejo y dio su dirección.

El coche avanzaba traqueteando por el accidentado pavimento de las viejas calles. Denise no lloraba, ya ni siquiera sufría. Sólo murmuraba una y otra vez, como una

niña pequeña que repite algo que no entiende: «Ya está, ya está, se acabó... No me di cuenta de que era la felicidad... Y ahora se acabó...».

\*